



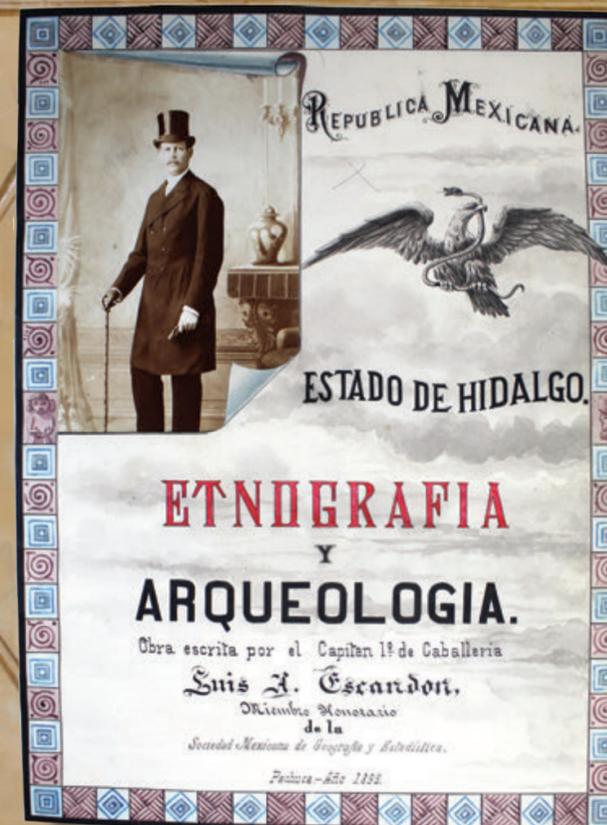
ESTADO DE HIDALGO. ETNOGRAFÍA Y ARQUEOLOGÍA, 1892

El Poder Legislativo local y la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH), a través del Congreso del Estado, ambas instituciones fundacionales de nuestra entidad, en cumplimiento a sus fines, ponen a disposición de la sociedad, la obra *Estado de Hidalgo. Etnografía y Arqueología. 1892*, de Luis A. Escandón, libro manuscrito, único, que contiene fotografías, grabados y dibujos de un trabajo incipiente y pionero de la exploración del pasado mesoamericano. La obra evidencia los importantes vestigios de las culturas que habitaron el estado de Hidalgo.

Este libro fue elaborado como un producto cultural con el cual el estado de Hidalgo participó en una de las famosas exposiciones mundiales que se realizaban a finales del siglo XIX, en particular en la Exposición Colombina de Chicago de 1893. Resultado de la política institucional sobre el **Patrimonio histórico-cultural archivístico**, la UAEH lo ha preservado por más de un siglo y se resguarda en su Archivo General para el aprovechamiento social.

El Congreso del Estado Libre y Soberano de Hidalgo, a través de la presente coedición, da cumplimiento a lo mandado por la LXV Legislatura, en el decreto que establece la publicación anual de un **Libro de interés patrimonial**, con el objetivo de fomentar la producción, calidad y preservación de libros que, por sus aportaciones, resultan fundamentales publicar para el redescubrimiento de las presentes y futuras generaciones.

ESTADO DE HIDALGO.
ETNOGRAFÍA Y ARQUEOLOGÍA, 1892



LIBRO DE INTERÉS PATRIMONIAL
DEL CONGRESO DEL ESTADO LIBRE Y SOBERANO DE HIDALGO.

ESTADO DE HIDALGO.
ETNOGRAFÍA Y ARQUEOLOGÍA, 1892

*Seguido del Informe del comisionado especial
para la Exposición Colombina de Chicago, 1893.*





Portada original de la obra.

ESTADO DE HIDALGO

ETNOGRAFÍA Y ARQUEOLOGÍA, 1892

*Seguido del Informe del comisionado especial
para la Exposición Colombina de Chicago, 1893.*



Luis A. Escandón

**Libro de Interés Patrimonial
del Congreso del Estado Libre y Soberano de Hidalgo
Edición 2024**



Abel Luis Roque López
Asael Ortiz Lazcano
Coordinación editorial

José Eduardo Cruz Beltrán
Edición y coordinación académica

**CONGRESO DEL ESTADO LIBRE Y SOBERANO DE HIDALGO
LXV LEGISLATURA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO
PACHUCA DE SOTO, 2024**

LUIS A. ESCANDÓN

Estado de Hidalgo. Etnografía y Arqueología, 1892. Seguido del informe del comisionado especial para la Exposición Colombina de Chicago, 1893, se coeditó por el CONGRESO DEL ESTADO LIBRE Y SOBERANO DE HIDALGO Y LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

El manuscrito original es propiedad de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, se resguarda y difunde en su Archivo General en la Biblioteca Histórica del Instituto Científico y Literario Autónomo del Estado de Hidalgo.

Libro de Interés Patrimonial
del Congreso del Estado Libre y Soberano de Hidalgo

Edición 2024

Primera edición: 2024

D.R. © 2024, Congreso del Estado Libre y Soberano de Hidalgo
Plaza Cívica Miguel Hidalgo-Centro Cívico,
Carretera México-Pachuca Km. 84.5, Carlos Rovirosa,
42082, Pachuca de Soto, Hidalgo, México.

D.R. © 2024, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo
Abasolo 600, 42000, Centro, Pachuca de Soto, Hidalgo, México.
www.uaeh.edu.mx

D.R. © 2024, Jesús Osiris Leines Medécigo, Octavio Castillo Acosta, Elvia Yanet Sierra Vite, José Eduardo Cruz Beltrán, Enrique Rivas Paniagua, Abel Luis Roque López, Jonathan Stalin Castro Sanipatin, Eloy Israel de la Cruz Ruvalcaba y Gloria Elvira Gutiérrez Chávez, por sus textos identificados en páginas interiores del libro. Diseño de portada: Alejandro Castillo de la Cruz

(Congreso del Estado Libre y Soberano de Hidalgo)

ISBN: 978-607-95116-5-4 versión PDF

ISBN: 978-607-95116-6-1 versión impresa

(Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo)

ISBN: 978-607-482-865-8 versión impresa

ISBN: 978-607-482-864-1 versión PDF

ISBN: 978-607-482-867-2

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares de los derechos reservados, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento.

Impreso en México

Printed in Mexico

CONGRESO LIBRE Y SOBERANO DE HIDALGO

LXV LEGISLATURA



Dip. Jesús Osiris Leines Medécigo

Presidente de la Junta de Gobierno

Dip. Adelfa Zúñiga Fuentes

Dip. Aarón Charrez Paloma

Dip. Elvia Yanet Sierra Vite

Dip. Fortunato González Islas

Dip. Gabriela Godínez Hernández

Dip. José Noé Hernández Bravo

Dip. Juan de Dios Pontigo Loyola

Dip. Lisset Marcelino Tovar

Dip. Marcia Torres González

Dip. María del Carmen Lozano Moreno

Dip. Michelle Calderón Ramírez

Dip. Octavio Magaña Soto

Dip. Rodrigo Castillo Martínez

Dip. Silvia Sánchez García

Dip. Timoteo López Pérez

Dip. Alejandro Enciso Arellano

Dip. Citlali Jaramillo Ramírez

Dip. Erika A. Rodríguez Hernández

Dip. Francisco Berganza Escorza

Dip. José Antonio Hernández Vera

Dip. Jorge Hernández Araus

Dip. Julio Manuel Valera Piedras

Dip. Luis Ángel Tenorio Cruz

Dip. María Adelaida Muñoz Jumilla

Dip. María Fernanda Bautista Orozco

Dip. Miguel Ángel Martínez Gómez

Dip. Rocío Jaqueline Sosa Jiménez

Dip. Sharon Macotela Cisneros

Dip. Tania Valdez Cuellar

Fungieron en la presente Legislatura:

Dip. Andrés Caballero Zerón

Dip. Efrén Eduardo Olguín Cruz

Dip. Juana Vanessa Escalante Arroyo

Dip. Roberto Rico Ruiz

Dip. Edgar Hernández Dañu

Dip. Jorge Daniel Tapia García

Dip. Lucrecia Hernández Romualdo †



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO



Octavio Castillo Acosta

Rector

Julio César Leines Medécigo

Secretario General

Marco Antonio Alfaro Morales

Coordinador de la División de Extensión de la Cultura

Asael Ortiz Lazcano

Director de Ediciones y Publicaciones

Joselito Medina Marín

Subdirector de Ediciones y Publicaciones

Abel Luis Roque López

Director del Archivo General

Jorge Eduardo Peña Zepeda

Director de Bibliotecas y Centros de Información

ÍNDICE



PRESENTACIÓN

Diputado Jesús Osiris Leines Medécigo XI

MENSAJE

Rector Octavio Castillo Acosta XIII

PREÁMBULO DE LA EDICIÓN

Diputada Elvia Yanet Sierra Vite XV

INTRODUCCIÓN Y NOTA METODOLÓGICA

José Eduardo Cruz Beltrán XVI

ESTUDIOS CRÍTICOS

XIX

INTRODUCCIÓN AL INFORME ESTADO DE HIDALGO.

ETNOLOGÍA Y ARQUEOLOGÍA

Enrique Rivas Paniagua XXI

EL MANUSCRITO DE ESCANDÓN:

HALLAZGO, RESCATE Y PRIMEROS AUXILIOS

Abel Luis Roque López y Jonathan Stalin Castro Sanipatin XXIII

LUIS A. ESCANDÓN, UNA BIOGRAFÍA

José Eduardo Cruz Beltrán XIX

LA EXPOSICIÓN COLOMBINA DE CHICAGO, 1893

Eloy Israel de la Cruz Ruvalcaba XVI

DESCRIPCIÓN FÍSICA Y CONTENIDO DE LA OBRA

Gloria Elvira Gutiérrez Chávez XLII

Bibliografía general XLVI

ESTADO DE HIDALGO. ETNOGRAFÍA Y ARQUEOLOGÍA,
1892

Luis A. Escandón



Introducción	53
Los gigantes	59
Antigüedad del othomit.	62
Significado de la palabra othomit.	66
Los tolteca.	70
Los chichimeca.	74
Los mexi	78
Idiomas y dialectos.	83
Escritura primitiva.	87
La lucha por la vida	93
Huellas de remota civilización.	98
Modo de vestir.	103
Alimentos.	109
El matrimonio entre los othomits	114
Costumbres privadas entre los mexi.	118
Astronomía y medida del tiempo	124
Geografía.	129
Gobierno.	135
Leyes	140
Deidades.	144

ETNOGRAFÍA Y ARQUEOLOGÍA DEL ESTADO DE HIDALGO. EXPOSICIÓN COLOMBINA DE CHICAGO. INFORME DEL COMISIONADO ESPECIAL, 1893

Luis A. Escandón



[Preliminar]	153
Los cuaxteca. Yahualica	154
Ichcatlan	157
Tlacolula. Zacualtipan. Atotonilco	158
Tulancingo	161
Tollan	162
Etnografía actual	164
Conclusión	165
APÉNDICE DOCUMENTAL RELATIVO A LA OBRA DE LUIS A. ESCANDÓN	167
ÍNDICE GEOGRÁFICO Y ONOMÁSTICO	174
IMÁGENES	185

PRESENTACIÓN

Diputado Jesús Osiris Leines Medécigo

Presidente de la Junta de Gobierno del
Congreso del Estado Libre y Soberano de Hidalgo



Estado de Hidalgo. Etnografía y Arqueología, 1892. Seguido del Informe del comisionado especial para la Exposición colombina de Chicago, 1893, es una obra indispensable para la historia e identidad hidalguense, por lo que el Congreso del Estado Libre y Soberano de Hidalgo, en cumplimiento de la legislación local, una vez analizando su génesis y contexto, determinó que reúne ampliamente las características del Libro de interés patrimonial de esta Soberanía.

Su relevancia tiene dos aristas muy importantes: en primera instancia, el contenido lo remite al pensamiento de su autor, el capitán Luis A. Escandón, que entre otras virtudes se desempeñó como fiel editor del *Periódico Oficial del Estado de Hidalgo* y que como libre pensador decimonónico, atendió la enorme encomienda institucional de emprender una responsabilidad colosal, que le exigió dedicación exclusiva durante meses completos de su vida, a fin de llegar, para ese entonces, a regiones inhóspitas para realizar exploraciones, entre otros sitios de Yahualica en la región Huasteca y en Tula en el Valle de Mezquital del Estado de Hidalgo. Escandón nos remite a la visión del pensamiento enciclopédico de finales del siglo XIX, que con base en este, realizó estudios primigenios para conocer y rescatar nuestro pasado prehispánico y la herencia cultural, que en muchos de los casos, se preserva hasta nuestros días, a través de basamentos, monolitos y demás piezas arqueológicas, gracias a la descripción y documentación que realizó a través de fotografías y dibujos plasmados en su investigación.

En segunda instancia, esta obra tiene un valor patrimonial inigualable, tanto por la materialidad del Libro en sí, al tratarse de un manuscrito único que representó al entonces muy joven estado de Hidalgo a nivel internacional, al haberse realizado esta obra *exprofeso* para mostrar a nuestra entidad en la Exposición Mundial de Chicago de 1893.

En el honroso encargo como presidente de la Junta de Gobierno, destaco el importante papel que realiza la máxima casa de estudios, la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, en preservar y difundir esta trascendente obra que se transcribe, refrendando que la Universidad de las y los hidalguenses, como institución pública, es garante del importante trabajo de la extensión de la cultura.

Sirva esta coedición como un testimonio del compromiso y acción de quienes integramos esta Sexagésima Quinta Legislatura del Congreso del Estado de Hidalgo, por rescatar el patrimonio cultural que nos pertenece al pueblo para el ejercicio pleno de nuestros derechos, como lo son: el derecho a la memoria histórica, el derecho a la preservación y disfrute del patrimonio cultural, el derecho a la cultura, y todos aquellos que son inherentes y complementarios.

Con esta obra de *Etnografía y Arqueología* de Luis A. Escandón, que se transcribe y complementa con estudios introductorios y apéndices, quienes integramos el Congreso del Estado, dejamos como testimonio impreso de nuestro agradecimiento al pueblo de Hidalgo, que nos mandató la dignísima tarea de representarlos para esta Sexagésima Quinta Legislatura, próxima a concluir su mandato constitucional. Este libro es una muestra más del cumplimiento del trabajo conferido, a nuestro pueblo le patentizamos el compromiso perenne de seguir transformando nuestra entidad, para que sea un espacio prodigioso para las futuras generaciones.

MENSAJE

Dr. Octavio Castillo Acosta

Rector



ES UN HONOR y un privilegio presentar a ustedes el libro *Estado de Hidalgo. Etnografía y Arqueología 1892*, de Luis A. Escandón, seguido del informe presentado por el comisionado especial de la Exposición Colombina, llevada a cabo en Chicago en 1893 en el que estuvo presente este manuscrito, como una obra que representa un testimonio invaluable del legado cultural y arqueológico de nuestro estado.

El libro fue concebido como un producto cultural con el cual el estado participaría en una de las más famosas exposiciones mundiales de su tiempo, la Exposición Colombina de Chicago de 1893. Este evento internacional, que conmemoraba el cuarto centenario del arribo a América de Cristóbal Colón, reunió a naciones de todo el mundo para mostrar sus avances y contribuciones en diversas áreas del conocimiento y la cultura. La participación de Hidalgo en esta exposición no solo fue un hito para nuestro estado, sino que también destacó la riqueza y diversidad de nuestro patrimonio ante una audiencia mundial.

A finales del siglo XIX, Luis A. Escandón, movido por una profunda pasión, emprendió un trabajo pionero en la exploración de los vestigios mesoamericanos de Hidalgo, que fue resguardado en nuestra institución de manera cuidadosa por más de un siglo. Gracias a una política institucional comprometida con la protección y promoción del patrimonio histórico-cultural archivístico, la UAEH ha mantenido este libro en excelentes condiciones y forma parte de la Biblioteca Histórica del Instituto Científico y Literario Autónomo del Estado de Hidalgo. Este esfuerzo de conservación no solo ha permitido que la obra de Escandón sobreviva al paso del tiempo, sino que también ha asegurado que su contenido esté disponible para el aprovechamiento social y académico. La presente edición incluye además el trabajo investigativo introductorio, producto del compromiso de la UAEH con sus acervos, integrando diversos estudios académicos que abarcan los principales aspectos de la obra para facilitar su uso posterior como fuente de nuevos conocimientos.

La difusión de *Estado de Hidalgo. Etnografía y Arqueología, 1892* es también un reflejo del compromiso del Congreso del Estado Libre y Soberano de Hidalgo con la cultura y el conocimiento. A través de la presente coedición, el Congreso da cumplimiento a lo mandatado por la LXV Legislatura en el decreto que establece la publicación anual de un libro de interés patrimonial.

Este decreto tiene como objetivo fomentar la producción, calidad y preservación de libros que, por sus aportaciones, resultan fundamentales para el redescubrimiento y la apreciación de nuestro patrimonio cultural. En este sentido, la publicación de la obra de Escandón no solo honra su legado, sino que también cumple con un deber institucional de dos de las instancias públicas fundacionales de la entidad.

Además de su valor histórico y arqueológico, este libro es también un testimonio del espíritu de exploración y descubrimiento que caracterizó a Luis A. Escandón. Su trabajo refleja una curiosidad insaciable y un profundo respeto por las culturas antiguas. Invito a los lectores a explorar y disfrutar de esta obra única. Que las páginas de este libro nos sirvan como un recordatorio del rico legado cultural de Hidalgo y nos inspiren a continuar trabajando por la preservación y promoción de nuestro patrimonio.

En nombre de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, agradezco profundamente al Congreso del Estado Libre y Soberano de Hidalgo por su colaboración y compromiso con el devenir de la cultura en nuestra entidad.

Luis A. Escandón nos legó una joya histórica con su meticuloso trabajo, y hoy, al ponerla al alcance de todos, confiamos en que su contenido seguirá siendo una fuente de inspiración y conocimiento para generaciones venideras.

“Amor, orden y progreso”

PREÁMBULO DE LA EDICIÓN

Diputada Elvia Yanet Sierra Vite

Presidenta de la Primera Comisión Permanente de Cultura



LA RECUPERACIÓN y preservación de libros y textos antiguos permiten que las generaciones presentes y futuras accedan a un valioso legado de conocimientos y tradiciones que, de otra manera, podrían perderse. Este esfuerzo no solo fortalece la identidad y el orgullo local, sino que también enriquece el acervo cultural y educativo del estado, promoviendo una comprensión más profunda y un aprecio más sincero por la diversidad y la riqueza de su patrimonio.

En la Comisión de Cultura del Congreso del Estado Libre y Soberano de Hidalgo, trabajamos incansablemente para promover y salvaguardar el patrimonio cultural que nos define. La meticulosa labor de Luis A. Escandón al documentar y analizar la diversidad cultural y arqueológica de Hidalgo nos ofrece una ventana invaluable hacia el pasado. Este libro no solo constituye un riguroso estudio académico, sino que también invita a reflexionar sobre la importancia de conservar nuestro patrimonio. Cada página de esta obra nos acerca a los pueblos originarios, a sus prácticas y creencias, a través de una exquisita colección de manuscritos, fotografías e ilustraciones que datan del siglo XIX.

El rescate de esta obra es también un tributo a las comunidades que han mantenido viva su cultura a través de generaciones. En un mundo cada vez más globalizado, donde la homogenización cultural amenaza con borrar las identidades locales, resulta crucial reforzar la conciencia y el orgullo por nuestras particularidades étnicas y arqueológicas.

Como presidenta de la Comisión de Cultura, celebro este trabajo editorial que enriquece nuestro acervo cultural y académico. Confío en que esta nueva edición de *Estado de Hidalgo. Etnografía y arqueología* se convertirá en una herramienta fundamental tanto para los estudiosos como para el público en general, fomentando un conocimiento más profundo y un aprecio más sincero por el vasto y complejo tapiz cultural que define a Hidalgo.

Que esta obra inspire a las nuevas generaciones a continuar explorando y valorando la herencia de nuestro estado, y a reconocer que en la diversidad de nuestras raíces reside la fortaleza de nuestra identidad.

INTRODUCCIÓN Y NOTA METODOLÓGICA

José Eduardo Cruz Beltrán



LUIS A. ESCANDÓN fue redactor del *Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Hidalgo* a finales del siglo XIX. Originario de Michoacán, nos dejó un manuscrito que llamó *Estado de Hidalgo. Etnografía y Arqueología* (1892). Por la data de esta y otras obras —Escandón publicó de 1890 a 1893— justo es considerarlo pionero de la historiografía hidalguense. Fue consumado periodista, tenaz aficionado de la disciplina histórica y auténtico excursionista. Para efectos de la presente edición se consigna la siguiente nota metodológica que permite a quienes consulten, una visión más argumentada de la obra en cuestión.

Estado de Hidalgo. Etnografía y Arqueología contiene información sobre la historia prehispánica de los pueblos asentados en el actual territorio hidalguense. Entrelaza información de carácter historiográfico, consultada por el autor, con las exploraciones de carácter arqueológico que realizó él mismo en diversos sitios de la entidad. Sus hallazgos pueden contarse como antecedentes de la disciplina antropológica no sólo en Hidalgo sino en México.

Por el interesante trayecto del manuscrito como enseguida se describe, por su contenido mismo como el título indica, así como por sus características físicas —un corpulento volumen de 218 fojas con dibujos y fotografías originales adheridas al mismo— se apreció su valor para considerar la presente publicación.

El manuscrito de Escandón, con el apoyo del gobierno del estado, fue elaborado para la exposición colombina de 1893 con sede en Chicago. Posterior a ello, el manuscrito regresó directamente a Pachuca, y en algún momento de la década de 1950 estuvo en manos del arqueólogo Jorge R. Acosta, quien, luego de elaborarle un dictamen poco satisfactorio al texto, lo devolvió al Instituto Científico y Literario del estado. En el año 1988 estuvo expuesto en la sala J. Pilar Licona de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Después de ello, fue resguardado en el edificio central universitario y ya no se supo de él.

Escandón envió al *Periódico Oficial* un informe de sus exploraciones y del manuscrito que preparó para la exposición colombina. En 2006, Enrique Rivas Paniagua lo reunió en un volumen de la colección *Clásicos hidalguenses*, editado por la UAEH. Hasta entonces, del manuscrito seguía sin haber noticia; Rivas Paniagua arrojó la hipótesis de que el libro pudo no haber regresado a México y asimismo, declaró no tener pistas para conocer a fondo a Luis A. Escandón.

Años más tarde, en 2017, Abel Luis Roque López, director del Archivo General de la UAEH —donde actualmente se encuentra— recibió la noticia de su localización en una bodega próxima al auditorio Baltasar Muñoz Lumbier, y pudo resguardarlo para su posterior conservación y consulta.

A finales de ese año tuve conocimiento de la existencia del manuscrito gracias a la consulta de la *Bibliografía general del estado de Hidalgo*, de Víctor Manuel Ballesteros García. Este investigador asentó que el manuscrito se encontraba en el fondo Instituto Científico y Literario de la Biblioteca Central universitaria. Tras algunas pesquisas, se tuvo noticia de que el documento finalmente fue hallado y se encontraba bajo resguardo del Archivo General de la universidad. El análisis historiográfico del manuscrito, y de la totalidad de la obra de Escandón, fue consignado en mi tesis doctoral *El pensamiento histórico en el estado de Hidalgo. La construcción ideológica de la historiografía regional, 1884-1940*, que a su vez, habría de inaugurar estudios más profundos acerca de la obra y del autor. En ese trazo, Gloria Elvira Gutiérrez Chávez (2023) hizo lo propio en su tesis de maestría, en la cual puso énfasis el tratamiento del manuscrito como patrimonio cultural universitario e hidalguense, y que hoy, finalmente, se dispone a especialistas y público interesado.

*

En esta edición se mantienen las grafías originales de topónimos, nombres propios y vocablos en lengua vernácula. En cuanto al uso de acentos gráficos sobre las voces indígenas, se optó por su omisión para que quien lea tenga la libertad de colocarlos donde mejor lo considere o le dicte su uso. Fue respetado el uso del plural y singular respecto a los pueblos mencionados: “los olmeca”, “los tolteca”, pero sí fueron establecidos criterios modernos de ortografía y puntuación (extraña por “estraña”, capítulo por “capitulo”), y fueron separadas algunas palabras (licenciado sustituye a Lic., señor a Sr.).

Se conservaron las disposiciones del autor respecto a la extensión de los párrafos y las citas a pie de página. En la parte final de la obra se colocaron algunos apéndices documentales, referentes a la existencia de otros legajos relativos al manuscrito como aquellos que demuestran que posterior a la exposición, el documento regresó a Pachuca, donado por el gobierno del estado, para ingresar como parte del catálogo de la biblioteca del Instituto Científico y Literario. En ese mismo tenor, se encuentra el dictamen del arqueólogo Jorge R. Acosta, el cual sirve para situar la evolución científica de la arqueología y el pensamiento de la época respecto a dicha disciplina.

Un índice geográfico y de nombres acompaña este volumen tanto para identificar los sitios específicos de exploración arqueológica de Escandón o de referencias historiográficas.

La presente edición culmina con el apéndice de imágenes. El autor las colocó a lo largo del texto del manuscrito original. Para mayor agilidad de su lectura se determinó ubicarlas al final. Se usaron los pies de página que Escandón consideró en su introducción, salvo en ocasiones donde coloqué algunas precisiones entre corchetes. Finalmente se integraron debidamente a los pies de páginas los signos y abreviaturas que enlistó: Propiedad del gobierno (P. G.), Colección del autor (C. A.), Fotografía (F), Dibujo a pluma (D), Acuarela (A); objetos procedentes de: Yahualica (*/*), Tollan (X) o Tollancinco (%).

Tal como se observa en el índice de contenido, fueron preparados diversos estudios críticos para contextualizar la obra, con atención tanto en sus primeras noticias, su hallazgo físico y algunos estudios académicos relativos a la misma. Es deseo de quienes colaboraron en esta obra dejar reservado para lectores y estudiosos de las respectivas disciplinas un análisis pormenorizado de todo cuanto expresó Luis A. Escandón en su *Etnografía y Arqueología*.

Agradecemos el auspicio del Congreso del Estado Libre y Soberano de Hidalgo por su labor encaminada al fomento de la cultura y la historia hidalguense. Asimismo dejo constancia del apoyo del Archivo General para su consulta y a la dirección de Ediciones y Publicaciones de la UAEH por la preparación técnica de la presente edición.

Pachuca de Soto, Hgo., mayo de 2024.

ESTUDIOS CRÍTICOS



Introducción al informe *Estado de Hidalgo. Etnología y arqueología*¹

Enrique Rivas Paniagua



ACASO lo de *Etnología y arqueología del estado de Hidalgo* suene demasiado pretensioso para un trabajo de tan cortas dimensiones como éste de Luis A. Escandón, mismo que en versión moderna edita ahora la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Pero idéntico título corresponde a un libro mayor del propio Escandón, inédito, integrado por 20 capítulos y enriquecido con 221 ilustraciones, que como manuscrito en papel pergamino fue enviado a la ciudad de Chicago para exhibirlo durante la Exposición Colombina de 1893.

En otras palabras, lo que el lector tiene en sus manos es apenas un resumen, hermano menor del otro. Escandón lo presentó como informe de las tareas que le habían sido encomendadas y lo publicó por entregas en el *Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Hidalgo*,² de donde lo transcribí, actualizándole puntuación, ortografía y criterios editoriales a fin de facilitar su lectura.

Pese a ser más breve, y por desgracia sin las figuras, planos y croquis a que hace referencia, el informe es un importante documento que sin duda interesará a historiadores, antropólogos y estudiosos de las ciencias sociales. Tan sólo en el campo arqueológico, las futuras publicaciones sobre el Huastecapan y sobre Tollan seguramente habrán de consignarlo dentro de su bibliografía, pues en ambos sitios Escandón hizo excavaciones de las que, hasta donde sabemos, no hay registro previo. Y lo mismo cabe decir en materia de historia del arte, si consideramos sus referencias a ciertos objetos que halló —de paso también se llevó, sin explicarnos adónde— en contextos coloniales de la entonces villa de Tula, más los *phallus* y otras piezas prehispánicas de Yahualica enviadas como muestras de cultura hidalguense a Chicago.

(A propósito de esta urbe del estado de Illinois, para contextualizar quiénes tuvieron el privilegio de ojear o acaso leer el manuscrito de la *Etnología y arqueología del estado de Hidalgo*, recordemos que Chicago organizó la Exposición Colombina para celebrar el cuarto centenario del arribo de Cristóbal Colón a tierras americanas, que fue la primera de las grandes ferias mundiales realizadas periódicamente durante casi un siglo en diversas poblaciones de Estados Unidos, que permaneció abierta de mayo a octubre de 1893 y que recibió 27 millones de visitantes.)

1 Nota del editor: publicado originalmente en Escandón (2006).

2 30 junio, 31 agosto, 14 septiembre 1893. En adelante citado como POGEH.

Desde luego, habría sido oportuno incluir aquí una biografía detallada del autor ausente de la historiografía regional a pesar de sus innegables méritos—, pero no encontré más que los siguientes datos aislados. Ignoro dónde vino al mundo, aunque lo supongo hidalguense de cuna; y salvo que festejaba su onomástico cada 19 de agosto,³ tampoco sé el año de su nacimiento. Por corto tiempo fue ayudante del gobernador interino Ramón F. Riveroll. En el POGEH, además de anónimo redactor de planta, escribió varios artículos con su nombre: “El nuevo distrito de Tenango”,⁴ “Actopan: apuntes para la historia y geografía del estado de Hidalgo”,⁵ “Municipalidad de Tepexi del Río”,⁶ “Progresos”⁷ y “Geografía y estadística del distrito de Itzmiquilpan”.⁸ Sus únicos libros impresos fueron *Ensayo histórico, geográfico, estadístico del distrito de Tula*⁹ y *Ensayo histórico, geográfico, estadístico del distrito de Itzmiquilpan*.¹⁰ En marzo de 1895 comenzó a publicar el semanario *El minero pachuqueño*, que no se continuó por el repentino fallecimiento del capitán Escandón. Murió en la ciudad de Pachuca, el domingo 24 de marzo de 1895.¹¹

Va por último una pregunta inevitable: ¿dónde habrá quedado aquel único ejemplar escrito de puño y letra por nuestro paisano? Dudo que Escandón lo haya tenido de vuelta a fines de 1893 y aun que hubiese regresado a México. De existir todavía tan *rara avis* bibliográfica, ¿se guardará en algún archivo o biblioteca importante de Estados Unidos? Intenté averiguarlo en varias páginas internéticas que generosamente me proporcionó el arqueólogo Osvaldo Sterpone, la mayoría alusivas a la exposición de Chicago, pero no logré despejar la duda. Quede lo dicho como motivación para más detalladas pesquisas.

3 POGEH, 20 agosto 1891. La misma fuente lo cita como presidente del Club de Cacería Hidalgo.

4 POGEH, 9 julio 1891.

5 POGEH, 1 octubre 1891.

6 POGEH, 16 marzo 1893.

7 POGEH, 17 junio 1893. Alude a la inauguración del ferrocarril a Tulancingo.

8 POGEH, 2, 8, 17, 23 junio 1893.

9 México, Imprenta de Ireneo Paz, 1890, 100 p.

10 México, Imprenta de Ireneo Paz, 1891, 128 p.

11 POGEH, 28 marzo 1895. Siquiera porque Escandón era un personaje cercano al órgano oficial del gobierno hidalguense, la nota luctuosa debió ser menos parca: no refiere su edad ni la causa del fallecimiento, y menos aun menciona su vocación por estudiar y difundir nuestro pasado. Tras esta última referencia, silencio absoluto en todos los demás números del *Periódico*...

El manuscrito de Escandón: hallazgo, rescate y primeros auxilios¹²

Abel Luis Roque López y Jonathan Stalin Castro Sanipatin



EL LIBRO MANUSCRITO *Estado de Hidalgo. Etnografía y Arqueología*, de la autoría de Luis A. Escandón, es un ejemplar único y original, que forma parte del patrimonio documental de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, institución académica, pública y autónoma de educación superior, cuyo dato en su antecedente fundacional es el año de 1869. Previendo la necesidad de conservar el patrimonio documental de la UAEH el 20 de abril de 2010 se creó, por acuerdo de la Secretaria General, la comisión de Regulación Archivística y Documental, dando paso a la creación del proyecto de Archivo General.

Dentro de su planeación inicial, estuvo implementar la archivística bajo una visión de sistema institucional de archivos, que permitiese homologar la gestión documental y establecer el ciclo vital de los documentos de archivo, bajo la premisa de identificar archivos de trámite o de gestión por cada punto de la estructura organizacional, un Archivo de Concentración para la guarda precautoria y el Archivo Histórico como espacio para la memoria institucional y la gestión del patrimonio documental propio y adquirido. Asimismo, se diseñaron los primeros instrumentos de control y consulta archivística para la institución y entre otras actividades se ha desarrollado de manera permanente un programa de capacitación y formación archivística para el personal de toda la Universidad.

El Archivo General cuenta con un edificio *exprofeso* para el desarrollo de sus funciones, en su estructura interna están las áreas responsables de la gestión documental, las áreas de Archivo Histórico cuyo departamento de Conservación y Restauración, cuenta con un laboratorio para la intervención preventiva y curativa de los fondos y colecciones que resguarda el archivo institucional de la UAEH.

A más de una década de trabajos del Archivo General se han ido incorporado al patrimonio documental de la Universidad fondos y colecciones que enriquecen el acervo universitario; otras de las funciones que se han desarrollado son los rescates documentales, al ser la Universidad una institución que en suma tiene 155 años de vida institucional, son múltiples los vestigios existentes que atestiguan su presencia y trascendencia a lo largo de centuria y media.

¹² La versión original y extendida de este trabajo puede consultarse en: <https://repositorio.uti.edu.ec/handle/123456789/6445>

El rescate archivístico, forma parte de las funciones sustantivas que ejecuta el Archivo General, entendido como “La recuperación de libros y documentos afectados [...] puede ser eficaz y poco costoso cuando se conoce exactamente lo que hay que hacer en caso de emergencia” (Vergara, 2006: 551). Los salvamentos documentales surgen como una necesidad de intervención para preservar el posible patrimonio documental, el cual se define como aquellas manifestaciones bibliográficas y documentales consideradas esencias útiles que forman parte del patrimonio cultural. Con base en sus particularidades significativas los libros y los documentos se pueden clasificar como patrimonio, mismo que puede encontrarse en diferentes sitios, muchos de ellos inimaginables.

Los rescates documentales se aplican a aquellos acervos dispersos en el espacio y en el tiempo, que escapan a la metodología instaurada en 2011 para la gestión documental, ya que estos acervos podría decirse, quedaron atrapados en ciertos espacios recónditos y la función orgánica de estos documentos ya no obedece a la lógica contemporánea, e inclusive las instancias que en su momento los gestionaron, muchas de ellas ya no existen o cambiaron de denominación, quedándose estos acervos sin responsabilidad directa de una oficina organizacional, volviéndose sujetos a la intervención directa de parte del Archivo General.

*

El 24 de marzo de 2017, se planeó un rescate documental del edificio denominado actualmente *Centro Cultural Universitario La Garza*, el cual es el edificio emblemático donde hoy se sitúa la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, lugar en el que se estableciera el Instituto Literario y Escuela de Artes y oficios, como primer antecedente de la actual Universidad.

Debido al crecimiento de la matrícula y a la insuficiencia de espacios para impartir la docencia, el edificio Universitario sufrió constantes remodelaciones sin embargo, las autoridades universitarias se percataron de la necesidad de disponer un espacio para preservar diversos documentos y objetos que reflejan la vida académica, administrativa y cultura de la Universidad como: libros, documentos, equipos de oficina obsoletos, objetos de museo, vestuario, que estuvieron en el olvido.

Cuando el personal del Archivo General realizó una intervención archivística para identificar aquellos documentos relevantes para la historia universitaria entre ellos, varios objetos del extinto *Museo Universitario* que desapareció en el año de 1991, este proyecto fue coordinado por el departamento de Conservación y Restauración del Archivo General de la UAEH, en el cual participaron todas las áreas y el factor humano del Archivo General apoyados con prestadores de servicio social y prácticas profesionales adscritos a los proyectos ofertados por el archivo, además de personas voluntarias que se sumaron a esta tarea.

El poder llegar al día de la intervención para el rescate de lo almacenado a lo largo de más de tres décadas en la bodega del coro de la antigua capilla y hoy Salón de Actos, implicó múltiples gestiones y aplazamientos, ya que desde el año 2013 se había planeado efectuar tal intervención, esto no fue posible por la reciente creación del Archivo General.

Aún no existía una imagen consolidada y claramente definida de las funciones y alcances del Archivo General; existían opiniones internas que el patrimonio orgánico de la institución, es decir aquellos vestigios producto del desarrollo de sus funciones cotidianas, debía ser resguardado conjuntamente con el patrimonio artístico incorporado; sin embargo, la instancia organizacional responsable de ello (extensión de la cultura) no contaba ni con los medios materiales, financieros, de infraestructura, pero ante todo, de especialización del factor humano, cuestión que sí contaba el naciente Archivo General de la UAEH.

**

Previo al inicio de la histórica jornada del rescate documental efectuado el 24 de marzo de 2017, y con el respaldo institucional de los titulares de la Coordinación de Extensión de la Cultura de la UAEH, y administrador del *Centro Cultural Universitario La Garza*, la primera actividad consistió en realizar la limpieza superficial de la zona a intervenir, ya que después de décadas de almacenamiento, el espacio se encontraba lleno de polvo, telarañas, lodos formados por la acumulación de polvo y la filtración de agua pluvial, y densas capas de excremento de palomas que anidaban en las ventanas exteriores de la bodega.

Con la finalidad de agilizar la intervención, se conformaron equipos de trabajo a cada uno de ellos se les dotó de equipo de seguridad como son overoles, mascarillas con filtro, guantes, protectores para los ojos, cofias, para evitar exponer su salud al igual que la de los materiales a intervenir.

Los procesos aplicados en la jornada de rescate fueron, de manera general: limpieza, revisión, embalaje, traslado, registro: inventario y levantamiento fotográfico. Muchos de los objetos y materiales que fueron (re) encontrados datan del siglo XIX; entre ellos se destacan los instrumentales y equipo para las clases de Química y Física; del gabinete de Historia Natural, el cual incluye especímenes disecados y en formol; trofeos de competencias deportivas; documentos como libros de exámenes profesionales y expedientes de alumnos; viejos equipos de oficina como máquinas de escribir y libros de la primera biblioteca, sobresaliendo el libro *Estado de Hidalgo. Etnografía y Arqueología* (1892), ejemplar único y de gran valía. Actualmente todo el material mencionado se conserva en el Archivo General de la UAEH.

El hallazgo del manuscrito *Estado de Hidalgo. Etnografía y Arqueología*

El libro fue localizado el viernes 24 de marzo de 2017, durante las jornadas de salvamento de materiales y objetos de la bodega del coro de la antigua capilla y hoy Salón de Actos; sin embargo, este descubrimiento no tendría relevancia o tal vez hubiese pasado desapercibido, sino existieran los antecedentes y el conocimiento de esta obra original y única.

Bajo la experiencia adquirida en los constantes rescates documentales y las aptitudes del equipo que conforma el personal del Archivo General, basados en el conocimiento de la historia universitaria se logró detectar que el libro tenía elementos de valor histórico y patrimonial, el maestro Enrique Rivas Paniagua, destacado investigador, historiador, musicólogo y divulgador de la historia del estado de Hidalgo, dentro del programa editorial institucional ideó y creó una colección denominada Clásicos Hidalguenses, la cual la definió como ediciones modernas de obras antiguas inéditas, desconocidas, agotadas inhallables en bibliotecas, escritas por hidalguenses o alusivas al estado de Hidalgo. Fue así como Rivas Paniagua trajo al siglo veintiuno, a través del número uno de la colección, una obra perdida en la memoria contemporánea de la cual se encargó de investigar y escribir a través de un opúsculo, reviviendo *Estado de Hidalgo. Etnografía y Arqueología*, obra escrita por el capitán primero de caballería Luis A. Escandón, miembro honorario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Rivas (2006) expuso en la introducción del primer número de Clásicos Hidalguenses, sobre los datos encontrados hasta ese momento sobre la obra de Escandón y que publicaba solamente el resumen de un libro original, que en este momento concebía como desaparecido o resguardado en algún archivo o biblioteca en el extranjero.

Fue precisamente a raíz de esta colección editorial universitaria que se pudo tener contexto y conocimiento del libro de Escandón. Así, durante la jornada de rescate, conforme se iba identificando, embalando y trasladando de la bodega situada en el coro al patio principal del edificio, de momento, se encontró resguardado en una caja de cartón, la cual destacó por su peso y dimensiones, y al interior al ser embalado en plástico poli burbuja, resurgió *Etnografía y Arqueología*. Inmediatamente fue identificado por el director del Archivo General gracias a la trascendencia que tuvo la obra de divulgación realizada por Rivas Paniagua, quien posterior al hallazgo, visitó en el año 2018 las instalaciones del Archivo General para encontrarse con la obra que se creía desaparecida.

Fue en esta visita donde el maestro Rivas recordó que la obra de Escandón fue registrada en la obra *Bibliografía general del Estado de Hidalgo, con una selección de hemerografía*, compilado por el doctor Víctor Ballesteros en 1995 y que le otorgó el registro 9.149. Ballesteros, además, incluyó una nota donde especificó que el manuscrito, encuadernado en piel se exhibió en el

Museo Universitario de la UAEH y que la obra pertenece a su Biblioteca Central, al fondo Instituto Científico Literario; con esta referencia se logró precisar en 2018 la posesión patrimonial de la obra a favor de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo como parte de su patrimonio documental bibliográfico.

Estado de Hidalgo. Etnografía y Arqueología es una obra patrimonial sobreviviente al ocaso del siglo XIX, que redimensiona su valía como memoria de las descripciones realizadas en su momento en términos de un intento de exploración arqueológica, pero que trasciende al siglo XXI generando nuevas líneas de investigación que van desde la materialidad del propio libro, las técnicas utilizadas en su elaboración y su escritura, los estudios etnográficos y antropológicos que se desprenden de sus imágenes, ilustraciones y fotografías, hasta la trascendencia como producto cultural elaborado para representar al estado de Hidalgo y a México en el contexto de las exposiciones mundiales del siglo XIX. En suma, el libro de Escandón es testimonio de la memoria del mundo y fuente para investigaciones multidisciplinarias sobre su materialidad, contenido y su contexto.

Primeros auxilios

Como ya se señaló en párrafos superiores, al encontrarse el ejemplar en la bodega del coro, la primera estrategia inmediata destinada a su manipulación fue embalarlo en plástico poli burbuja, con la finalidad de trasladarlo al Archivo General cuidando su integridad física para su posterior estabilización y levantamiento de diagnóstico

El libro fue adherido a los acervos del Archivo General de la UAEH, como resultado de un rescate, mismo que estaba expuesto a altos niveles de humedad y temperaturas extremas, las cuales se midieron en la bodega del coro para ser registradas en la ficha de diagnóstico con la ayuda de un termo hidrómetro digital (*data logger*). Ya en las instalaciones, se inició con la estabilización de su entorno, se retiró el envoltorio plástico para posteriormente llevarlo al área de cuarentena, prevista de estanterías, humidificadores y deshumidificadores, los que nos permitían controlar la humedad relativa de su entorno, tomando como partida de comparación y regulación, las medidas obtenidas en la bodega del coro donde fue encontrado para ir estabilizándola paulatinamente a las que poseemos en las bóvedas de resguardo.

Posteriormente al ser estabilizado (control de humedad y temperatura) en el área de cuarentena el documento, y dado que el polvo depositado en las hojas del libro podía ocasionar otros deterioros como la abrasión, cada hoja fue limpiada con una brocha de cerdas suaves, este primer proceso también nos permitió saber si había ataque fúngico, y con base en ello elaborar el diagnóstico de nuestro material documental.

En los 13 años que lleva en funciones el Archivo General de la UAAEH, han sido múltiples los proyectos de organización, descripción y difusión que se han gestionado y ha participado, cumpliendo a cabalidad la encomienda y responsabilidad para lo que fue creado, que es el de organizar, conservar y difundir el patrimonio de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Siendo conscientes del valor de su Fondo Histórico, así como la labor de salvamento y resguardo, han ido nutriendo las colecciones que hoy conforman el Archivo General, hoy en día la propuesta de restauración y los proyectos ejecutados, posibilitan su consulta y manipulación, tal es el caso del libro *Estado de Hidalgo. Etnografía y Arqueología* de Luis A. Escandón, que es una de las muestras de uno de los documentos más importantes que se conservan en sus acervos.

Luis A. Escandón: una biografía

José Eduardo Cruz Beltrán



SI LA *Reseña relativa al estado de Hidalgo* enviada a Nueva Orleans en 1884 significó apenas un indicio de lo que más tarde sería la conformación de la historiografía local, en Luis A. Escandón encuentra su primer cauce. El panorama parecía prometedor: su idea era elaborar una historia general de la entidad. Ya había concluido con los distritos de Tula e Itzmiquilpan y recién había comenzado con los de Actopan y Tenango de Doria. Tuvo un particular interés por los huastecos y decidió ir en busca de los antiguos toltecas y otomíes. En la muerte encontró el obstáculo a sus pretensiones y su presencia en la historiografía regional de Hidalgo quizá estaría en condiciones de ser comparada con el estilo totalizador de Teodomiro Manzano, quien de distinta forma, logró conducir el esfuerzo de Escandón: una historia general, a partir de efemérides y de datos recopilados en distintas fuentes.

Luis Alfonso Escandón España, nació el 19 de agosto de 1853 en Morelia, Michoacán. Sus padres Luz España y Pedro Escandón. Realizó sus primeros estudios en el Colegio de San Fernando de México y estudió latinidad en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo y en el seminario de Morelia. Al morir su padre en 1870, dejó sus estudios para la subsistencia de su familia y buscó empleo como sobrestante de una cuadrilla de operarios en el camino que va de Morelia a las Barrancas de Atenquique. Con los recursos obtenidos, logró continuar con sus estudios de latín, lógica y matemáticas (*La juventud literaria*, 5 agosto 1888: 255).

En 1871, pasó a ser empleado en el Ferrocarril Mexicano, puesto que abandonó para proseguir sus estudios literarios con el maestro Ignacio Ramírez y con la influencia de Guillermo Prieto. Incursionó fugazmente en la poesía (*La patria ilustrada*, 5 marzo 1888:199). Fue un excursionista nato como lo demuestran sus viajes por los estados de Michoacán y Veracruz (*La voz de México*, 11 diciembre 1888: 3; *La convención radical obrera*, 8 enero 1889: 3).

En 1877 llegó a radicarse en Pachuca, invitado por Rafael Cravioto. Una vez establecido el gobierno de este último, Escandón figuró como visitador de renta, redactor del periódico oficial y fundador de varios periódicos. De acuerdo con sus contemporáneos, Escandón poseía talento, era “laborioso, leal con sus amigos, y correligionarios políticos, estudioso y modesto” (*La juventud literaria*, 5 agosto 1888: 255).

A mediados de 1877 fundó en Pachuca el periódico *La igualdad* (*El órgano de los estados*, 23 julio 1877: 3). El matrimonio que contrajo con la señorita Prisca Ordóñez lo enraizó más a Hidalgo y el padrino de la pareja fue Rafael Cravioto.

El agradecimiento que siempre le mostró habría de evidenciarlo en la dedicatoria de sus libros y en algunos intentos biográficos para el originario de Huauchinango (*La patria ilustrada*, 4 marzo-11 noviembre 1889). Hacia 1889, luego de ir y venir por diversos lugares del país, regresó nuevamente a Pachuca donde perteneció al club de cacería Hidalgo (*Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Hidalgo*, 20 agosto 1891:1). En esta segunda etapa en, Escandón comenzó a dedicar sus textos a temas hidalguenses. A causa de una oclusión intestinal, Luis A. Escandón murió a los cuarenta y dos años, el 24 de marzo de 1895, en su casa de la cuarta calle de Hidalgo, en Pachuca. (Archivo General del Estado de Hidalgo, Serie: *Gobierno*, Fondo: *Registro de lo familiar*, Sección: *Defunciones*, 1895).

Luis A. Escandón y el estado de Hidalgo

El capitán Luis A. Escandón escribió a partir de 1890 tres libros para el estado de Hidalgo y numerosos artículos en el *Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Hidalgo*. El primero de ellos fue el *Ensayo histórico, geográfico, estadístico del distrito de Tula* (1890), al año siguiente el *Ensayo histórico, geográfico, estadístico del distrito de Ixmiquilpan* (1891) y su obra más importante: *Estado de Hidalgo. Etnografía y Arqueología* (1892). De este último publicó un informe los días 30 de junio, 31 de agosto y 14 de septiembre de 1893. Los artículos escritos en el *Periódico Oficial* durante 1891: “El nuevo distrito de Tenango” (9 y 16 de julio); “Actopan (Apuntes para la historia y la geografía del estado de Hidalgo)” (1 de octubre). De 1892: “Elementos de riqueza”, en referencia a la Huasteca (9 de julio); “Ixmiquilpan” (22 de julio); “El distrito de Tula” (30 de junio); “El distrito de Tulancingo” (26 de agosto).

En 1893: “Municipalidad de Tepexi del Río” (16 de marzo); “Progresos”, en referencia al ferrocarril inaugurado en Tulancingo (17 de julio); y “Geografía y estadística del distrito de Ixmiquilpan” (2, 8, 17 y 23 de junio). En ese año publicó un breve estudio del autor sobre el carbón de piedra en el área de Xilitla y Jacala publicados en *El minero mexicano* y posteriormente en el *Boletín oficial de la Cámara minera de Pachuca*. Asimismo se encontró un artículo suyo en *El reconstructor hidalguense* titulado “El Otonca”, en referencia a Ixmiquilpan. A mediados de noviembre de 1890, *La patria* publicó una noticia referente a los trabajos de Escandón en la entidad.

El título de un nuevo libro que se publicaría próximamente, histórico-geográfico-estadístico, el que comprende un estudio relativo a la raza otomí, de la que muy poco se han ocupado los historiadores. Contiene minuciosos detalles de la historia de los pueblos de aquel distrito del estado de Hidalgo, entre otros, los nombres geográficos, conquistadores, encomenderos y los datos últimamente recogidos por el autor respecto de la geografía, petragrafía [*sic*], y estadística de la región. Las ilustraciones de la obra han sido ejecutadas por buenos artistas.

El mismo autor está escribiendo una obra relativa a la historia de las razas que habitaron el norte del Valle de México la que remitirá al Congreso de Americanistas y antropología de París. Es el señor don Luis A. Escandón a quien nos referimos, autor también de Tollan que fue recibido con general aplauso y de quien toda la prensa hizo merecidísimos elogios.

El señor Escandón ha salido para Ixmiquilpan con objeto de hacer escritos muy especiales en la misma localidad. Es indudable que su nuevo libro tendrá toda la importancia e interés del que dio a luz últimamente y cuya lectura recomendamos a nuestros lectores (*La patria*, 16 noviembre 1890: 3).

Como colaborador en el Instituto Científico y Literario estuvo al frente de la sección de Instrucción Pública donde se encargó de distribuir instrumentos científicos importados de París; asimismo, formó parte de la comisión, junto con los señores Feliciano Madrid, jefe político del Distrito de Tulancingo, y Manuel Hernández, para instalar lo que sería el nuevo distrito de Tenango de Doria (*La patria*, 21 de junio 1891:1).

A finales de 1891, organizó la biblioteca del estado, sin contar la ya existente del Instituto Científico y Literario, en especial las secciones de Historia, Literatura, Filología y Jurisprudencia (*La patria*, 28 noviembre 1891: 3).

Hacia el mes de abril de 1892, Escandón fue comisionado por el gobierno del estado para la Feria del Mundo, y en relación con la exposición de Chicago (*Daily anglo-american*, 6 mayo 1892: 2). Hacia noviembre de 1892 sus excursiones terminaron. Sin duda, los resultados causaron expectación y *El siglo diez y nueve* señaló:

De regreso de sus excursiones por el lado norte del estado y por los distritos de Tulancingo y Tula se encuentra ya en Pachuca nuestro buen amigo y compañero de la prensa señor Luis A. Escandón. En la segunda de las citadas poblaciones, es decir, en Tula, descubrió una ciudad perteneciente al siglo VI, de la cual se ocupa en levantar el correspondiente plano el joven y aprovechado ingeniero don Julio Aguirre.

Terminado ese trabajo, el señor Escandón continuará en los de descubrir toda la antigua ciudad de Tula, la que a juicio de nuestro arqueólogo amigo, abraza un espacio de tres leguas de oriente a poniente, por cuatro de norte a sur. Sea de todo esto lo que fuere, sí podemos asegurar que el señor Escandón tiene ya en su poder magníficos datos, así etnográficos como etnológicos y de arqueología (*El siglo diez y nueve*, 12 noviembre 1892: 3).

La noticia anterior hace referencia a los trabajos que presentaría en su manuscrito *Etnografía y Arqueología*. Podemos inferir por tanto, que su trabajo de campo fue por espacio cinco a seis meses.

La obra de Luis A. Escandón y su idea de la historia

Luis A. Escandón tuvo la influencia de los arqueólogos Alfredo Chavero y Leopoldo Batres. Sus trabajos serían la base para conformar los propios. Dos temas atrajeron la atención de Escandón al estudiar los distritos de Tula e Itzmiuilpan; por un lado, revirar las interpretaciones que sobre los toltecas existían en aquel momento como las concepciones de esta cultura como gigantes, y por otro, a la reivindicación de la cultura otomí.

Escandón vio una utilidad a la historia. No sólo para informar sino también para enseñar. La intención más allá del punto de vista didáctico era poner sobre la mesa la idea de la formación de un discurso integrador que conformarla la identidad nacional. Escandón lo tomó muy en serio. Exclamaba la pérdida de pinturas y jeroglíficos como él los llamaba y culpaba directamente a los españoles. Los soldados, decía, fundaron pueblos a su usanza sobre las piedras con que construyeron sus palacios los indígenas, a la que le daban el título de villas “bautizadas con el nombre de un santo u otro cualquiera, quedando en muy pocos puntos el primitivo, sembrando así la confusión que más tarde había de ser perjudicial a los historiadores que todavía alcanzaron la dicha de encontrar algunos mapas o tradiciones por medio de jeroglíficos” (Escandón, 1890: 86). En los jeroglíficos, decía Escandón, los frailes creían ver al demonio. Para Escandón la labor del historiador era similar a la de un geólogo: reconstruir los pedazos para con ayuda de la ciencia relatar sus costumbres y tradiciones, evocar a los hombres de otros tiempos, vestirlos de carne y hueso y hablarles como si estuvieran vivos, interrogarlos. La dificultad del historiador, apuntaba, era que a diferencia del geólogo que encontrando a un cuadrúpedo adivinaba cómo eran los demás, se encontraba con individuos de diferente carácter y que era casi imposible tener un retrato uniforme de cada individuo.

Ante esta dificultad, Escandón tenía la idea de distinguir el pensamiento dominante determinado por una época y conocer sus circunstancias. De ahí que habría recurrido a las fuentes que pudieran darle a conocer todo lo referente a los distritos hidalguenses. Luego, hace una breve alocución de la verdad tan cara a los historiadores, “y no haya pasiones ni intereses que no sean los que convengan a buen propósito a trueque, en contrario, de ser reprochado o hacer inútiles fábulas, romances o leyendas que más divierten que instruyen” (Escandón, 1890: 88). De esa forma, sale a la luz aún más el carácter educativo que pretendía darle a su obra. Ver la historia como base para la comprensión de la humanidad y al mismo tiempo ser aliciente para nuevas investigaciones.

En el texto “Actopan. Apuntes para la historia y geografía del estado de Hidalgo”, como otro ejemplo, publicado en el *Periódico oficial del gobierno del estado de Hidalgo* logró atisbar algunas consideraciones respecto al ejercicio de la historia:

Siempre he visto con el mayor interés todo lo que se relaciona con la historia patria, lamentando que hoy, por hechos aislados, o por conjeturas pudiéramos acaso llegar a conocer la íntima o particular de ciertos pueblos, que por su importancia deben aparecer en el catálogo de prominencias. La historia del país, fuerza es confesarlo, se ha escrito por diversos autores, pero fijándose única y exclusivamente en la parte política, olvidando la económica y lo que es más, reduciendo sus observaciones al centro (*Periódico Oficial... Hidalgo*, 1 octubre 1891: 1).

Gracias a los trabajos que realizó en la Huasteca, Escandón logró su mayor fama entre los círculos intelectuales y políticos locales, aún más que lo publicado en el Mezquital, pero de manera paradójica la que lo llevaría a su olvido.

Olvido y omisión de la historiografía: el culto al *phallus* huasteco

Al realizar un balance apreciativo de las obras de Escandón, considero que sus más grandes contribuciones al estudio de la historia y la arqueología mexicanas son, sin duda, las excavaciones en torno a la cultura huasteca realizadas en 1892.

En el campo de la arqueología mexicana, una de las tendencias temáticas más frecuentes es el estudio de la sexualidad en Mesoamérica. La cultura huasteca es reconocida como una de las culturas que de forma más explícita practicaba el culto a los falos. Independientemente de los juicios que sobre estas prácticas se mencionaron, lo que muy pocos plantearon es quién inicia con estos estudios y es precisamente nuestro personaje.

Escandón llegó a Huejutla en mayo de 1892 y de inmediato se trasladó a Yahualica. Ya había recibido noticias, por Joaquín García Icazbalceta, de la importancia de esta localidad como presidio y frontera con los cuexteca, y provincia del entonces señorío independiente de Metztlán. En Yahualica “junto al sepulcro de estructura xicalanca, en cuyo centro aparecen ídolos y útiles propios de aquella raza, vemos un hermoso y enorme *Phallus*, deidad que llevaron seguramente las oleadas del sur y como peculiar encontramos en los cuaxteca”. Posteriormente, Escandón remitió sus descubrimientos a Alfredo Chavero y a Francisco del Paso y Troncoso, entonces director del Museo Nacional. Aquí comienza propiamente el interés por estudiar los falos, y el repentino descrédito por los descubrimientos de Escandón.

Chavero mostró interés inmediato en el *Phallus* de Yahualica. Como lo asegura Nicolás León, solicitó aquel, directamente con el presidente Díaz, y él, a su vez, lo turna a la Secretaría de Justicia para instar al gobierno hidalguense a cederlo y trasladarlo al Museo Nacional de la Ciudad de México

El falo del Museo Nacional se encontró en Yahualica, población que pertenece al estado de Hidalgo, distrito de Huejutla, colindante con el estado de Veracruz. [...] El primero que dio noticias de este objeto fue el señor Luis A. Escandón, quien lo encontró en su postura original el año de 1890. El sitio en que estaba colocado es una plazoleta, frontera a la casa municipal, y tal cual lo representa el adjunto fotografiado (León, 1903: 279).

En trabajos recientes acerca del culto fálico en Mesoamérica, como los de Patrick Johansson y Felipe Solís, entre otros, no refieren a Escandón como el primero en reportar sus antecedentes sino de Ramón Mena, curador del Salón Secreto, un área reservada para los visitantes adultos al museo de Antropología que exhibía objetos eróticos (Johansson, 2006: 58; Solís, 2004: 60-61; Ortega Domínguez, 2007: 62).

Quien sí lo enunció fue el arqueólogo Alfonso Torres quien señaló que la fotografía de Escandón probablemente fue tomada para mostrarla en Chicago ya que no era factible llevar la pieza. Cabe señalar que el *Phallus* permaneció en Yahualica doce años, luego de ser solicitada para el museo. Mena dijo que la pieza aún era usada en los rituales de casamiento de las parejas jóvenes (Torres Rodríguez, 2009: 207-209). El aparato crítico usado por Escandón por momentos parece no tener correspondencia con el tratamiento arqueológico. Vio las piezas de forma similar sin poder contrastarlas, y sobre todo le impidió dar una explicación de lo encontrado. Sin embargo, fue evidente el respeto a los autores que citó pero también a las culturas ya que no refiere alguna apreciación personal sobre el culto fálico que seguramente habría de ruborizar a algunas sociedades conservadoras de la época.

Si bien las historias creadas durante la época estuvieron cargadas de fantasía, en especial en lo concerniente a los temas mesoamericanos, lo importante a destacar es que la obra de Escandón fue el reflejo de toda una tradición de apreciar lo prehispánico. El propio Escandón, a mediados de octubre de 1894, regaló al Instituto Científico Literario una colección de doscientos cincuenta ejemplares de “antigüedades aztecas”, de su propiedad, producto, seguramente, de sus exploraciones (*La patria*, 10 octubre 1894: 3). Algunas de aquellas piezas están en poder del Instituto Nacional de Antropología e Historia delegación Hidalgo; en 1969 fueron exhibidas a propósito de la conmemoración del primer centenario del Instituto Científico y Literario.¹³

¹³ Comunicación personal de Javier Ortega Morel, 6 de febrero de 2018.



Por la influencia de Alfredo Chavero, el autor del primer tomo de *México a través de los siglos* y maestro de Escandón, la información recopilada también se vio complementada con las descripciones de los viajeros, como lo hiciera Désiré Charnay en Tula o Eduard Seler en la Huasteca. Con el tiempo esto permitiría que a la par de los trabajos arqueológicos, los trabajos históricos también se desarrollarían en complemento una de otra, pues la exploración de las culturas antiguas permitía entonces comprender los procesos históricos del país. Hasta entonces, el siglo que terminaba fue el del gran interés por las ciencias humanas, en especial las que permitieran reconstruir la esencia mexicana, devastada por las continuas guerras que la habían asolado.

Por desgracia, poco impacto tuvieron las obras de Escandón en la historiografía hidalguense. Salvo unas cuantas citas, su nombre quedó desconocido. Los estudios que realizó pasaron a ser los de un aficionado y más porque para el caso de la Huasteca y el culto fálico, éste es atribuido a otro autor; en el caso del Mezquital, surgieron obras mucho más actuales y sistematizadas como los trabajos de Miguel Othón de Mendizábal; asimismo, la condición de contar con un solo ejemplar de su trabajo *Etnografía y Arqueología*, lo llevó a ser inaccesible; y claro, una muerte tan prematura, apenas unos años de haber impreso sus obras, le impidió ser más reconocido. Sólo hasta ahora.



La Exposición Colombina de Chicago, 1893

Eloy Israel de la Cruz Ruvalcaba



Orígenes e Historia

LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES, también conocidas como exposiciones mundiales o ferias internacionales, son eventos globales que reúnen a países de todo el mundo para exhibir sus logros más destacados en áreas como la industria, la tecnología, la cultura y el arte. Desde su inicio en el siglo XIX, estas exposiciones han servido como vitrinas para la innovación y han dejado un impacto duradero en la cultura y el desarrollo urbano de las ciudades anfitrionas. Como lo refiere Mauricio Tenorio Trillo, estos eventos “eran representaciones universales y conscientes de lo que se creía era el progreso y la modernidad, y por ello eran al mismo tiempo el cometido y la interpretación ideal de la ciudad moderna” (Tenorio, 1998: 14).

La primera exposición universal, conocida como la Gran Exposición, tuvo lugar en Londres en 1851. Organizada por el príncipe Alberto, esposo de la reina Victoria, esta exposición se llevó a cabo en el Crystal Palace, una estructura monumental de hierro y vidrio que simbolizaba la era industrial (Alcalá-Galiano, 1892). El éxito de esta feria estableció un precedente para futuras exposiciones locales e internacionales, y destacó la importancia de la colaboración internacional. A dicha exposición le siguieron las de Nueva York (1853), la de París (1855), la Exposición Universal en Viena (1873), y la feria de Filadelfia (1876) (Lorenzo, 2018).

Actualmente, este tipo de eventos se sigue efectuando en diversos puntos del planeta. La más reciente fue celebrada en Dubái, entre el 2021 y 2022. El evento atrajo a más de 24 millones de personas, bajo el lema “Conectar mentes, crear el futuro”. La próxima exposición universal se desarrollará en el 2025, en la ciudad japonesa de Osaka Kansai, teniendo como eje principal el diseño de la sociedad futura.

México y las exposiciones universales

El periodo del porfiriato (1877-1911) constituyó para nuestra nación un periodo de paz social, estabilidad política y desarrollo económico, desde que adquirió independencia nuestra nación. Este México porfirista se dio a la tarea de mostrar a una nación estable y progresista, en “orden y progreso”, que caracterizó al gobierno del general Porfirio Díaz. México tuvo presencia en las exposiciones universales de París (1889), de Rio de Janeiro (1922), y de Sevilla (1929), entre otras desarrolladas en Estados Unidos, de menor envergadura.

La Exposición Colombina de Chicago

Los cuatrocientos años del descubrimiento de América motivaron al gobierno de los Estados Unidos a organizar la primera exposición universal en tierras americanas en conmemoración de la gesta efectuada por Cristóbal Colón, en 1492. Los preparativos para una feria internacional iniciaron desde 1890. La idea de preparar un gran evento fue fuertemente impulsada por el presidente estadounidense Benjamín Harrison, quien colaboró estrechamente con la ciudad de Chicago, Illinois, para organizar una “exposición de artes, industrias, manufacturas y productos del suelo, de minas y marina” (Valverde, 2009: 22) que sería el escaparate para diversas naciones de América y de Europa para mostrarse al mundo en un gran complejo construido *ex profeso* para la feria. Los ciudadanos nombrados por el gobierno para organizar este magno evento fueron los estadounidenses Thomas Wetherell Palmer, W.T. Baker y el coronel George C. Davis (Alcalá-Galiano, 2009: 360).

La feria en honor a Colón fue inaugurada el 1 de mayo al 30 de octubre de 1893, en instalaciones construidas para la exposición en el Jackson Park, (Bruno, 2022). Según reportaba el periodista Irineo Paz, corresponsal especial del estado de Hidalgo, en el *Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Hidalgo*, narraba: el visitante a la feria lo primero que visualizaba era, desde las aguas del lago Michigan “un magnífico pórtico de columnas romanas, una arcada majestuosa que se liga por sus dos extremos con dos bonitos edificios que llevan por nombre Casino, colocados allí para proporcionar solaz a los visitantes [...]” (POGEH, 30 junio 1893: 1).

Sin duda, el evento internacional requirió de grandes espacios, pues las naciones debían mostrar sus avances y su cultura. Para el evento se construyeron una variedad de palacios para albergar a las naciones expositoras uno de los más importantes fue el *Palacio de las Manufacturas*. De estilo renacentista, contaba que con “cuatro entradas principales columnas y grupos de estatuas en cada pórtico, prolongándose una arquería de menor tamaño en torno de todo el edificio” (POGEH, 30 junio 1893: 1). Según refiere Paz se destacaba “la gran bóveda de hierro cubierta de cristales, que se levanta a una inmensa altura en el centro del edificio”, la cual se rodeaba de “una barandilla de fierro llena de molduras, se sube allí por elevador” donde se podía admirar “toda la exposición, la anchura del [lago] Michigan y gran parte de la ciudad de Chicago (POGEH, 30 junio 1893: 1).

Este edificio, uno de los más importantes de la exposición colombina, albergó a diversas naciones donde se mostró lo más significativo de ellas, “los progresos de cada una, el desarrollo de sus industrias, su poder productor, sus gustos predilectos, sus costumbres, su manera de ser, sus riquezas, cuanto forma su bienestar y los elementos de su civilización” (POGEH, 30 junio 1893: 1). En este palacio destacó la presencia de Alemania, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña.

En el caso de México, Paz refiere que el espacio destinado a la exposición era uno de los más concurridos debido a su ubicación en el pabellón de manufacturas, y tenía asignada una superficie de 557 metros cuadrados (6000 pies cuadrados). En el pabellón mexicano se exhibieron diversos objetos; entre los que más llamaban la atención del público era un busto del presidente de la república, Porfirio Díaz, que estaba hecho de parafina. Se puede evidenciar que desde un año antes se preparó una comitiva para representar a México, como se puede evidenciar en una carta donde Porfirio Díaz recomienda al gobernador Chávez que otorgue dinero a Manuel Martínez Gracida para concluir su libro “Los indios oaxaqueños y sus monumentos arqueológicos” que será presentado en la exposición de Chicago.

De diferentes estados del país se llevaron al evento: muebles de salón, de San Luis Potosí; “cuadros con bordados hechos de seda y pelo, y otros con figuras de cera y de barro”; ónix y lanilla de Puebla; objetos de hierro manufacturados en Chihuahua y Durango; hamacas coloridas de Yucatán; mantas de Celaya y Guadalajara; lana hilada de Zacatecas; casimir de Chihuahua, Estado de México y Puebla; lana de Chihuahua, Tlaxcala y Zacatecas; alfarería fina de Guadalajara, Puebla y Querétaro; entre otros productos que según Irineo Paz eran muy codiciados por los visitantes a la feria universal (POGEH, 4 agosto 1893: 1-3).

Entre los palacios con los que contaba la feria universal estaba el *Palacio de la Agricultura*, que albergaría los productos de la tierra, además de ser “el más elegantemente construido [con] amplias entradas, graciosa arquería, cuatro bonitas cúpulas y muchos grupos de estatuas representando oportunas alegorías” (POGEH, 30 junio 1893: 1).

El *Palacio de la Electricidad* “con sus cuatro entradas, la principal de granito al sur será uno de los más bellos, atractivos y característicos de la exposición. A su entrada, como presidiéndole [...], yérguese la estatua de Franklin” (Alcalá-Galiano, 1892: 362). Era un edificio “notable por sus anchos pórticos, por sus elevadas torresillas y por ornamentación interior y exterior” (POGEH, 30 junio 1893: 1). El *Palacio de los Transportes* que hacía referencia principalmente a la invención de la locomotora:

con su arquitectura rectangular y su serie de arcos; con sus ocho ascensores que llevan a una cúpula de 165 pies de altura, desde la cual se descubre una vista espléndida. Su deslumbrante Puerta de Oro, [...] es un arco colosal, soberbio mosaico de dorados, modulas, relieves, esculturas y filigranas de ornamentación. En ella hay grabada una locomotora y una nave; los símbolos voladores de la locomoción, del transporte [...] (Alcalá-Galiano, 1892: 363).

El *Palacio de las Pesquerías* donde “se expondría productos del mar y que contaba con un acuario” (Alcalá-Galiano, 1892: 362). El *Palacio del Gobierno* albergaría a todas las secretarías del gobierno estadounidense, y “todas las artes de la paz y los artefactos, artificios y artimañas de la guerra” (Alcalá-Galiano, 1892: 362).

El *Palacio de la Minería* con “dos magnificas entradas de 110 pies de alto y cuatro grandes vestíbulos. Un inmenso balcón corrido o plataforma de 60 pies le corona y rodea, y su techo de cristal está a 110 pies de altura” (Alcalá-Galiano, 1892: 364). Este gran inmueble albergaría los minerales, y todos los procesos que de la minería se desprenden. Según Paz era el más austero y elegantes.

El *Palacio de las Mujeres* donde se expondría todo lo que “cuanto el genio de la mujer ha concebido, [...] con la pluma, el pincel, la aguja, la tijera, siendo uno de los espacios más atractivos e interesantes de la exposición” (Alcalá-Galiano, 1892: 364). Irineo Paz menciona que México en este espacio abrió “un escaparate de menos que no ha podido concluirse. Este inmueble se destacó en la prensa norteamericana y recibió la admiración de muchas mujeres” (POGEH, 7 julio 1893: 1).

El *Palacio de la Administración*, relata Paz, poseía una “gran cúpula, por sus arcos atrevidos y por su magnífica rotonda, cautiva a todos los visitantes” (POGEH, 30 junio 1893: 1). Alrededor de este magnífico inmueble se ubicaban “los kioscos de las músicas, las cuatro grandes columnas de las neptúneas pirámides y asta banderas, siguiendo un amplio terreno despejado en donde se verifican las ceremonias [...]” (POGEH, 30 junio 1893: 1).

El *Palacio de las Maquinas* era un ejemplo de elegancia con “pórticos de columnas estilo egipcio, [...], cuatro graciosas torrecillas que sirven muy bien para distinguirlas de la demás, pues aunque hay otras muchas, son diferentes y el exterior es sencillo y precisamente por esto me parece que uno de los más elegantes” (POGEH, 30 junio 1893: 1), narraba Paz a los lectores hidalguenses.

También la exposición contaría con reproducciones históricas de espacios que tuvieran que ver con la vida del almirante Colón, como el monasterio de La Rábida, donde permaneció entre 1485 y 1486; dicho inmueble “merece una descripción especial [...] que es severo y digno de admiración” (POGEH, 30 junio 1893: 1), narraba Paz.

Además, se construyó “una serie de inmuebles para albergar y alimentar a los asistentes, así como lugares de compras y entretenimiento” (Alcalá-Galiano, 1892: 365).

Hidalgo y la exposición colombina

La instancia federal responsable de organizar todo lo correspondiente a la exposición en nuestro país fue la Secretaría de Fomento, quien en 1892 expidió los *Reglamentos para la Exposición Colombina de Chicago en 1893. Y documentos anexos*, para el nombramiento de las comisiones por estado y los productos que se enviarían a la muestra internacional (POGEC, 28 junio 1892). Para el estado de Hidalgo se formó una junta especial para la participación del estado de Hidalgo en la exposición colombina, misma que se constituyó el 19 de abril de 1892 y estaba integrada por José de Landero y Cos, presidente; Carlos R. Michel, vicepresidente; José C. Haro, vocal; Pedro Gutiérrez, vocal; Baltasar Muñoz Lumbier, vocal; Nemorio Andrade, vocal; Eduardo del Corral, vocal; Francisco Rulle, vocal, y José Valenzuela, secretario. La junta tenía la responsabilidad de “dirigir los trabajos de recolección de los productos y demás objetos, con que Hidalgo coadyuve a la digna representación de nuestra república en el expresado certamen”, así como invitar “a todos los habitantes del estado, y en especialmente a los mineros, agricultores e industriales, a fin de que envíen sus productos naturales y manufacturados” (POGEH, enero 1893: 4). Entre los productos con lo que participó la entidad hidalguense “sombreros de palma y de varias clases, ladrillo y ponchos del estado de Hidalgo, [...] colección de trabajos fotográficos, [...] pieles y cueros curtidos, en especial las gamuzas de Zerón y Villegas [...]” (Lorenzo, 2018: 115).

Emprendida la exposición las noticias y crónicas llegaron a diversos medios de comunicación de la localidad, entre ellos el *Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Hidalgo*, quien por medio de su corresponsal Irineo Paz relataba sus impresiones sobre lo acontecido en tan magna muestra internacional. Diversas fueron las notas que dedicó Paz a describir puntualmente la exposición. Uno de los atractivos que más llamaron la atención de los visitantes fue la rueda de la fortuna Ferris, de la cual Paz narra: “es toda hecha de hierro y a causa de su gran altura se divisa desde grandes distancias sobrepasando a todos los más altos edificios” (POGEH, 23 junio 1893: 1). Además, se menciona que la feria aún tenía muchas carencias respecto a su infraestructura:

la primera impresión que se recibe viendo esta gran acumulación de palacios a medio construir, o más bien dicho, no terminados, es sumamente desagradable. La mayor parte de los principales edificios están todavía en blanco del yeso que se empleó en los revestimientos del hierro o de la madera esperando algún colorido que les hace muchísima falta y por eso no lucen como deberían lucir los grupos de estatuas, las torrecillas, las columnas, los capiteles, causando calosfrío esta blancura monotonía (POGEH, 23 junio 1893: 1).



La Exposición Universal Colombina de Chicago cerró sus puertas el 30 de octubre de 1893, con la asistencia de 27 millones de personas. En este contexto se presentó la obra de Luis A. Escandón.

Descripción y contenido de la obra

Gloria Elvira Gutiérrez Chávez



EL MANUSCRITO de Escandón se encuentra actualmente bajo el resguardo del Archivo General de la UAEH, en el departamento de Conservación y Restauración. El restaurador Jonathan Stalin Castro Sanipatin nos proporcionó la siguiente ficha técnica con los datos que describen el documento:

Título: Estado de Hidalgo. Etnografía y Arqueología.

Autor: obra escrita por capitán primero de caballería Luis A. Escandón.

Dimensiones: 46.5 x 35 x 5.5 cm.

Formato: vertical.

Tipo de documento: material bibliográfico, manuscrito.

Tipo de encuadernación: rígida entera en piel de color café claro.

Propietario: Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

Conservación: Jonathan Stalin Castro Sanipatin.

Su encuadernación está hecha a base de pasta dura en piel. Título en letras doradas. Cuenta con dos aplicaciones de formas convexas que dividen en tres partes la cartera. Altos relieves que forman figuras geométricas pintadas de color café oscuro. Gofrados en tonos dorados enmarcando figuras geométricas y una cañuela que une el lomo y las cubiertas del libro.

Estado de conservación

El manuscrito presenta daños relacionados con factores ambientales. Variaciones de temperatura e índices de humedad produjeron manchas, presencia de hongos. La alteración de las propiedades físicas del cuero de la cubierta, dieron como resultado un material rígido, quebradizo y frágil. Otros daños se derivan de su inadecuada manipulación, lo que provocó el desprendimiento de la parte inferior de las tapas de manera parcial, así como la abrasión de la superficie y algunas roturas.

El libro está conformado por 218 fojas. Contienen información escrita a mano sobre un soporte de papel pergamino, tinta posiblemente ferrogálica o tinta china. Posee diez láminas con ilustraciones, en su mayoría con la técnica a mano alzada y acuarela, mismas que cumplen la función de ilustrar y describir objetos arqueológicos, vasijas, puntas, huesos y figurillas diversas. Los diecinueve capítulos inician con una letra capital, también en acuarela. El autor de las ilustraciones y las letras capitales fue don Luis A. Echavery. El ingeniero Manuel Miranda fue el dibujante de las cartas etnográficas y arqueológicas contenidas dentro del mismo documento. En cuanto a la escritura del manuscrito, Escandón mencionó que le fue confiada a la buena inteligencia del hábil periodista Ignacio García Espinosa (Escandón, 1892).

Otros elementos que destacan dentro del manuscrito son las fotografías tipo albúmina, que permiten visualizar los retratos de grupos étnicos de las regiones descritas, así como también el *phallus* de Yahualica, escultura de origen prehispánico. Dichas fotografías fueron tomadas por el mismo Escandón, y algunas otras formaban parte de su colección. Sin embargo, hay que destacar que al comparar lo descrito por el autor dentro del índice de fotografías al mencionar la presencia de cuarenta y nueve fotografías, una se encuentra perdida.

En continuidad con la descripción sobre el estado de conservación del documento, Roque y Castro indican que en el cuerpo del libro:

[...] se puede evidenciar daños estructurales, por roturas y faltantes localizados en algunos sitios donde se presentan las letras capitales iluminadas, tanto las hojas de respeto como las que conforman el cuerpo del libro que contienen fotografías y dibujos a mano alzada, se encuentran desprendidas de sus cuadernillos, al igual algunas de sus hojas presentan deformaciones ya que al parecer las letras capitales originales fueron retiradas con ayuda de un elemento punzo cortante y a cambio se colocaron otras similares adheridas en su parte posterior con un pegamento posiblemente de origen natural por sus características de solubilidad, lo que ocasiona la deformación de plano ya que seguramente las aplicaciones de papel son contrarias a la fibra del original, de igual manera presenta en la totalidad un amarillamiento por acidez, lo que ocasiona problemas de migración a las fotografías que conforman el ejemplar, mismas que son de albúmina en su mayoría (Roque y Castro, 2024: 253).

Contenido del manuscrito

El texto comprende un estudio relacionado con los otomíes, contiene una descripción histórica basándose en diversas fuentes y las compara con lo encontró durante su trabajo de campo por el lado norte del estado de Hidalgo, Tula y Tulancingo. Cruz Beltrán mencionó que sus excursiones causaron gran expectación en la prensa de aquella época:

[...] En Tula, descubrió una ciudad perteneciente al siglo VI, de la cual se ocupa en levantar el correspondiente plano el joven y aprovechado ingeniero don Julio Aguirre. Terminado ese trabajo el señor Escandón continuará en los de descubrir toda la antigua ciudad de Tula, la que a juicio de nuestro arqueólogo amigo, abra un espacio de tres leguas de oriente a poniente, por cuatro de norte a sur. Sea de todo esto lo que fuere, si podemos asegurar que el señor Escandón tiene ya en su poder magníficos datos, así etnográficos como etnológicos y de arqueología (*El siglo diez y nueve*, 12 de noviembre de 1892: 3, citado en Cruz Beltrán, 2020: 99).

Al leer el texto, puede vislumbrarse que la intención de Luis A. Escandón fue realizar trabajos que atendieran el estado de Hidalgo desde los distritos que lo conformaban y también mostrar desde su propia perspectiva científica hechos históricos. Nos referimos a una perspectiva científica porque Escandón interpretó lo encontrado en sus excavaciones, basado en las investigaciones realizadas por los arqueólogos del momento quienes aportaron una visión hacia lo prehispánico como signo de identidad nacional. El avance de los conocimientos arqueológicos consolidados con la profesionalización de la disciplina desde 1877, año en que se reorganizó en Museo Nacional, se activó con el interés en lo prehispánico, y promovido por los gobiernos mexicanos de finales de siglo XIX, con su respectiva proyección fuera del país, como sucedió a partir de la participación en las ferias universales. Un claro antecedente fue el del pabellón mexicano diseñado por Antonio Peñafiel, Antonio Maza y Jesús Contreras para la Exposición Internacional de París en 1889.

En los capítulos del informe se leen citas textuales de las fuentes documentales consultadas por Escandón como *México a través de los siglos* de Vicente Riva Palacio, de igual forma citó referencias de Manuel de Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, Francisco el Paso y Troncoso (en ese entonces director del Museo Nacional) y Francisco Xavier Clavijero. Tuvo la influencia de arqueólogos como Leopoldo Batres y Alfredo Chavero; retomó los textos del explorador Desirée Charnay, y complementó sus datos con lo descrito por los cronistas de Indias fray Juan de Torquemada y fray Bernardino de Sahagún. De igual forma puede apreciarse que Escandón no habla de progreso, sino que trata de plasmar su idea de liberalismo político planteando su postura anticlerical moderada.

Conviene detenerse aquí para comentar que sesenta años después de haberse creado este manuscrito, en 1954, el reconocido arqueólogo Jorge R. Acosta a quien se le atribuyen las excavaciones en Tula entre 1940 a 1957, determinó que el texto presentaba conceptos sin fundamento y fueron copiados de publicaciones anteriores; de igual manera rechazó las fotografías incluidas, las califica de poco valor científico, y por último dictaminó que los planos presentados eran inexactos.

Acosta concluyó que el manuscrito no ameritaba ser publicado. Lo anterior se lee en un documento dirigido al entonces subdirector del Instituto Nacional de Antropología e Historia Jorge Enciso y que se encuentra en los anexos de la presente obra.

No obstante, a pesar de esta opinión sobre la obra de Escandón, esta debe considerarse como una de las más importantes contribuciones al estudio de la historia y arqueología de México. Señalar esto hace del manuscrito un candidato ideal a ser considerado bien patrimonial universitario e hidalguense. Resulta un testimonio histórico importante por referir y visibilizar a los pueblos indígenas de la Huasteca con los cuales pudo interactuar y conocer sus formas de vida, y la manera en que retomaban su propia historia para sus actividades cotidianas. Como principal ejemplo de ello está lo documentado sobre el culto al falo, tema que abrió las puertas al estudio de la sexualidad en Mesoamérica y por, sobre todo, el hecho de que fue Escandón el primero en documentarlo.

Bibliografía general



- ALCALÁ-GALIANO, José. (1892). La exposición Universal Colombina en Chicago. *El Centenario Revista Ilustrada*, t. II, pp. 352-370. <https://dspace.unia.es/handle/10334/2124>.
- BALLESTEROS GARCÍA, Víctor Manuel (1995). *Bibliografía general del estado de Hidalgo, con una selección de hemerografía*. Pachuca: Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- BRUNO, Paula (2022). Descubrir «América» y pensar las patrias. Figuras de la vida letrada cubana en la Exposición de Chicago de 1893. *Anuario de Estudios Americanos*, no. 79 (1). <https://doi.org/10.3989/aeamer.2022.1.10>.
- CRUZ BELTRÁN, José Eduardo (2020). *El pensamiento histórico en el estado de Hidalgo. La construcción ideológica de la historiografía regional*. Pachuca: Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Tesis de doctorado en Ciencias Sociales.
- ESCADÓN, Luis A. (1890). *Ensayo histórico, geográfico, estadístico del distrito de Tula*. México: Imprenta de Ireneo Paz.
- _____ (1891). *Ensayo histórico-geográfico-estadístico del distrito de Itzmiquilpan*. México: Imprenta de Ireneo Paz.
- _____ (1892). Estado de Hidalgo. *Etnografía y Arqueología*. Obra escrita por el capitán primero de caballería..., miembro honorario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Pachuca. Manuscrito inédito.
- _____ (2006). *Etnología y arqueología del estado de Hidalgo. Informe del comisionado especial para la Exposición Colombina de Chicago*. Introducción y notas de Enrique Rivas Paniagua. Pachuca: Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (Clásicos hidalguenses, 1).
- GUTIÉRREZ CHÁVEZ, Gloria Elvira (2023). *La recuperación del patrimonio cultural documental en Hidalgo: el caso del informe de Luis A. Escandón para la exposición colombina de Chicago, 1893*. Pachuca: Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Tesis de maestría en Patrimonio Cultural de México.
- JOHANSSON, Patrick (2006). Erotismo y sexualidad entre los huastecos. *Arqueología mexicana*, vol. XIV, no. 79, p. 58-64.
- LEÓN, Nicolás (1903). El culto al falo en el México precolombino. Nota etnológica. *Anales del Museo Nacional*, t. I, segunda época, p. 278-280.
- LORENZO, Carmen (2018). El estado de Hidalgo en las exposiciones universales del siglo XIX. En María Esther Pacheco Medina (coordinadora). *Perspectiva histórica del arte II*. Pachuca: Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- ORTEGA DOMÍNGUEZ, Ibarí (2007). Culte du phallus au Mexique: un álbum lleno de recuerdos. *Alquimia*, no. 31, diciembre, p. 58-65.

- ROQUE LÓPEZ, Abel Luis y CASTRO SANIPATIN, Jonatan Stalin (2024). Rescate de la memoria social y registro fotográfico a través del libro: Etnología y arqueología del Estado de Hidalgo de Luis A. Escandón. 1892. En Norma Báez Revelo y Sonia Cueva Ortiz (editoras), *Urbanismo y museología social*, Universidad Indoamérica, Enredars, Universidad Pablo de Olavide, p. 233-263.
- SOLÍS, Felipe (2004). El imaginario mexicano en torno a la sexualidad del México prehispánico. El mítico Salón Secreto del viejo Museo Nacional. *Arqueología mexicana*, vol. XI, no. 65, p. 60-63.
- TENORIO TRILLO, Mauricio (1998). *Artilugio de la nación moderna: México en las exposiciones universales, 1880-1930*. México: Fondo de Cultura Económica.
- TORRES RODRÍGUEZ, Alfonso (2009). La investigación arqueológica en la Sierra y Huasteca hidalguenses: una reseña histórica, en Diana Zaragoza Ocaña, *Memoria del Taller Arqueología de la Huasteca*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, p. 203-218 (Científica).
- VALVERDE, Alejandra (2009). Catálogo de los objetos prehispánicos en las exposiciones colombianas de Madrid y Chicago (1892-1893). En Sergio Mejía y Adriana Díaz (compiladores). *Historias de escritos. Colombia, 1858-1994*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- VERGARA, Vicente (2006). La conservación de bienes culturales en archivos y bibliotecas. *D'Arxius*, no. 4-5, p. 525-563.

ESTADO DE HIDALGO
ETNOGRAFÍA Y ARQUEOLOGÍA



REPÚBLICA MEXICANA
ESTADO DE HIDALGO

ETNOGRAFÍA Y ARQUEOLOGÍA

OBRA ESCRITA POR EL CAPITÁN 1° DE CABALLERÍA
LUIS A. ESCANDÓN

MIEMBRO HONORARIO DE LA SOCIEDAD
MEXICANA DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA

PACHUCA

AÑO 1892



LUIS A. ESCANDÓN



A LOS SEÑORES

JOSÉ DE LANDERO Y COS Y CARLOS R. MICHEL

EL AUTOR



INTRODUCCIÓN



principios del mes de mayo del presente año, la Junta Central del Estado, encargada de organizar los trabajos para la exposición Colombina de Chicago, se sirvió honrarme confiriéndome la comisión del grupo M., relativo a Etnología y Arqueología, carga pesadísima para mis escasos conocimientos, pero que con gusto acepté por espíritu patriótico. Con poco trabajo hubiera llevado a efecto mi comisión, limitándome a reproducir cuanto han dicho varios antiguos y modernos historiadores y formar por medio de simples datos las cartas etnológica y arqueológica; empero hace tiempo, surgieron en mi imaginación varias dudas respecto a la población de las distintas ramas y quise hacer personalmente un estudio para confesarme vencido o aclarar el importante punto, que si daba una ligera chispa, más tarde se convirtiera en luz, abriendo paso a la antropología mexicana, ciencia, que por desgracia, se ha visto con poco cariño por nuestro sabios.

Aceptada mi proposición por los honorables señores don José de Landero y Cos y don Carlos R. Michel, presidente y vicepresidente, respectivamente, de la Junta Central, me proporcionaron los medios suficientes para emprender mis trabajos y el día 15 del citado mes de mayo, partí con rumbo a los distritos de Atotonilco, Zacualtipan y Huejutla, llegando a este punto el 19.

No obstante las incomodidades del camino, la elevada temperatura y otra clase de inconvenientes que con frecuencia atemorizan a los viajeros de la tierra fría, di principio a mis trabajos, instalándome en Yahualica, municipalidad del distrito de Huejutla.

Yahualica es citada por algunos historiadores como un punto destinado a defensa y se le menciona como dependencia del reino independiente de Metztlán, de manera que debía deducirse que sus habitantes pertenecen a la etnología chichimeca.

Después de algunos días de observación, explorando el campo con prolijo cuidado, haciendo comparaciones y deducciones respecto de la diversidad de tiestos, estudiando la configuración geográfica y en fin, trayendo a la memoria las opiniones ajenas respecto a los primeros moradores a quienes recuerda la historia, comprendí que no era posible con esos elementos fijar un principio, ni aún siquiera una teoría.

Busqué otro recurso al que los reputados antropólogos han recurrido para deducir por la forma o por la representación de imágenes, el origen etnográfico y el estado de civilización.

Más y más aumentó el desaliento cuando me hallé en presencia de dos figuras perfectamente labradas en piedra, un orangután y un venado.

Aquí existió la zoolatría, me dije, ¿pero qué clase de objetos me lo demuestran? En cuanto al segundo poco había que objetar; mas el primero produjo en mi cerebro un laberinto de ideas indescriptible, porque el orangután no es conocido ni se tiene noticia de su presencia en aquella región.

Más adelante encuentro un *phallus* perfectamente pulimentado en durísima piedra y después otro y otro más casi con las proporciones, respectivamente, de altura de 1 m 57 cm, 1 m 55 cm, [y] 1 m 62 cm.

Estas fases distintas manifiestan diversas civilizaciones. ¿Dan motivo para ayudar a desvanecer la duda respecto del origen del hombre en América? ¿Existieron y existen naciones que demuestran identidad de cultos?

Todo esto evidencia la antigüedad del hombre en América, al mismo nivel que en Europa, la unión de los continentes y la forma de las divinidades asiáticas con las de Yahualica.

¿A qué rama etnográfica pertenecieron? Esto es por ahora difícil de expresar, pues cuando más, me atrevo, y con temor, a declararlas de procedencia ulmeca y xicalanca fundado en datos que obtuve recurriendo a otro género de investigaciones.

Los túmulos son una guía, acaso más segura, y en Yahualica abundan de diferentes construcciones acusando también diversos habitantes.

Emprendí la primera excavación en un montículo que se elevaba del piso natural 9 m, practicando una sección transversal de 11 metros 65 centímetros por 3 metros 50 centímetros de ancho sin haber logrado encontrar más que piedra amontonada en capas perfectamente superpuestas y en el centro una gran piedra de 1 metro 95 centímetros de altura por 65 centímetros en los cuatro lados, y en el fondo apareció la roca dura sin indicios de ser un sepulcro, sino un templo en cuya cima se encuentra seguramente alguna deidad.

A los 10 metros hacia la derecha, emprendí un nuevo trabajo en iguales condiciones en otro promontorio de 7 metros 56 centímetros de altura y a los 5 metros 49 centímetros de la sección, apareció una pared perfectamente construida a la usanza de los ulmeca y xicalanca idéntica a las encontradas en el estado de Puebla (figs. a y b).

Derribé las losas encontrando en el fondo resquicios de haber sido depositado un cuerpo humano, con la demostración de pequeños fragmentos de huesos, que al tocarlos se pulverizaban (figura c). Alrededor del lugar que debió ocupar el cadáver se encontraron: un collar de hueso labrado y una cuenta de nefrita; un hacha de piedra; varios dardos y navajas de obsidiana; una boquilla de hueso para fumar; dos fragmentos de pipa; tres cincelos, una olla y un plato de barro cocido, rotos, y como objeto muy importante, un pequeño *phallus* de piedra, roto de la parte posterior, el que seguramente servía como dije, a usanza de los asiáticos, los griegos, los italianos y los bretones (fig. 134).

No satisfecho aún, busqué entre los muchos que existen, otro promontorio más pequeño.

Su construcción difería absolutamente del anterior pues se formaba de una capa de tierra de 46 centímetros de espesor, siguiendo después piedra superpuesta.

Antes de llegar al cambio del montículo, en la sección transversal emprendida, apareció una torta de mezcla de 25 centímetros de espesor y abajo de esta, entre una inmensa cantidad de tiestos revueltos con tierra, fragmentos de huesos humanos y de animales; muchas cabecitas de animales; dos pequeñas ollas, y dos pitos, figurando aves; todo de barro cocido.

Más adelante, bajo las mismas condiciones que el anterior, otra osamenta humana en perfecto estado de deterioro y pulverizándose al simple contacto. Como objetos curiosos encontré varios de alfarería, veintidós malacates para hilar, huesos labrados propios para el tejido y un tubo de barro cocido conteniendo una valiosísima aguja y varios fragmentos de hueso primorosamente contruidos. Estos objetos, lo mismo que otra ollita, otro pito, una flauta y trece cabezas de forma humana y de animal que aparecieron en otro departamento, son en su construcción y en la clase de barro, idénticos a los obtenidos en la segunda excavación. Es decir, acusan una antigüedad superior a los tolteca y chichimeca.

Construcciones se advierten de grandísimo mérito, entre otras, ruinas de dos templos de colosales dimensiones y una multitud de pequeños en los que encontré braceros de piedra labrados; cimientos ya casi extinguidos de habitaciones amplísimas abundan.

Creo tener la persuasión que de las fracciones que se separaron de la gran tribu tolteca al emigrar de Tullancinco, una partió por aquel rumbo. Afirma esto, la declaración del señor Orozco y Berra al hablar del itinerario, asentando que estuvieron en Huejutla y como consecuencia, formaron pueblos en diversos lugares o reedificaron los que a su paso, yermos y ruinosos encontraban.

El signo característico del toltecatl, se adivina en Yahualica entre algunos de sus habitantes que muestran sus pálidas facciones, ojo vivo, frente despejada, aseados, trabajadores y

sobrios en sus costumbres íntimas, así como el de la última raza dominadora: la azteca. Mas asunto es este del que me ocupó en el curso de la obra.

En Zacaontla, Xochitlan, Hueyatl, Tlaltillahualica, Huitznopalla, etc. se advierten las huellas de idénticas civilizaciones.

Terminado ese trabajo, emprendí otro en Ychcatlan, con casi iguales resultados y seguí para Tulancingo donde en Huapalcalco practiqué excavaciones reforzando mis ideas y por último pase a Tollan.

A principios del mes de septiembre, llegué a la histórica villa y desde luego procedí a explorar distintos lugares para ver si me era dado encontrar los resquicios de la metrópoli de aquel gran pueblo que mereció con justicia el apellido de industrioso y trabajador.

Hace años que M. Désidere Charnay, miembro de la Academia de Ciencias de París, emprendió excavaciones en un cerro cercano a la actual villa de Tollan, llamado El Tesoro, descubriendo en puntos enteramente opuestos, ruinas de dos regias habitaciones.

Consecuente era creer, no fueran las únicas que aisladas permanecieron en aquel inmenso terreno; y en tal virtud, mis proyectos desde un principio consistían en averiguar la existencia de las ruinas de la antigua ciudad, siguiendo las indicaciones del sabio historiador fray Bernardino de Sahagún.

Más de una semana dediqué a buscar alguna huella y bien pronto me persuadí de que podía lograr la intención, pues noté una serie de montículos interrumpidos por abras, siguiendo direcciones de sur a norte, una gran explanada y en el centro dos grandes promontorios, uno que afecta la forma cónico-truncada y otro un semicírculo, rodeados por grandes muros que dan acceso a la plaza por cuatro distintos puntos.

Sin elegir lugar determinado, pero siguiendo una de esas series, emprendí trabajos de excavación. Al siguiente día había descubierto dos departamentos de una habitación y al fin del mes mostráronse las ruinas de un palacio que perteneció seguramente a personas de elevada posición, pues como se verá por el plano correspondiente, capítulo X, figura 101, daba comfortable abrigo y comodidad.

Pocos fueron los objetos encontrados pero entre ellos figura una pipa de barro cocido, rota de la boquilla, ejemplar de grandísima estimación.

Para fijar más mis sospechas, en distinto punto, pero siguiendo el principio de otra serie, trasladé los trabajos, obteniendo otro arruinado edificio con diez departamentos (fig. 104), y por último, para que el señor ingeniero don Julio Aguirre, pudiera persuadirse de lo que aquellos montículos guardan y con fijeza levantar el plano, descubrí otras dos habitaciones.

Hacia la parte noroeste de la villa de Tollan, antes de entrar al terreno que muestra las señales de la antigua ciudad, existen las ruinas de una pequeña ermita, que según la tradición fue la primera que se estableció en aquella comarca. Ordené remover los escombros y obtuve varios fragmentos de un pequeño tabor de porcelana de China (fig. d), un clavo de hierro (figs. e y f) y una cuña del medio punto, seguramente de la puerta, labrada en cantera (fig. g).

Existían en el pavimento de la entrada a la iglesia parroquial de la villa, dos piedras labradas que representan respectivamente la lluvia y el Tonatiuh o sol (está la mitad) de las que se han ocupado los señores licenciado Alfredo Chavero en *México a través de los siglos* y el doctor don Antonio Peñafiel, en su monumental obra impresa en Berlín.¹⁴

Esas reliquias no era justo que permanecieran en aquel punto, ni mucho menos prestando tan degradante servicio, de manera que procuré recogerlas y lo conseguí, previo el permiso del cura párroco y de los vecinos más caracterizados de la población, encontrándose hoy en poder del gobierno del estado de Hidalgo, y ojalá sirvan de base para la formación de un museo local de antigüedades.

Sin más conocimientos que los adquiridos por sí; sin más experiencia que la de un cortísimo aprendizaje, pero lleno de la mejor voluntad, abordé el trabajo de tomar en fotografía, todo aquello que más juzgué como interesante. Supla la falta artística al objeto, pues en ciertos casos sigo el sistema de mi sabio amigo el doctor don Nicolás León; poco me preocupa la forma cuando la idea se comprende.

Tengo en mi abono y en descargo de mi conciencia en este particular, los jeroglíficos antiguos de suyo imperfectos, angulosos y toscos; pero sin su presencia no conoceríamos la historia de México, en gran parte.

Para dar una idea de los objetos recogidos en las excavaciones que practiqué, agregué láminas que copió el inteligente cuanto modesto artista señor don Luis A. Echaury, también autor de las radicales de cada capítulo que no constituyen simplemente un adorno: cada una lleva alegorías, nombres geográficos, construcciones y signos con que se marcaban el tiempo y los sucesos.

La escritura ha sido confiada a la buena inteligencia del hábil pendolista señor don Ignacio García Espinoza; y el dibujo de las cartas etnográfica y arqueológica al señor ingeniero don Manuel Miranda.

14 [Nota del editor: Escandón se refiere, probablemente, a la obra *Monumentos del arte mexicano antiguo. Ornamentación, mitología, tributos y monumentos*, Berlín, A. Ascher and Co., 1890].

Es un deber manifestar que el éxito de mi trabajo se debe muy especialmente a los señores don José de Landero y Cos; don José de Jesús Torres, presidente municipal de Yahualica; don Feliciano Madrid, jefe político de Tulancingo, y al señor don Carlos R. Michel, quien a todas horas, con la mayor eficacia atendió a mis indicaciones, proporcionándome cuanto elemento creí indispensable.

Deficiente por demás será mi humildísimo trabajo, acaso nulo; pero para llevar a cabo una obra de la magnitud que exigía como resultado de mi comisión, era indispensable disponer de mucho tiempo y fue por desgracia lo que faltó.

Un reflejo apenas de lo que debí hacer he producido. Muchos son los materiales que nos rodean para modelar las infinitos capítulos que surgen en el estudio de la ciencia antropológica, mas era necesario no limitarse y extender las observaciones en toda la América.

En nuestros días, no es ya una simple curiosidad de anticuarios lo que nos empuja a la ciencia del hombre, sino que comienza a afectar práctica y profundamente las costumbres y las creencias.

Con cuanta justicia ha dicho Tólar: “El conocimiento del curso de la vida del hombre desde el remoto pasado hasta el presente, no solo nos auxiliará para prever lo futuro, sino que nos guiará y nos fortalecerá en nuestro deber de dejar al mundo mejor que lo encontramos.”



CAPITULO I



[*Los gigantes. Unión de los continentes. Edad del mundo según la cronología de Anáhuac. El hombre en América es tan antiguo como en Europa. Armas. Paleolítica de Australia y de Dinamarca. Idénticas a las obtenidas en las excavaciones practicadas por el autor.*].



QUIEN

pretenda indagar el origen del hombre en América, no se lance en busca de datos en las antiguas historias, que las más interesantes perecieron en la destrucción de la gran metrópoli tollana al derramarse la tribu por distintos puntos; otras por la bárbara inquisición del obispo Zumárraga y las que existen de la época de la conquista, solamente amontonan conjeturas. Muchos hay que creen en la existencia de una raza de gigantes que habitaron más allá de la irrupción de otras tribus y en mis investigaciones encuentro lo siguiente:

Torquemada dice: “desbarataron a los gigantes, e hirieron en ellos sin dejar hombre en vida.”¹⁵ Fray Joseph Joaquín Granados “Después de esta nación gigantesca poblaron los toltecas.”¹⁶ Fray Agustín de Vetancourt: “es el haberse hallado huellas de grandísimos gigantes.”¹⁷ También don Joseph Antonio de Villaseñor y Sánchez, refiere: “emprendiendo la destrucción de los gigantes.”¹⁸

Por último, el coronel don Antonio de Alcedo, asienta: “fue esta provincia (Tula) habitada de gigantes según la tradición de los indios, que manifiestan huesos y muchos disformes y por el año de 1738, descubrió fray Luis de Vergara, cura doctrinario de Huejutla, un esqueleto entero en una quebrada que habían formado las aguas y siendo bien ancha le servía de puente, aun y quedando enterrados en ambas orillas la mitad de las piernas y la cabeza.”¹⁹

15 [Juan de Torquemada], *Monarchía Yndiana* 1723, lib. I, pág. 36.

16 [Joseph Joaquín Granados y Gálvez], *Tardes americanas* 1778, págs. 15 y 16.

17 [Agustín de Vetancourt], *Teatro mexicano* 1698, 2ª. parte, pág. 2.

18 [José Antonio de Villaseñor y Sánchez], *Theatro americano* 1746, tit. I, capítulo XXII, pág. 36.

19 [Antonio de Alcedo] *Diccionario geográfico-histórico de las Indias occidentales o de América* 1489, pág. 226.

El señor don Julio Zarate dice que existía la creencia de que los primeros pobladores fueron unos hombres excesivamente altos de estatura y que llamaban *quiname o quinametín*.

Todas en mi concepto son conjeturas que nada absolutamente prueban, y si el hallazgo de esas muelas y huesos disformes aparecieron entonces como ahora, son seguramente idénticos y no pueden pertenecer a otro individuo que al *elephans primogenius*.

Además con la ayuda de la ciencia geológica y la investigación, se ha venido a robustecer la idea de que continentes estuvieron unidos y en consecuencia, el hombre en América es tan antiguo como en Europa.

A esta opinión me someto, pues me parece la más lógica y probable, teniendo en cuenta muy particularmente las costumbres de los pueblos, como más adelante lo explicaré al tratar de las razas.

Multitud de leyendas más o menos fantásticas existían respecto de los primeros pobladores; pero la cronología de los pueblos de Anáhuac se enlaza, según ellos de una manera cierta, entre los tiempos cosmogónicos y los históricos, contando en esta forma:

I *tecpatl*. Creación del mundo: principio del tiempo.

4008 años del mundo. El diluvio: fin de Atonatiuh, y principio de la segunda época.

8018 del mundo. Acabamiento del sol Ehecatonatiuh. Empieza la tercera época.

12,812 del mundo. Concluye el sol Tletanatiuh: comienza cuarto periodo.

17,334 del mundo. En el orden cronológico IV *calli*, y coincide con el primer año de la era cristiana.

18,028 del mundo. VIII *tochtli*, 694 de Jesucristo, fin del cuarto sol Tlaltonatiuh: inicial del quinto sol; dedicación de las pirámides de San Juan Teotihuacan al sol y a la luna.

18,855. Edad del mundo contada por los mexicanos el año III *calli*, 1521 en que la ciudad de México quedó sometida a los españoles.²⁰

Por último, en la famosa obra *México a través de los siglos*, se lee:

Hay que advertir que, en edad anterior, nuestro continente no estaba aislado de los otros. Conocidas son las tradiciones clásicas sobre su unión por el oriente, y hoy la ciencia la determina por el occidente. A esto tendremos que agregar otro hecho importantísimo: la existencia del hombre en América desde la misma época en que se encuentran sus huellas en Europa. Mucho importa,

²⁰ [Manuel Orozco y Berra], *Historia antigua y la conquista de México* por el Lic..., 1880, t. 1, pág. 17.

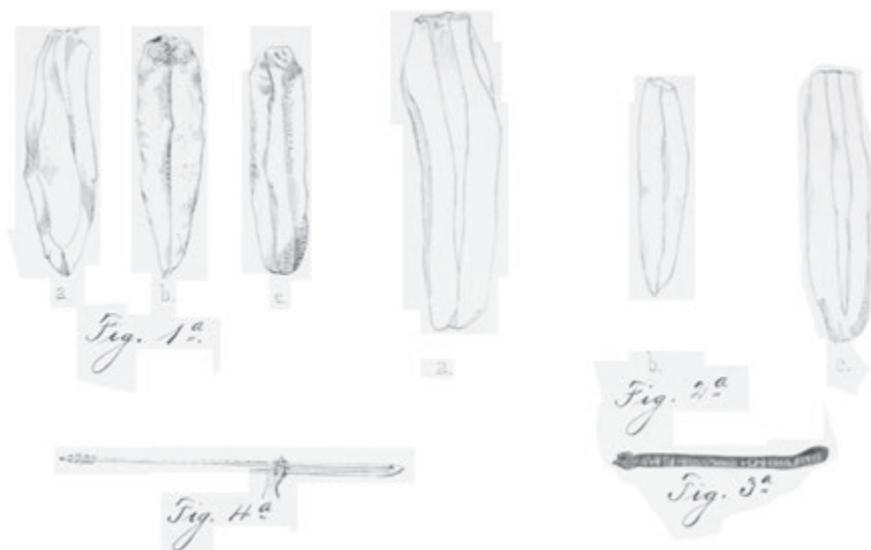
se agrega, la unión de las tierras, pues así acabaremos de una vez con las absurdas hipótesis de inmigraciones por lo que hoy es estrecho de Behring.²¹

Ahora bien, ¿porque en las profundidades de la tierra se encuentran con frecuencia objetos enteramente semejantes a los de lejanos países?

Veamos por ejemplo, las lascas de piedra que nos presenta Filor en su obra sobre antropología y comparémoslas con las que en mis investigaciones prácticas sobre diversos terrenos obtuve (figs. 1 y 2)

Otro de los instrumentos muy usados por los mexicanos fue el tiralanza (fig. 3) y Mister Brangh Smyth, nos presenta un bello ejemplar del usado por los australianos (fig. 4).

Si demostrado no queda que el hombre en América es en antigüedad coetáneo al de Europa, los sabios que surjan después de los que apoyo de mi creencia cito, traten de averiguarlo; empero, concretando el trabajo que se me encomienda diré cuáles fueron las razas principales que abordaron primero al territorio que forma hoy el estado de Hidalgo.



21 [*Ibidem*], capítulo I, página 61.

CAPÍTULO II



[*Antigüedad del othomit. Civilización extraña. El Phallus. El teomatzatl. Los olmeca y xicalanca fueron los primeros que pasaron la Atlántida. El orangután. Opiniones sobre su presencia. Los quichés*].



común sentir de la mayor parte de los más eminentes historiadores antiguos y modernos, que el othomit va más allá de estancia que otras razas.

Bien puede ser, mas la experiencia práctica demuestra que puede haber un error y ese error lo fundo en hechos.

El othomit está considerado por unos como de raza enteramente salvaje; por otros, semisalvaje, y algunos le atribuyen inteligencia, si no superior, capaz de gobernar y ser gobernado.

A su turno hablaré extensamente de este asunto, pero antes séame permitido entrar en otro género de reflexiones que se relacionan con el capítulo anterior.

En Yahualica existen vestigios de una raza enteramente diversa a las descritas por todos los autores.

Los ídolos y utensilios de uso doméstico, construcciones, etc., que encontré al practicar mis estudios arqueológicos, demuestran claramente que mucho antes de la estancia de los tolteca, los chichimeca y los mexica, una civilización extraña existió en aquella comarca.

Las deidades son de tal suerte extrañas a las razas descritas que verdaderamente confunden, aniquilan las creencias históricas hasta formar un laberinto en el cerebro humano.

Dice Amancio Peratoner:

Después de haber recorrido todo el espacio que media entre las orillas del Nilo y las del Yndo, y haber encontrado en las diversas naciones esta vasta extensión del país el culto al falo establecido en ellos, examinemos ahora cuál fue y sigue siendo todavía este culto entre los antiguos y modernos.”²²

²² [Amancio Peratoner] *El culto al falo [y a las demás divinidades presidentes a la generación entre los antiguos y modernos]*, 1875, pág. 75.

[...] El culto al falo existe en México así como en la Yndia, países, según decimos, tan separados y distantes uno del otro, alejados por vastísimos mares, y sobre los cuales los monumentos históricos de la antigüedad no han dejado ninguna huella absolutamente de comunicación, es un problema que no puede ser resuelto sino por la ciencia geológica mejor conocida. Cuando se verificó el descubrimiento de México, encontróse en la ciudad de Pánuco el culto particular al falo, perfectamente establecido.”²³

Garcilazo dice que entre los mexicanos el dios de la lujuria era llamado Tiazoltenti. Por más que he buscado entre diversos autores antiguos y modernos la desifración de los ídolos que encontré en Yahualica (figs. 5 y 76) nada he podido solventar y más aún crece la duda cuanto veo a otro no menos extraño (fig. 7) presentando todo el aspecto de un orangután y después a corta distancia de la citada población un venado (fig. 8), al que aun en nuestros días se le llama Teomazatl.

Los pequeños penales que al pie de la figura 5 se encuentran, ya pertenecen a otra civilización enteramente diversa y demasiado descrita: a la náhuatl.

Con toda intención emprendí un viaje a la capital de la República y en una entrevista que tuve con el distinguido arqueólogo, director del Museo Nacional, señor don Francisco del Paso y Troncoso, este hábil maestro me significó su opinión, manifestándome que “quizá oleadas del sur habían traído por aquel rumbo gentes que llevaron semejantes creencias.”

Buena puede ser la solución, pero no satisface mis creencias y más me aduno a la de suponer que los ulmecas o xicalancas fueron los poseedores y tributarios de aquel culto, tanto más cuanto que es bien sabido que fueron los pobladores de las costas del golfo, y muy posible es que ejercitaran su dominio hasta esa región que no dista, relativamente mucho de las aguas del mar.

Yo invito de todo corazón a los más prominentes arqueólogos y antropólogos a que discutan ese punto tan esencialmente interesante para la historia de América.

Clavijero asienta que los olmeca y los xicalanga pueden considerarse como de una sola familia, y agrega, que el doctor Sigüenza dice que los primeros pasaron de la isla Atlántida y fueron los únicos que llegaron a Anáhuac por la parte de Oriente.

Boturini asegura que arrojados de sus dominios, partieron unos para las Antillas y otros para la América meridional. Repito, este punto debe ser discutido, pues importa, y mucho, aclararlo; pero esto sin atenerse a opiniones escritas, sino averiguando sobre el terreno lo que haya de más probable o verdadero.

23 *Ob. cit.* pág. 82.

En cuanto a la figura 7, el orangután, pudiera suceder que emigrado de parte lejana algún cuadrúmano de ese género penetrara a la región en que se encuentra el monolito, y como ser desconocido [¿]se le retrató simplemente como un recuerdo, o verdaderamente se le rendía culto?

A este particular encuentro en la *Historia antigua* del señor Orozco y Berra, lo siguiente: “En la destrucción del mundo consumada por el aire, los hombres fueron transformados en monos.”²⁴ Observa Humboldt que, “en general abundan meno los monos en la parte cálida de México, que en la América meridional. Estos animales emprenden migraciones lejanas, cuando arrojados por el hambre o la intemperie se ven obligados a abandonar su antigua mansión. Conozco lugares en la parte montañosa del Perú, cuyos habitantes recuerdan la época en que las nuevas colonias de monos se fijaron en tal o cual valle ¿Su tradición de los cinco soles contendría un dato para la historia de estos animales? ¿Designará el año en que los huracanes y los trastornos causados por los volcanes obligaron a los monos a hacer incursiones en las montañas de Anáhuac?”

El sabio maestro Orozco y Berra acepta como natural la observación del ilustre viajero; mas en su concepto la idea azteca se refiere a alguna transformación mitológica.

Ximenez en las *Historias del origen de las Indias*²⁵ dice que en las tradiciones quichés, los genios criaron unos seres del palo, la carne de los hombres de corcho, la de las mujeres de corazón de espadaña; salieron broncos e idiotas, no quisieron alabar a los dioses creadores, siguiéndose por ello que fueron destruidos. “Señal de esta gente, son los monos que ahora andan por los montes y por eso quedaron por señal, porque sólo fueron de palo, hechas por el creador, y el mono por eso se parece al hombre, porque es señal de otro género de hombres hechos de palo.”

La aparente semejanza entre el mono y el hombre ha dado quehacer y pensar. ¿Acaso las teorías de Darwin ya tuvieron en remotísimos tiempos también su existencia? Cosa es esta de un maduro y conciencudo examen.

24 [*Ibidem*], págs. 107 y 108.

25 [*Ídem*,] pág. 12 y sig.



CAPITULO III



[*Oton conductor de los othomits. Significado de la palabra othomit. Su antigüedad. Su residencia en Mamenhy. Estatura, cráneos, facciones, color cabello, etc.*].



a quien llama Sahagún jefe de la tribu othomit a la que los historiadores antiguos y modernos le dan la primacía en estancia en Anáhuac, quizá pudo existir, o sea, una de tantas leyendas que vagan inconscientemente sin fijar el resultado de un problema.

Juan Carlos Buschaman me da los siguientes datos:

Otomitl se puede considerar como mexicano, como no es el nombre primitivo de la nación, la que se llama *hiuihiu* o *nahña*. La forma *otomitl* se presenta como persona; pero Sahagún llama a su jefe Oton. A primera vista está la palabra compuesta de *otli*, camino y *tomitl*, pelo, significando pelo de camino; el nombre contiene acaso una figura que se ha tomado de la vida errante del pueblo, junto con el modo particular de cortar sus pelos. Los españoles escriben *otomí* u *otome*, que es una forma mexicana hecha por añadir la *i* posesiva al *tomitl* o un plural particular. Los otomis eran en la antigüedad una nación bárbara y salvaje de cazadores, independientes, sin jefe, sin casas, viviendo en cuevas; habitaban con los chichimecas un gran distrito del norte de México, desde las cadenas de las montañas que cierra el valle de México. Según Yxtlixochitl, vinieron juntos con los acolhuis, En el siglo XV se dedicó una parte de ellos a la agricultura; fabricó ciudades, aun en el Valle de México y de Acolhuacan; otras se dispersaron entre los matlazincas y tlascallas, para guarnición en los lugares de las fronteras. Conservan en todas partes su lengua, la que es una de las más entendidas de México; pero la mayor parte de ellos quedó con los chichimecas en un estado salvaje y dieron aun después de la conquista quehacer a los españoles, los que no consiguieron sujetarlos hasta el XVI siglo.

He copiado a la letra las apreciaciones del historiador para entrar de lleno en el asunto más importante de esta obra; pues que la raza othomit prevalece en el estado de Hidalgo en mayoría etnográfica y en consecuencia, es la que en primer término dedica mi atención.

Convenido con la opinión unánime de los historiadores antiguos y modernos, en que el othomit fue el primero en establecerse en esta región.

Juzgo como el señor Orozco y Berra que albergados en las montañas, vieron impasibles pasar la irrupción de otras tribus, así como afirmo que a las razas de origen náhuatl les mortificaron de tal manera, hasta el grado de hacerlos emigrar, como probablemente sucedió a los Toltecas en Tulancingo, Atotonilco y Actopan para encontrar refugio en Tollan en 667.

No niego, ni mucho menos, que el othomit haya sido de las tribus a quienes apellidamos salvajes.

Buena prueba es que en nuestros días conserven ciertos hábitos que lo demuestren.

Veamos el pasado para probar con el presente.

Como razas autóctonas en la mayor parte del territorio que hoy pertenece al estado de Hidalgo, no cabe duda que la othomit ha dejado huellas de serlo y así con mucha justicia el señor Orozco y Berra, dice que vieron desde las montañas pasar a subsecuentes tribus.

Otro respetable autor dice: “tendremos que reconocer en la antigüedad remota, como razas autóctonas en el centro, a la otomí.”²⁶

El othomit, es pues, de las razas primitivas que habitaron este territorio y hasta hoy habitan una gran porción como se verá en la carta etnográfica y en consecuencia séame permitido ocuparme de él, en primer término dando a conocer el verdadero origen de la palabra othomit según una respetable autoridad que dice:

A semejanza de los vixtoti podían desde las pirámides de Veitioacan hacer una señal convenida para avisar la proximidad del enemigo. Precisamente en aquel rumbo y desde ese punto se extendía el territorio de los otomíes, que debemos considerar ya organizados entonces, pues habían construido ciudades, y entre ellas como muy principal ocupaban Mamemhi, que más tarde fue la famosa Tollan. Una señal, pues de alarma en Veitioacan que indicara la aproximación de estos terribles enemigos trasmitíase rápidamente hasta Chulul o Cholollan, y el rey-sacerdote que ahí moraba, podía disponer cuanto necesario fuese para la defensa de los dioses y de la patria.

La misma metrópoli otomí había sido antes ciudad de los vixtoti y les había sido arrebatada, lo que les obligaba a mayor defensa y cuidado. Parece que Mamemhi fue el lugar por donde llegaron de Tamoanchan los vixtoti, pues su nombre significa [“]Ja donde bajaron los abuelos o antepasados.”

26 *México a través de los siglos*, tomo I, pág. 61.

Y es curioso que los otomíes tomaran este su nombre con que los conocemos de una de las ciudades para cuya defensa servían contra ellos mismos, muy principalmente, las pirámides de Veitioacan. Hablamos de la ciudad cercana de Ottumvva y usamos de esta ortografía porque con ella encontramos otra población en Govva. Pues bien, más tarde, cuando los nombres de estas ciudades tomaron forma nahoa, tornóse en Otompan, y como en aquella sazón llegase a ser el centro de la raza, por entonces maltrecha y lanzada de su capital, de este nombre hicieron los tolteca el patronímico otomitl que a su vez por otomí tradujeron los españoles.

Siguiendo el estudio de la raza y el método que me propongo en desarrollo de este estudio antropológico, imperfecto, por el poquísimos tiempo de que he podido disponer, veamos lo que respecto a estatura, cráneos, facciones, color, cabello, constitución y temperatura he logrado obtener.

Adoptando el sistema de Quetelet no aventuro el cálculo en estimar que la mayoría está en relación de tamaño de cinco pies y ocho pulgadas.

Tengo a la vista varios cráneos; unos que acusan una antigüedad remotísima y otros recientemente extraídos de sepulcros donde fueron inhumados los restos de aquellos cuya familia no puede dejar duda de acusar la pureza de la sangre.

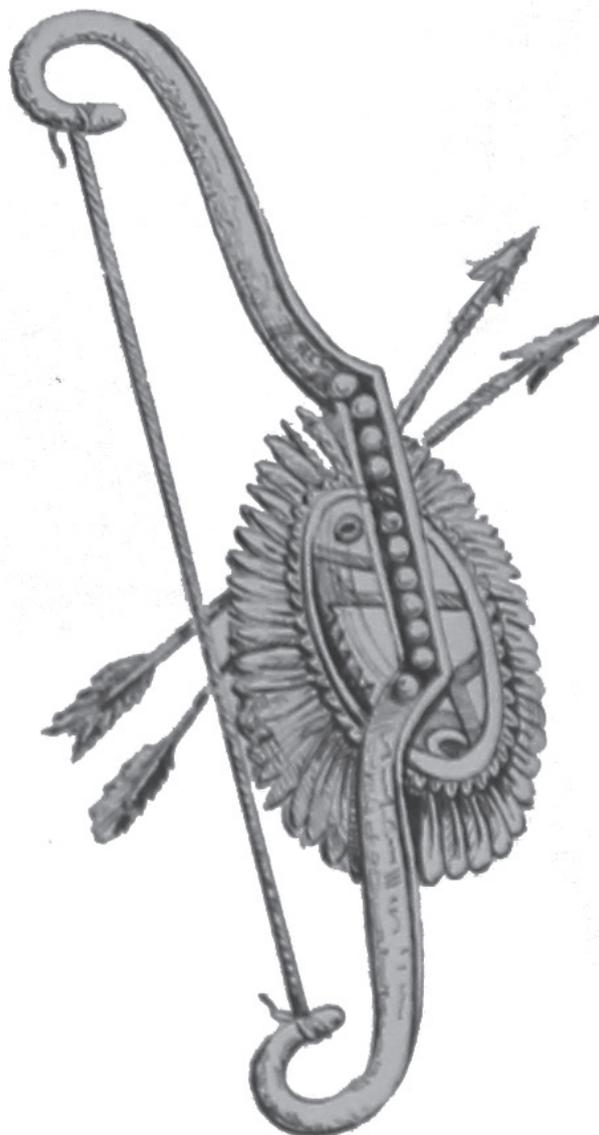
El anatómico enseña que para distinguir las razas, el mejor medio es el estudio del cráneo y dividido en diencéfalos, mesocéfalos o braquicéfalos, se tendrá el mejor resultado.

No es posible, dice Filor, que el cráneo del negro pueda confundirse con el del samoyedo. Basta ver un cráneo estrecho de parietales verticales acentuando prognatismo con los arcadas superciliares inusualmente pronunciados, y cuyo frontal y occipital forman como una especie de tejado, para que podamos reconocerlo como de un australiano.

La piel amarilla amorenada dibuja en su semblante el ejercicio diurno del trabajo, sujeto a las inclemencias de los distintos puntos que habita, pues así se asimila a la sequedad constante de una tierra extremadamente fría como a los rigores de la tierra caliente; mas de continuo bajo los abrazadores rayos del sol.

La fuerza de un trabajo rudo y su tradicional olvido de sí mismos, los othomits muestran sus cabelleras hirsutas, descompuestas y su pelo tiene gran semejanza con el de los papuas.

La constitución de esta raza es en general vigorosa y a su tiempo lo demostraré al hablar de usos y costumbres así como de su temperamento.



CAPITULO IV



[*Los tolteca. Sus huellas en el estado de Hidalgo. Establecimiento en Tollan. Pueblos que constituyeron. Huapalcalli es de origen ulmeca y xicalanca. Término de la peregrinación. Monarcas que gobernaron. Estatura, color, facciones, etc.*].



fueron los toltecas para que hayan sido llamados por todos los historiadores hombres de gran saber, honrados y trabajadores?

Sigamos la corriente de las tradiciones y quedaremos convencidos de esas grandes verdades.

Habla Sahagún: “Primeramente los toltecas, que en romance se pueden llamar oficiales primos, según se dice fueron los primeros pobladores de esta tierra.”

Perfectamente se ha demostrado que serían los primeros en civilización, pero no en estancia.

Es un hecho incontrovertible que los tolteca dejaron huellas de su paso por Xalisco en el estado de su nombre; Toxpan en el de Michoacán, Zacatlán en el de Puebla, Huexutla, Tullancingo y Tula en el estado de Hidalgo.

El señor Orozco y Berra en contraposición con el padre Sahagún, dice que “a la llegada de los toltecas la tierra estaba ocupada por varias tribus, más antiguas en el país que la invasora.”²⁷

Poblaciones de importancia existían como he dicho de Tollan, que durante la dominación othomit se llamó Mamemhi.

La idea general es que saliendo de Huitlapalla o Tlapallan se internaron al país; empero jamás se ha podido averiguar la existencia de ese punto.

²⁷ *op cit.*, tit. III, cap. II.

Según las opiniones más caracterizadas la invasión siguió al principio las costas occidentales hasta Xalisco; tomó enseguida al este, buscando las tierras en aquella dirección ofrecidas por Hueman, hasta que definitivamente se establecieron en Tollan.

Antes de ocuparme de esta nueva estancia, detengámonos en Tulancingo donde los tolteca dejaron huellas a su paso, que hoy como mudos testigos, acusan al laborioso toltecatl²⁸ y además encontré que después de los diez y seis años, que la tribu permaneció en Tulantzinco se formaron varios pueblos cercanos al punto principal llamado Huapalcalco, pueblo antes habitado por ulmeca y xicalanca y precisa saber esto, porque viene perfectamente en apoyo de lo que dije en el capítulo II, respecto de que mi creencia ha sido que desde Tulantzinco hasta Yahualica e Yxcatlan y Huitznopalla existen seguras huellas de aquellas razas, de los tolteca, y después de la mexicana como a su tiempo lo probaré al tratar de otros asuntos; pero para mayor abundamiento encuentro en una interesante obra del señor doctor don Antonio Peñafiel, lo siguiente:

[Fig. h] “Huapalcalco - Huapalcal-co - Guapalcalco. Un edificio almenado con tres puertas, al parecer hecho de madera, diferente del signo común de *calli*; es el ideográfico de *huapalcalli* (uapalcalli) que significa “tienda o casa de tablas.”

Huapal-calli, es compuesto de *calli*, casa y de *huapalli* o *huapaliti*, tabla o viga pequeña: Huapal-cal-co “en la casa de tablas”; en el edificio de madera.

La población es de origen hulmeca y xicalanca, es decir, de las primeras tribus pobladoras de la gran mesa central de la cordillera.”²⁹

Sea por falta de elementos para la subsistencia o por el constante asedio de las tribus cazadoras que habitaban los montes cercanos a Tulantzinco la mayor parte de la tribu según su costumbre abandonó aquel punto dirigiéndose a Mamenhi donde se estableció denominándole Tollan.

[Fig. i] Tollan dice, junto al tular, de *tollin* o *tullin*, juncia o espadaña. Otros dicen “junto del tule o cerca del tular.” Este es el nombre geográfico de esa gran población que yace sepultada guardando entre sus ruinas muchísimos objetos que atestiguan que al toltecatl con sobrada justicia se le llamó gran artífice.

Ciento treinta años de peregrinación hasta cimentarse en aquel lugar duró la tribu, pero dejando por distintos puntos varios pueblos como los que he mencionado.

28 Dice el señor Orozco y Berra, que toltecatl es singular y tolteca plural, nombre gentilicio cuyo significado es habitante o natural de Tollan.

29 [Antonio Peñafiel], *Nombres geográficos de México*, pág. 115.

Una vez constituida la metrópoli del reino comenzó este en 667, era vulgar y duró, según Clavijero trescientos ochenta y siete años.

He aquí los monarcas y épocas de su reinado.

- I. Chalchiuhtlanetzin en 720.
- II. Yxtlicuechahuac en 771.
- III. Huetzin en 823.
- IV. Totephu en 875.
- V. Nacaxoc en 927.
- VI. Mitl en 979.
- VII. Xihuazlaltzin, reina en 1038.
- VIII. Tecpancaltzin en 1042.
- IX. Topiltzin en 1094.

El sistema de gobierno y carácter de los monarcas lo sabremos a su tiempo; por ahora daré a conocer las noticias que relativamente a la raza tolteca nos han legado las antiguas leyendas.

Con respecto a la estatura, mucho se ha dicho que fueron hombres de gran talla y Villaseñor y Sánchez dice “Fueron los toltecas indios de estatura, de gran capacidad, etc.”, y el señor Orozco y Berra, agrega: “altos, robustos, mejor formados y parecidos que los demás pueblos.”

Cerca del pueblo de Tepetitlan, mi excelente amigo el señor don José Ballesteros, encontró hace tiempo varios sepulcros los que me asegura contenían esqueletos sumamente grandes.

Por más que luché en las excavaciones practicadas en la antigua metrópoli tollana para obtener un cráneo, fue todo en vano, descubrí varios sepulcros pero tan sólo aparecían pequeñísimos fragmentos de huesos.

Quizá más tarde sea más afortunado; si como espero me imparte protección el gobierno del estado de Hidalgo para continuar mis exploraciones.

Ya se ha dicho que las facciones del toltecatl fueron de las más correctas y es el común sentir común de los historiadores. A ese respecto y en apoyo de que esa raza habitó varios

puntos hacia el norte, diré que en Yahualica aún se conservan resquicios de la raza (fig. 21) y comparada con los ídolos (fig. 119) y fragmentos de esta encontrados en distintos puntos se advierte la diferencia entre el toltecatl y el mexica o azteca.

Después de la terminación del reino de Tollan en que emigró por distintos rumbos la variación del tipo fue extinguiéndose con el cruzamiento con los chichimecas y acolhuas.

El por qué se llamó a los tolteca grandes artífices, oficial de arte mecánica etc., me encargaré de decirlo en otros capítulos.



CAPITULO V



[*Los chichimeca. Su irrupción. Itinerario. En Cempoalla y Actopan. Reparto de tierras. Establecimiento en Metztitlan. Cuachquezalóyan, Atotonilco. De salvajes a semisalvajes. Fusión con los colhuas. Monarcas que gobernaron. Talla y proporciones. Mezcla*].



de los tolteca vinieron a ocupar esta tierra los chichimecas, y digo esta tierra porque por ellos, fue poblada la mayor parte de lo que hoy es estado de Hidalgo [Fig. 26].

Según la tradición el punto de partida de esta tribu fue Amaqueme o Amaquemecan no muy distante de Huehuetlapalla; pero nadie hay que a la fecha determine los lugares en que existieron esos reinos.

De las conjeturas hechas por Torquemada se desprende que esta tribu se hallaba establecida a doscientos leguas hacia el norte de Xalisco.

Los chichimeca fueron constantemente jurados enemigos de los tolteca y así no desperdiciaban la ocasión de apoderarse frecuentemente de los pueblos que estos habían creado.

Al saber los chichimeca la destrucción del reino tollano se precipitaron como una avalancha sobre los puntos abandonados, bajo la dirección de Xolotl.

Yxtlilxochitl hace saber el número a tres millones doscientos dos mil hombres y en su historia chichimeca dice que sin mujeres y niños, era más de un millón.

Esa tremenda irrupción partió el II *calli*, 1117 y aun cuando algunos historiadores repugnan a creer el poco tiempo transcurrido entre la destrucción de Tollan y la llegada de la nueva tribu, hay que rendirse a la evidencia de documentos históricos.

El itinerario se hace consistir en el paso por Xalisco y Michuacan, después a Tepenec para hacer alto en Tollan, donde quedaron unas cuantas familias; siguió para Mixquillahuala; enseguida a Actopan, siempre dejando suficiente número de pobladores; se internó al valle de México y más tarde dirigiéndose al cempoaltecatl, junto a Cempoalla, hasta ir a establecerse al reino en Tenayocan Oztopoco (sierra de Guadalupe) donde se fundó la primera capital chichimeca.

Establecido el reino, Xolotl tomó posesión de la tierra comenzando él mismo por el sitio más próximo y ordenó salieran para otros más distantes su hijo Nopaltzin y los principales capitanes.

De estos fueron a establecerse por grandes grupos en estas tierras a Tutotepec, Metztilan, Cuachquezaloyan o Huascalaloya y Atotonilco.

Se ha juzgado a los chichimecas a su llegada en un verdadero estado salvaje y aún el mismo Yxtlilxochitl, a quien frecuentemente por razón de la sangre le vemos tratarlos con cierta parcialidad, dice que: “era gente bárbara y feroz y la más fuerte nación que hubo.”

De lengua diversa a la nahoa, usaban la suya propia y en su idioma se apellidaban los águilas.

Empero de ese estado pasaron a otro regular, tanto por el contacto y fusión de los pequeños resquicios de los tolteca que habían quedado en algunos puntos, como con los culhuas, pues Nopaltzin hijo de Xólotl, tomó por esposa a Ascaxochitl, hermana del rey de Cualhuacan, hija del rey Mauhoyotl y a este ejemplo, el pueblo siguió concertando casamientos y de esta manera, el elemento civilizado fue extendiéndose y tomando terreno progresivamente sobre los pueblos incultos.

Como dije antes, los chichimeca aparecieron en el centro hacia el año de 1117 y establecido el reino en Tenayocan, los soberanos se sucedieron en el orden siguiente.

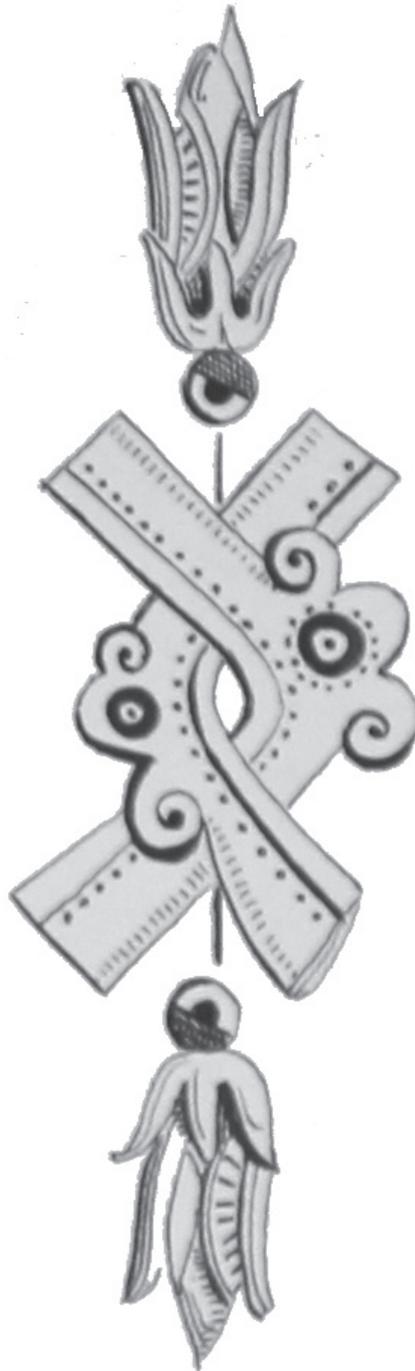
I.	Xólotl	1120.
II.	Nopaltzin	1232.
III.	Tlolzin- Pochotl	1263.
IV.	Quinantzin	1298.
V.	Techotlala	1357.

VI.	Yxtlilxochitl	1409.
VII.	Tezozomoc (usurpador)	1418.
VIII.	Maxtlalon (usurpador)	1427.
IX.	Netzahualcoyotl rey legitimo	1431.
X.	Netzahualpilli	1472.
XI.	Cacamatzin	1516.
XII.	Cuicuitzcatzin	1520.
XIII.	Coanacotzin	1521.
XIV.	Yxtlilxochitl	1521.

Terminando con este rey la anarquía chichimeca y acolhua.

Siguiendo la tradición se sabe que los chichimecas eran hombres de gran talla y de proporciones hercúleas, desarrollándose estas por efecto del ejercicio de la caza; de tez bronceada y pelo hirsuto y de temperamento sanguíneo

La pureza del tipo se extinguió debido a la fusión de las razas, cuya mezcla dio lugar a variaciones infinitas sin que hoy se pueda fijar en el dominante, el primitivo.



CAPITULO VI



[*Los mexi. Itinerario según la tira del museo Nacional. Establecimiento en Cuauhtepac cerca de Tollan. En Atlicalaquia. En Tlemaco. En Atotonilco. Segunda peregrinación. El jeroglífico de Sigüenza es continuación del anterior. Pruebas incontrovertibles. Proporciones, color, cráneo*].



A raza que había de sobrepujar en grandeza y poderío a todas las que se hallaban establecidas en el centro de Anáhuac, siendo a la vez la más distinguida y definida por todos los historiadores fue la mexi o azteca.

Historiadores y cronistas de todas las épocas dedicaron la mayor parte de sus cuidados a narrar la vida de los mexicanos ponderando su valor, altas dotes administrativas, laboriosidad, etc., olvidando y desconociendo otros que ese cúmulo de virtudes las aprendieron de los tolteca y eran, si acaso, una ligera reminiscencia de las costumbres de aquel gran pueblo, pues como antes he dicho, los pocos residuos que los chichimecas encontraron, sirvieron de base para la civilización y engrandecimiento de un pueblo que más tarde había de ser distinguido con el nombre de la Atenas de Anáhuac.

Siguiendo las tradiciones, los mexi descienden de la familia nahoa, como otras que reconocieron el mismo origen, como chulúas, chalcas, xochimilcas, tlascaltecas, cholultecas y tlahuicas.

Partieron, se dice, de un punto llamado Atzalan lo que ha dado motivo a multitud de controversias entre los historiadores.

Chavero asegura que se encuentra a los 22° de latitud norte. Clavijero, al norte de California; Veytia, adelante de Sonora y Sinaloa y la mayor parte le ponen en el centro del mar chapalico; entre otros el docto Orozco y Berra, quien al entrar al principio del análisis del lienzo de la peregrinación azteca, original que existe en el Museo Nacional, dice: “Este es Atzalan, a nuestra cuenta, la isla de Mexcalla en el mar chapalico.”³⁰

Nadie como el sabio maestro ha dado pruebas de analítico en achaques de historia y con razón dice: “para rechazar la nota de audaces nos escudamos con la autoridad, con lo poco que

³⁰ [Peñafilel], *op cit.*, tit. III, pág. 67.

hemos meditado, con los fueros de la verdad, no están sujetos a la opinión particular de una persona por encumbrada que sea, entre aquellas conclusiones y las nuestras fallará enalzada el criterio de los sabios.”

Así pues el reputado historiador da principios a describir el citado lienzo y como el objeto de esta obra solamente me toca tomar lo que se relaciona con el estado de Hidalgo, dejó a un lado la historia cronológica hasta encontrar a los mexi en Tollan por la primera vez; porque también acepto la segunda parte de la peregrinación del jeroglífico de Sigüenza.

La tribu mexi llegó a Tollan estableciéndose en Cohuatepec, a donde permanecieron diez y nueve años del IV *calli*, 677, al IX *acatl*, 695 [Fig. 43].

Establecidos, rancheándose hacia los puntos cardinales, represaron las aguas del río los que extendiéndose por la llanura formaron presto un gran lago, quedando el cerro que habitan convertido en isla.

El sitio se convirtió en uno de los lugares más amenos y deleitables, tanto por la importante perspectiva, como por el gran cúmulo de aves acuáticas y aves canoras que acudían a embellecer más el panorama con lo que los mexi se consideraban dichosos; empero como en toda comunión no faltan díscolos, allí los sacerdotes representaron este papel, porque constantemente llamaban a la tribu a seguir adelante, manifestando que no era aquel el sitio que la divinidad había elegido como el punto de final estancia y aconteció que, un día tras de ruido infernal, derrumbándose los diques, tomando el río su antigua corriente, desapareciendo el lago con todas sus bellezas, convirtiéndose en erial lo que se tomó por gran castigo.

Supónese que el legislador Aacátl fue el autor de ese desastre, solamente para conservar en el pueblo la obediencia que nada menos les hablaba en nombre de su dios Huitzilopochtli.

Emigraron los mexi el año 695, IX *acatl*, dirigiéndose al este y tomando asiento en Atlicalaquian donde permanecieron de 695, X *tecpatl* a 705, VI *calli*, estableciéndose después en Tlemaco, a muy corta distancia y vivieron allí de 706, VII *tochtli* a 710, XI *tochtli* [Fig. 44-45].

Fueron después para Atotonilco, también corta distancia y moraron cuatro años de 711 a 715; XII *acatl* al II *acatl*, tomando camino para Apazco, estado de México, donde los dejaremos seguir su peregrinación para encontrarlos después en terrenos del estado de Hidalgo [Fig. 46].

Dije antes que de acuerdo enteramente con el señor Orozco y Berra, respecto de la segunda parte del lienzo que determina la peregrinación de los mexica, afirmo que estos, partiendo nuevamente de los lugares en que más tarde al fin se establecieron hacia el norte, los volvemos a ver, en otras poblaciones del estado de Hidalgo.

Tomando la primera parte del jeroglífico de Sigüenza, veré confirmarlo, analizándolo:

Marcado con el número 1, encontramos un cuadrado cubierto de agua, al que Clavijero equivocadamente le atribuye ser la representación del diluvio y declara que en la barquilla van un hombre y una mujer para conservar la especie humana.

Nótese desde luego que en la barquilla va un solo hombre y más pidiendo socorro que airado por el bien que le tocó en suerte.

El señor don Fernando Ramírez, leyendo el jeroglífico entero, dice que en ese caso se encontrarán por dos y tres veces iguales desgracias, es decir, el diluvio, como lo han creído varios historiadores.

Continúa Clavijero, diciendo que los nombres de los salvados llamábanse Coxcox y Xochiquetzal la mujer.

Adviértase que de las figuras, una lleva el signo *cuauhtli* de águila, y la mujer carece de algo que determine *xochitl*, pues más se advierte una mano que efectivamente empeña unas plumas de quetzal y ese caso, la traducción es *quetzal-ma*. Así lo dice el señor Ramírez.

Sobresale un cerro y de él pende un árbol en el que se encuentra una ave que canta según el número de vírgulas.

El cerro determina el lugar y nada extraño que en un árbol cantara un ave y lo que no puede ser es que la paloma, dado caso que sea, comunique los idiomas a los hombres como asienta Clavijero. Demasiado sabemos que las aves cantan y ese medio era el adoptado para expresarlo.

El señor Orozco y Berra dice que el mímico *tepetl*, así significa un cerro como un grupo de montes y también es signo determinativo de población. Si se atiende a que bajo la montaña se extiende la tierra sobre la cual reposan las figuras, no quedará duda alguna del intento de representar en el hombre y la mujer los moradores de aquel sitio.

Tomando pues como punto de partida el cerro cuyo signo fonético lo determina la torcedura de la cumbre y dice Culhuacan el cual se encontraba cerca de la población, fue conocido con el nombre de Huixachtitlan y hoy con el de Yztapalapa o de la Estrella; seguiremos la ruta y encontraremos los nombres geográficos de los puntos que fue tocando la tribu en su segunda peregrinación [fig. 47].

La figura que se encuentra al pie del cerro es el símbolo del ciclo de cincuenta y dos años formado por una atadura de yerbas.

Para terminar esta digresión y seguir adelante diré que por mucho tiempo existió entre los mexica la creencia de que un pájaro los conducía y el que se encuentra en el árbol es sin duda alguna el que hizo en esta ocasión salir a la tribu que es nada menos que la que se encuentra en grupo al frente.

Conducida esta por cinco señores llamados Huitzilihuitl, plumas de colibrí, según se denota por la cabeza del chupamirto que va sobre la cabeza del individuo dándole su nombre; Pápalo, una mariposa; Tlalaala, malva; Huitziton, chupamirto en el nido, y *Xomitl*, pie flechado; llegaron a Atlicalaquian donde se ve un *teocalli*, una palmera, el nombre geográfico del lugar y el signo *xiuhmolpilli* o periodo cíclico.

De este punto no solamente siguieron los primeros conductores o familias, sino que se unieron diez más. Llegaron a Oxtocolco, después a Cincotlan, luego a Tocalco, enseguida a Pipulcomic u Oytotlan y al fin a Mizquiyahuala, donde construyeron un *teocalli* (fig. 48).

Misquiyahualla. El signo característico del mezquite, *mizquitl*, da la primera radical fonética; la forma encorvada que tiene el mismo signo, significa *yahualli* (*yaualli*), “asentadero de olla”, círculo y *yahual-la*, homófono de *yahualco*: “en el lugar circundado de mezquites” es su significado.

Aquí debió ocurrir algún suceso desagradable para los mexica pues como se ve en la citada figura aparecen lanzadas sobre el templo gran número de dardos, lo que indica un ataque que muy bien pudo ser de los othomit, que habitaban la cercana montaña llamada Deminyó y en cuyo ataque pereció el jefe conductor Tlaala (fig. a del jeroglífico).

Se cumplió el *Xiuhmolpilli* del I *tochtli*, 1090.

Enseguida salieron para Xalpan, estado de México y después para Tetepango, estado de Hidalgo. Tetepanco. El señor Orozco y Berra, define así: “Tetepanco, en las paredes de piedra. Está escrito con el mímico, pared de piedras y el fonético *pan*, expresado por la bandera, dando en compuesto silábico Te-te-pan-co.”

Fig. 51. Tetepanco. El señor Peñafiel dice:

“Tetepanco. La escritura fonética dice fonéticamente: Te-tepan-titlan: el signo *tetl*, debajo de una “pared” *tepanitli*, produce *tetepantli*, pared de piedra y dos dientes delante del primer signo expresan la terminación *tilan* o *titlan*, de donde se obtiene el significado de “cerca de las paredes o paredones de piedra.”

“Tetepantitlan es aquí sinónimo de Tetepanco.”

Permanecieron cinco años, siguiendo para Oxitipan donde permanecieron, volviendo a internarse al territorio de Hidalgo, durante cuatro años en Tetzapotlan.

Fig. 50. El simbólico *Tetl*, el mímico *tzapotl*, zapote, y suplido el afijo *tlan*: Te-tza-po-tlan “junto a los zapotes de piedra.” Estuvieron cuatro años, como se dice, y después de una peregrinación por otros puntos del hoy estado de México volvieron a Atitalaquia, Atlicalaquian, permaneciendo dos años y emigrando hacia el de 1151 siguiendo al sur hasta fundar a Tenochtitlan en 1325 el II *calli* donde los dejaremos organizándose para encontrarles después figurando en alta escala en esta narración (fig. d).

Para terminar este capítulo es preciso dar una idea más o menos exacta del mexica y para no aventurar conjeturas copio textualmente lo que a ese respecto dice Clavijero.³¹

Según las personas que les vieron, aquellos pueblos eran bien proporcionados de cuerpo, delgados de carnes, ágiles, buenos corredores, negros los ojos, negro el cabello y lacio; el color cobrizo, las facciones regulares; aspecto agradable, aunque un tanto triste y desconfiado; las mujeres de talla mediana, movimientos graciosos, bien agestadas en general, hermosas muchas; de pie extremadamente breve. Los sentidos perspicaces, y más ejercitados la vista y el oído.

Este retrato se reproduce, aun en la mayor parte de los indígenas que habitan en la sierra del estado.

Los cráneos tienen los caracteres de su raza; si se encuentran otros diversos son o más antiguos, o constituyen una singularidad etnológica. Verdad es que algunos de estos cráneos tienen el frontal deprimido (fig. 52) hacia atrás plano y como cuadrado, mientras la parte occipital se abulta un tanto; estas son señales casi infalibles de que el despojo perteneció a un individuo de las clases menesterosas.³²



31 [*Ibidem*], tit. I, págs. 395.

32 Orozco y Berra, *op cit.*, tomo I, pág. 381.

CAPÍTULO VII



[*Idiomas y dialectos. Lenguas cuasi monosilábicas. Familia othomit. Lenguas polisilábicas de subflectión. Grupo mexicano ópata. Familia mexicana. Etnología actual*].

[LETRA CAPITAL DESAPARECIDA DEL ORIGINAL] es traer un orden riguroso de los idiomas y dialectos que se hablaron en el estado de Hidalgo, desde la aparición de los primeros pobladores, supuesto que desconocemos quiénes fueron y a qué jerarquía etnológica pertenecían.

En la obscuridad de los tiempos yace rota la cadena cuyos eslabones difícilmente podrán ya unirse al menos que se produzca un rarísimo fenómeno.

Sentemos como principio que el idioma cualquiera que sea, tuvo su origen en un pueblo; pero después de algunas centurias, encontraremos la base perdida y acaso puramente similitudes existan, como sucede a la raza latina, entre italianos, franceses, españoles y una gran parte de la América.

Del mismo modo acontece que los pueblos varían de lenguaje, ya por el contacto con otros de etnografía distinta; por costumbres o por religión, influyendo, y mucho, otra multitud de causas, como las ocupaciones, clima, productos de la tierra; los animales amigos o enemigos del hombre; desarrollo intelectual y muy particularmente la organización social.

Siguiendo el orden diré, que de los primeros pobladores hacia el noroeste del estado, se sabe que a los ulmeca y xicalanca se les atribuye el conocimiento de la lengua nahoa, punto que no me atrevo a discutir. Otros tan antiguos o más que aquellos y que se conservan en la mayor parte del estado, son los othomits.

Dice a este respecto el señor Orozco y Berra: “Según nuestros conocimientos actuales, los otomíes aparecen como los más antiguos en Anáhuac. Se entreve que la familia ocupó al norte un gran terreno; las invasiones de otros pueblos los arrojaron de las llanuras para dejarles confinados en las montañas, donde vivieron encastillados, mirando tranquilos pasar a sus pies la emigración de las tribus.

Los othomit, según el padre Naxera,³³ llaman a su lengua *Hia Hui*, cuyo nombre tal vez escribirán los alemanes *Hiang, hiung*. *Hia* para ellos es para nosotros lengua y *hiu* significa sentarse, permanecer y descansar, así es que *hia-hiu*, debe traducirse; la lengua permaneció como *hiu*, sentarse, es no sólo homónimo sino eufónico de *hiu*, tres; algunos han traducido a *hia hui* por la triple lengua y han explicado esta definición por los tonos de ella o los modos de su formación, pues para pronunciarla se necesita de las nariz, la garganta y el paladar; más en tal caso deberían llamarse guta o quintupla, pues cinco son los tonos, y de cinco distintos modos, obran las partes de la boca, garganta y pecho como agentes de los sonidos.”

Más adelante dice la misma autoridad a que me refiero:

“Si ellos immortalizaron ese triunfo que dio la quietud y la paz a su lengua llamándola *Hia Hui*; en el nombre que impusieron a sí mismos conservaron la memoria de sus larguísimas peregrinaciones y de las muchas veces que tuvieron que mudar de residencia, para llegar a donde se denominaban los othomi, pues *otho* quiere decir nada, y *mi*, sentados o quietos.” Varios autores castellanizando la palabra, como dije en el capítulo III, escriben en singular otomí, dando el plural las formas de otomis, otomies, otomites. El señor Don Francisco Pimentel, en su magnífica obra sobre descripción y comparación de las lenguas indígenas de México, dio a la othomi, el cuarto orden, clasificando así:

Lenguas cuasi monosilábicas

xix Familia othomi.

104 El othomi o hisahui .

105 El serrano .

106 El mazahua .

107 El pame con sus dialectos .

108 El jonas o meco, acaso restos del antiguo chimeco.

El toltecatl, habitante y morador de Tollan, nación de lengua nahoa, y que introdujeron en Anáhuac su adelantada civilización, su nombre se hace sinónimo de todo lo grande y bueno hasta el punto de que la palabra *toltecatl* llegó a significar “oficial de arte mecánica o maestro.” Un manejo de Tollan expresa el patronímico.

33 [Manuel Crisóstomo Naxera] *Disertación sobre la lengua othomi, por fray...*, tomo 3, pág. 23.

En cuanto a los chichimeca que siguieron inmediatamente a los tolteca, fueron con el tiempo fundadores de Acoluacan.

Algunas opiniones se han emitido respecto a que eran de procedencia nahoa, o de othomi; pero ambas aseveraciones carecen de fundamento pues su lengua era particular y se cree totalmente extinguida.

En un manuscrito de Texcoco se lee: “de suerte que Tezcotl puede ser verbo chichimeca.” No se ha podido saber su verdadero significado porque los chichimecas que primero le pusieron el nombre, no solo se han acabado; pero no hay memoria de su lengua, ni quien sepa interpretar los nombres de muchas cosas que hasta ahora en aquella lengua se nombran.

Yxtlixochitl en su *Historia chichimeca* dice: “Entró en la sucesión del imperio Tlechtalatzin, aunque el menor de los hijos de Quinatzin, por sus virtudes y el haber estado siempre sujeto a la voluntad y gusto de su padre y por haber sido el amaque, le crio señora de la nación tolteca, natural de la ciudad que en aquel tiempo era de Culhuacan, llamada Papaloxochitl, fue el primero que uso hablar la lengua náhuatl que ahora se llama mexicana porque sus pasados nunca la usaron, y así mandó que todos los de la nación chichimeca la hablasen; en especial todos los que tuviesen oficios y cargos de república. Siguen los mexi o mexica, tenochca o tenochcat, o aztecatl o azteca.

El padre Durán da los siguientes pormenores: “Aztlán, quiere decir, blancura, o lugar de garzas, y así les llaman a estas naciones azteca, que quiere decir: la gente de la blancura.” Llamábanlos por otro nombre Mecitlin, que quiere decir mexicanos, a causa de aquel sacerdote y señor que los guiaba se llamaba Meci, de donde toda la congregación tomó la denominación, como los romanos la tomaron del primer fundador de Roma, que fue Rómulo: tienen ahora otro nombre el cual heredaron después que poseyeron esta tierra, que fue Tenuchca por causa del tunal que hallaran nacido en la piedra, en el lugar donde edificaron

su ciudad; y así Tenuchca quiere decir “los poseedores del Tunal.”³⁴

Conforme con el docto historiador, en la mayor parte de su discurso, que da bastante luz para no confundir en tres una sola raza etnográfica como ha llegado a suceder con algunos noveles historiadores que sin saber una sola letra se lanzan a emprender obras para cansar con sus dislates la confusión y la ignorancia; empero, hay que hacer una pequeña salvedad y sea esta, escuchando al señor Orozco y Berra, que dice: “Ya habrá observado Buschman que la palabra Aztlán, nada tiene que ver con *aztatl* y que la radical *az* es desconocida, pero que pudiera tener relación con *iztac*, blanco. Así parece ser, aunque bajo distinta forma, supuesto

34 [Fray Diego Durán], *Historia de las Indias de Nueva España*, tomo I, pág. 19.

que la palabra azteca la traduce el padre Durán por la gente de la blancura. De Aztlán, sale el étnico aztlanecatl, aztlaneca que por excepción a la regla, se usa bajo la forma aztecatl, azteca. Hecha esta aclaración que juzgo de importancia diré que esa raza que llegaba al apogeo de su grandeza, pertenece a los pueblos civilizados de la náhuatl.

El señor Pimentel la coloca en el primer orden, no obstante ser la última en historia.

Lenguas polisilábicas, polisintéticas de subflección. Grupo mexicano ópata.

I Familia mexicana.

1 El mexicano o nahuatl. Sus dialectos son:

- a. El conchos .
- b. El sinaloense .
- c. El Mazapil (la clasificación es dudosa).
- d. El jalisciense .
- e. El ahualulco .
- f. El pipil .
- g. El niquiran .
- h. El cuitlateco .

En la actualidad solamente tenemos en el estado de Hidalgo el othomi y mexicano como dominantes; el pame y mazahua en poco, como se verá en la carta etnológica que formé con este objeto y acompaño.

Estos mismos idiomas son seguramente los que han prevalecido desde los tiempos históricos y hoy puede asegurarse que han perdido completamente su pureza, pues todos en general se mezclan con el idioma español.

CAPÍTULO VIII



[Escritura primitiva. El qquipo. Escritura jeroglífica entre tolteca y mexi. Carácter de la escritura. Libro y papel. El Tlacuilo. Colores empleados en la escritura. Cómo se obtenían. Cómo se fabricaba el papel. Población dedicada a su industria. Terminó con la conquista. La escritura comenzaba de izquierda a derecha y viceversa. Cuidado que se tenía en la enseñanza de la escritura y la pintura. Entre los sacerdotes era forzosa. Importancia que ha tenido la escritura jeroglífica].



que acostumbrados estamos a leer y escribir, difícilmente concebimos cómo este portentoso arte pudo llegar a naciones menos cultas y muy particularmente a los que se consideraron barbos.

John Williams, misionero de la isla del mar del Sur, refiere que hallándose una vez carpinteando y habiendo olvidado su escuadra, la mandó pedir a su esposa escribiendo con un carbón una esquela en una viruta, que un jefe indígena se encargó de llevar. Asombrado de que este pudiera

hablar sin boca, la llevó mucho tiempo después colgada al cuello, refiriendo a sus admirados compatriotas la maravilla que había visto hacer a la viruta, hecho que seguramente despertó en los naturales el modo de hacerse entender por signos, figuras.

En México, antes de la escritura jeroglífica, según el testimonio de Boturini, Veytia y Clavijero, fueron usadas unas cuerdas compuestas de otras pequeñas de distintos colores que anudadas de diferentes modos, servían para perpetuar los sucesos, llevar las cuentas administrativas, etc., supliéndose perfectamente la escritura. Boturini, encontró muestras de ello en Tlascalla y se les daba el nombre de qquipo de la palabra peruana qquipon de etnología desconocida.

A este respecto dice Acosta: “Son quipos unos memoriales o registros hechos de ramales, en que diversos nudos y diversos colores significan diversas cosas. Es increíble lo que en este modo alcanzaron, porque cuanto los libros pueden decir de historia, leyes, ceremonias y cuentas de negocios, todo eso suplen los quipos tan puntudamente que admira.”

En una remota antigüedad existió entre los chinos análoga escritura.

Los tolteca al llegar a estos sitios ya traían la escritura jeroglífica, empero no es posible averiguar si antes de ejercitarla en el punto de su partida la inventaron ellos o la aprendieron de otros. Lo cierto es que acusa una civilización bastante avanzada.

A este ingenioso pueblo se le atribuye al arte de escribir, el que enseñaron después a los chichimeca y aun a los othomit.

En cuanto a los mexi o aztecas, se cree que desde el principio de su peregrinación, traían personas encargadas de narrar por medio de la escritura jeroglífica. A estos individuos se les daba el nombre de *amaxoaque*, atribuyéndoles la composición de la cuenta del tiempo, la astrología judiciaria y el arte de adivinar los tiempos.

Nótase en las pinturas, cierta forma angulosa; las figuras siempre de perfil y en general imperfecta, muy particularmente en los lienzos o tiras en que solamente se empleó la tinta negra, lo cual revela que esos signos, equivalen más o menos a las distintas formas hoy usadas en la escritura moderna; pero no es posible encontrar entre muchos individuos algunos que se distinguan por la belleza de estilo. Así pues, no debemos juzgar por escrituras o pinturas aisladas, la altura a que llegaron en este sentido los pobladores de Anahuac y además hay que advertir que no realmente pinturas ejecutaron, sino tan solo signos que formando caracteres mímicos o figurativos, simbólicos o trópicos; ideográficos o fonéticos, vienen en conjunto a dar el resultado de cuanto se proponían expresar.

Libro y papel tenían idéntico nombre: *amatl* formado y conservado el primero, en rollos o bien plegados, un dobléz a la parte inferior, otro a la superior alternativamente con dos tablas en las caras contrapuestas, lo que los hacia tomar la apariencia de los libros modernos.”³⁵

Al pintor se le decía *tlacuilo*; al cronista *xihuatlacuilo*, pintor de años o por años, al cronologista, *ceixiuhtlacuilolli*, pintor de historia año por año, y *cexiuhamatl*, papel o historia año por año, en lo que se observan dos marcadas divisiones (fig. 70).

Los colores empleados, dice el señor Orozco y Berra, con pocas excepciones, son el blanco, negro, azul, rojo, verde, amarillo, morado, en intensidades variables.

El contorno grueso y uniforme, siempre negro; los objetos de su natural color, aunque no siempre con verdadera exactitud. Las carnes de amarillo sucio para remedar el tinte cobrizo de la raza; se indica la persona muerta o enferma con amarillo pálido; los troncos de los árboles, las maderas y las tablas de las plantas, también amarillas, las hojas verdes, los puntos del color que piden; el agua azul y un algunos casos verde; verdes los montes, las flores rojas; los edificios

35 [Francisco Xavier] Clavijero, [*Historia antigua de México*], tomo I, pág. 367.

blancos, los trastos de barro amarillo, etc. Si se echan de menos las medias tintas y sombras, es porque los colores, así como los contornos, son convencionales; algo más, en muchos casos son elemento en el valor fónico de la figura. Siempre que un objeto, en un lugar de su color constante lleva otro diverso, este se tiene en cuenta en la descifración; el mímico *tepetl* va pintado de verde, y suena *tepec*, mas dado de negro, el sonido cambia en *tliltepec*, como prieto o negro.

El color rojo sacábanlo de la grana *nocheztli*; que se vendía en forma de panes; de menor clase era el *tlapalneztli*, o grana cenicienta. Con el *achiotl*, achiote, se sacaba el color de bermellón; mezclando las flores o semillas con la grasa del *cocus axin*. El *huiticuahuatl*, palo de Campeche o de tinte, suministraba un rojo negruzco; revuelto con alumbre, el color salía claro y hermoso. Colorado fabricaban con las hojas del arbusto *tezoatl*, hervidas con alumbre; también con la plancha dicha *tlaliac*. Amarillo claro [lo] obtenían del *zacatlaxcalli*; amarillo oscuro del ocre, llamado *tecozahuitle*, o del *xochipalli* mezclados con nitro. Del *xiquilitl*, o *xoquilitzahuac* añil, sacaban el azul turquí y claro; y del *matlal-xihuitl* el muy fino azul llamado *matlalli*; o los *texotli* y *xocohuic*, azul celeste. Para el blanco, servían el *tizatl* o *tizatalli*, tizate, semejante al blanco de España y el *chimaltizatl*, que calcinado, queda parecido al yeso. Tinta negra hacían del *nacazcolotl*, *huixachin* y otros ingredientes o de la planta llamada *tlaliac*; color negro de una tierra fétida, mineral, llamada *tlalihixac* o con el humo de *ocotl*, usado todavía. Con el amarillo de *zacatlaxcalli* y el azul de *texotli*, unidos al *tzacuatl*, formaban el verde oscuro, dicho *yapalli*; los matices del verde, de las mezclas diversas del amarillo y azul. La grana con alumbre da morado. El leonado provenía de la piedra que traían de Tlahuic, llamada *tecoxtli*, molida y revuelta con *tzacutli*.³⁶

Para dar consistencia y brillo a los colores se valían de varias gomas y resinas que indudablemente debieron ser de un origen excelente supuesto que las pinturas han llegado hasta nuestros días sufriendo más por el poco empeño con que se han visto, que por deterioro natural.

Los elementos para emplear el dibujo y la pintura, eran lienzos de algodón, textiles, diversas clases de papel, fibras de palma y pieles perfectamente curtidas.

Hablando del papel de maguey, dice Humboldt: “No solo el papel es la viña de los pueblos aztecas, sino que también puede reemplazar al cáñamo de Asia y la caña de papel (*cyperus papyrus*) de los egipcios. El papel sobre que pintaban sus figuras jeroglíficas los antiguos mexicanos, estaba hecho de las fichas de las hojas del agave, maceradas en agua, pegadas por capas como las fibras del *Cyperus* de Egipto, y de la morera (*Bronssonetia*) de las islas de la mar del Sur. He traído muchos fragmentos de manuscritos aztecas escritos sobre papel de maguey de tan diverso espesor, que los más parecen cartón, mientras los otros papel de china.

³⁶ [*Ibidem*], tomo III, págs. 306-[30]9. Clavijero, tomo I, pág. 368.

En efecto, el papel se hacía macerando en agua por algún tiempo las hojas; pencas del maguey; machabase para quitarle la parte carnosa hasta dejar completamente limpio el filamento al que se extendía por capas retenidas por un pegamento, y le daban el grueso que deseaban así como el tamaño, pues consta que en una fiesta especial que se hacía a Huitzilopochtli, ponían a este dios sobre unas andas y delante llevaban un lienzo de papel que tenía veinte brazas de largo por media pulgada de grueso.

Del árbol de *anacahuete* sacaban también papel y en Tepxotlan existía una gran fábrica a juzgar por lo que dice el doctor Hernández: “*Tepoxtlanicies provenit montibus, ubi, frequenter, interpolatur, ex ea paprus, fervetqueopificuna turba*” lo que demuestra que muchísima gente se ocupaba en la industria que terminó completamente con la irrupción de la conquista de los españoles, prestando después ese benéfico árbol los servicios de alimentos los hogares con fuego.”

Los libros según los conocimientos actuales, trataban sobre diversos puntos, como historia, cronología, genealogía, astronomía, geografía, propiedades, pleitos y tanto cuanto se relaciona con la vida y las costumbres de un pueblo civilizado.

Los historiadores no están contentos en la manera con que daba principio la escritura jeroglífica, pues unos asientan que partían de derecha a izquierda y otros que al contrario.

Fundando mi opinión en respetables autoridades, creo que lo mismo se practica de una como la otra manera y basta citar como ejemplo, la tira de la primera peregrinación azteca que parte de la derecha y el itinerario de la segunda que da principio en un ángulo superior de la izquierda, como se ve en los fragmentos que de una y otra incluyo en el capítulo VI.

Gran empeño se tomaba por el aprendizaje de la lectura y la escritura y a este propósito dice Acosta:

Es de saber que tenían los mexicanos grande curiosidad en que los muchachos tomasen de memoria los dichos parlamentos y composiciones y para esto tenían escuelas, y como colegios y seminarios, a donde los ancianos enseñaban a los mozos estas y otras muchas cosas, que por tradición se conservan, tan enteras como si tuviera escritura de ellas. Especialmente las naciones famosas hacían a los muchachos que se informan para ser retóricos y usar oficio de oradores, que les tomasen palabra por palabra, y muchas de estas, cuando vinieron los españoles, y les enseñaron a escribir nuestra lengua, los mismos indios las escribieron, como lo testifican hombres grandes que las leyeran.³⁷

37 [*idem*], lib. VI, cap. VII.

La escritura era forzosamente conocida entre sacerdotes, nobles y letrados, de los primeros, se dice que usaban caracteres simbólicos ocultos para representar los misterios de la religión.

Respecto a la importancia que se ha dado a la escritura jeroglífica mexicana, hay quién se atreva a juzgarla como obra de los frailes. Unos dicen, que no pasa de escritura pintada; otros se fijan en que los símbolos son sólo figurativos expresando un estado incipiente de arte y aún la llegan a comparar a los logogrifos.

Prescott dice: “los jeroglíficos servían de una especie de etnografía o colección de notas más insignificantes en realidad de la que parecían interpretadas literalmente y la reunión de estas, tradiciones orales y escritas.”

El célebre padre Casas agrega: “aunque no tenían escritura como nosotros, empero, tenían unas figuras y caracteres que todas las cosas que querían, significaban; y de estas, sus libros grandes por tan agudo y sutil artificio que podríamos decir, que nuestras letras, en aquello, no les hicieron ventaja.”

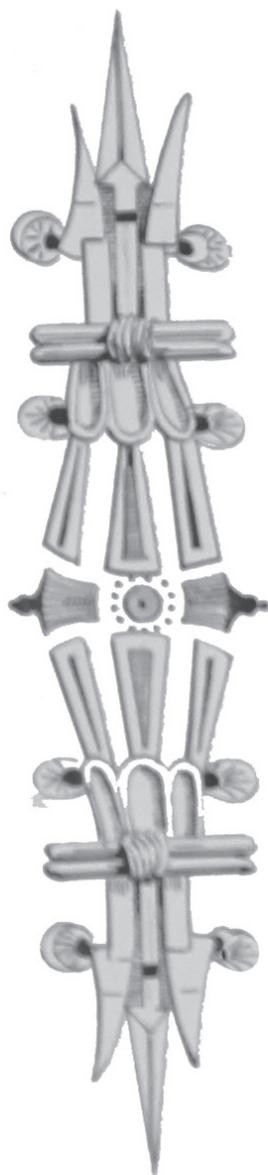
Yxtlilxóchitl corrobora diciendo: “los filósofos y sabios que tenían entre ellos, estaba a su cargo el pintar todas las ciencias que sabían y alcanzaban, y enseñar de memoria todos los cantos que conservaban, sus ciencias e historia.”

El mismo historiador asienta, que, para quienes entendían la escritura, era tan fácil y tan clara como la nuestra, y Torquemada, por último, afirma que eran “letras reales de cosas pintadas.

Grande fue la persecución que sufrieron las escrituras, muy atrás de la conquista, pues refiere de ellas Sahagún “que se quemaron en tiempo del señor de México que se decía Ytzcoatl, en cuya época los señores y los principales que había entonces acordaron y mandaron que se quemasen todas para que no viniesen a manos del vulgo y fuesen menospreciadas.”

El padre Durán en los propios términos refiere ese nefando crimen que más tarde fue imitado por fray Juan de Zumárraga, a quien en vano se ha pretendido absolver del cargo.

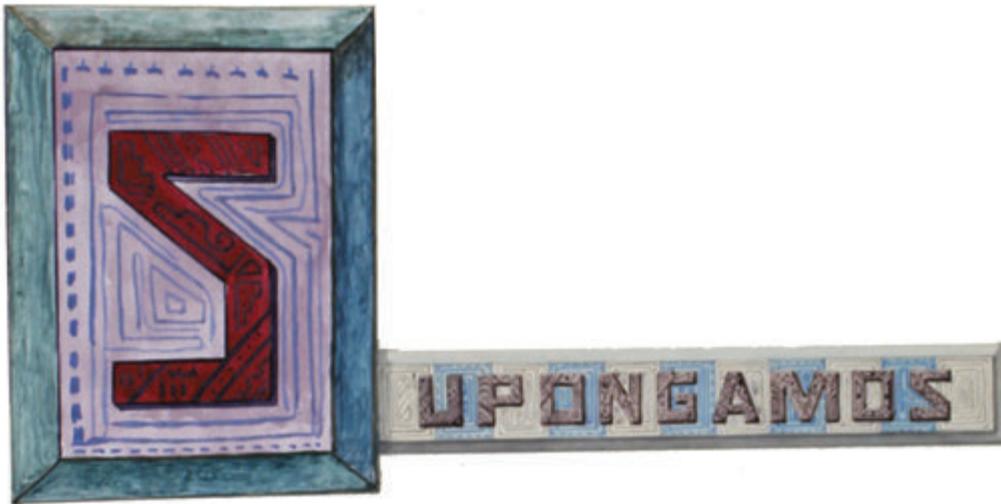
A su debido tiempo me ocuparé de la escritura jeroglífica relativa a la parte histórica y geográfica para que podamos juzgar de su importancia.



CAPÍTULO IX



[*La lucha por la vida. El fuego y las armas. Pesca utensilios. Agricultura. Othomits. Tolteca. Chichimeca y azteca. Instrumentos para labrar la tierra y sistemas de cultivo. Años fatales. El hambre. Piedra conmemorativa*].



al hombre prehistórico luchando por la vida y alimentándose de los productos espontáneos de la tierra. Creámosle vagando por inmensos montes y planicies cubiertas de multitud de frutos capaces de conservarle por largos años, casi al nivel de los irracionales; empero, como la inteligencia no permanece estacionaria, se desarrolla, se transforma, van poco a poco estableciéndose las ideas de progreso, formándose la perfección física y moral, hasta venir a erigirse en un estado perfecto de civilización, en que todos los agentes conocidos que nos rodean son aprovechados.

La lucha por la vida ha sido y será en todos los tiempos y en todos los pueblos el motor principal impulsivo a despertar la inteligencia para proporcionarnos la mejor y más cómoda manera de vencer dificultades apareciendo por ese motivo infinidad de grandes descubrimientos, los que tienden al mejoramiento social.

El fuego y las armas fueron en el hombre, seguramente, los primeros elementos de que se sirvió y para proveerse de ellos, tuvo necesariamente que luchar la inteligencia avivada por la necesidad [fig. 80-81].

El fuego es, a no dudar, el mayor de los descubrimientos, y hay que pensar en las grandes fatigas que se produjeron para conservarlo.

Con la propiedad, el hombre, de ese indispensable elemento, dio un paso gigantesco, porque sus costumbres necesariamente variaron, modificándose el medio de alimentarse; fue el principio de la cerámica; la luz para desvanecer las tinieblas y evitó los rigores del invierno.

Y el principio de ese elemento [¿]fue casual o acaso, las necesidades lo produjeron?

No sabré responder a esta pregunta, pero contrayéndome al objeto que me propongo, diré que, conforme a la historia, nuestros pobladores hacían uso de dos formas para obtener el fuego: era el uno, la frotación de dos leños, método usado en Australia, Tibet, Yndia, África, Tasmania, Kamstchatka y los canarios y el que refiere Sahagún³⁸ “sacaban la dicha lumbre de palo bien seco, con otro palillo largo y delgado como asta” el que emplean muchos habitantes de la Oceanía, y “consiste en un palo cómo el de las flechas, terminado en una punta roma, que da vuelta como un molinillo de chocolate entre las manos (que hay que levantar cuando se bajan demasiado) con la precisión y celeridad que sería necesario para hacer un agujero en un pedazo de madera colocado debajo, hasta que el serrín producido por el taladro entra en ignición.”

Las armas primitivamente usadas debieron emplearse contra los animales salvajes, y así de la rama desgajada y de la piedra arrojada con la mano, se pasó el hacha, después a la flecha que formada de una tira de madera resistente, atando en las extremidades una cuerda hecha de fibras vegetales o de pieles sin adovar o de tendones arrancados a un cuadrúpedo, formó una arma formidable que había de servir más tarde para defensa de la familia, la caza, y por último, destructora de la vida humana en las contiendas de pueblos contra pueblos; unas veces con justo derecho y otras por vanos caprichos o ambiciones.

Entre los pobladores de estas tierras se usaron armas de piedra que por su clase y caprichosas formas han llamado la atención. Hachas hay de cobre que atestiguan una civilización bastante avanzada; las que no solamente servían para caza y la guerra, pues también se empleaban y mucho para cortar madera y para usos industriales.

Provistos los aborígenes de los elementos principales, debemos creer que supieron aprovecharse de ellos y así por ejemplo tenemos al othomit dedicándose, aunque en pequeño, a la agricultura y la cacería, pues dice Sahagún “Su comida y mantenimiento, era el maíz, frijoles, axi, sal y tomates; usaban también por comida los tomates colorados que llaman xocotamales y frijoles cocidos, y comían perritos, conejos, venados y topos.”

Respecto de las tribus civilizadas se tiene noticia de que los tolteca, al llegar a estos sitios, mucho antes habían abandonado la vida turbulenta del cazador por la más adelantada de la

38 [*Ídem*], cap. II, pág. 260.

agricultura, pues sabían cultivar la tierra con esmero; sembraban maíz, chile, frijoles, legumbres y las semillas en el país conocidas. Se supone que el conocimiento de estas plantas era muy más antiguo que los tolteca; pero, a estos se les atribuye el procedimiento en la perfección en el cultivo.

Para la caza se valían además de la flecha, de algunas ingeniosas trampas en que se apoderaban de animales grandes y pequeños [fig. 82-83].

En la pesca usaban unos magníficos aparatos de los que hasta la fecha se emplean en algunos pueblos del norte del estado (figs. 84 y 85), formados de *otlatli*, tajándolo primero a la manera con que los chinos y japoneses labran el bambú para los abanicos, y formando dos secciones, una interior pequeña y otra exterior; le daban una forma cónica hasta convertirla en una especie de mosquero, de manera que el pescado que entraba era absolutamente imposible su salida, sino es, por el lado opuesto que se ataba. Estos aparatos o trampas se colocaban en ventilas que se dejaban después de formar en las corrientes de los ríos una trinchera de piedra aprovechando la corriente natural (84a).

Otra más sencilla, consiste en un armazón, también de *otlatli*, figura que da tan buenos resultados como la otra (85b).

En cuanto a los chichimecas, permanecieron por mucho tiempo en estado semisalvaje sin preocuparse absolutamente; las mayorías de la regularización del estado social, y en el reinado de Tlotzin-Pochotl se ordenó que todos los chichimeca se ocuparan de labrar la tierra, cultivando de preferencia el maíz y las legumbres para sustentarse, el algodón para vestirse.

Una gran parte prestó sumisión al mandato y el resto se retiró sin hacer armas a Metztilán y Tutopec, dando desde entonces principio a la formación del reino independiente de los citados pueblos, y continuando los habitantes del segundo, llevando una vida cuasi salvaje.

Entre los mexicanos, la agricultura alcanzó gran preponderancia y a medida que se verificaban nuevas conquistas, las tierras eran cultivadas, alcanzando ese beneficio a la mayor parte de los pueblos que durante muchos años hicieron vida nómada, pues por último, vinieron poco a poco adoptando todo el *modus vivendi* del centro de Anáhuac.

La agricultura, dice un historiador, entretenía gran número de brazos, careciendo de instrumentos de hierro, del buey, caballo y mula, que les aliviara sus faenas; suplían aquellas faltas por medio de la perseverancia y trabajo. Usaban de la coa para cavar la tierra; del *huixtle*, o pala para removerla; de hachas de piedra o de cobre para cortar los árboles y la madera; las demás faenas quedaban encomendadas a la fuerza del hombre, ayudados por las mujeres y los niños.

La población era mucha, y preciso era aprovechar todo el suelo útil así en la llanura cómo en las laderas de los montes. Los campos llenos de matorrales, eran preparados para la siembra, por medio del fuego, quedando libre al mismo tiempo que recibía abono con la ceniza. Este sistema es usado hasta el día, el que perjudica horrorosamente los montes, dándose el caso de que en una gran parte del distrito de Huejutla, hayan desaparecido, cegándose multitud de manantiales que favorecían con sus magníficas aguas a distintos pueblos.

Llegada la buena estación, el hombre, después de aflojar la tierra, hacía con la coa agujeros en línea recta de un linde al otro, repitiendo la operación por líneas paralelas hasta llenar la superficie, la mujer depositaba los granos en el agujero, tapándolo y apretándolo con el pie de la tierra. Crecida un poco la planta, le amontonaban tierra al pie, cuidaban de arrancar la cizaña, y cogida la cosecha en común, se quitaban las hojas y desgranaban las mazorcas; depositaban los productos en trojes o graneros; ya de madera, ya redondos de piedra y lodo, y con una abertura en la parte superior.

La experiencia les hizo conocer dos clases de terrenos para la siembra, el de regadío y el de temporal; el primero alimentado por las corrientes de los ríos; vertederos o cercano a los lagos, y el segundo, expuesto al ocaso y a la munificencia de un buen temporal de lluvias para alcanzar grandes cosechas.

Debieron sin duda tener sus padecimientos por la falta de agua en algunas ocasiones y uno de esos fracasos se recuerda por un jeroglífico, conocido hasta la fecha con el nombre de la piedra del hambre (fig. 86).

El señor Lic. don Alfredo Chavero hizo la traducción de ese interesante monolito y conjeturando sobre las partes destruidas dice:

Para concluir, haré, fundado en todo lo expuesto, una traducción continuada de la leyenda que está dibujada en esta piedra, advirtiendo antes que la cara número 5 debió tener en mi concepto el símbolo del emperador Moctecuhzoma, pues como los símbolos de los años correspondían a los que había de 52 en 52 años, para fijar el cielo muchas veces se acompañaba el jeroglífico del príncipe reinante. Entonces, pues, la piedra diría: “Bajo el reinado de Moctezuma Ylhuicamina (cara 5^a), comenzó la calamidad del hambre en el año 12 tecpatl, o sea 1452 (fig. 4a), la que llegó a su mayor grado en el año ce tochtli, o sea 1454, en que el conejo, símbolo del año, se dibujó devorando un gusanillo o yerbecilla, porque de eso sólo se alimentaron entonces los mexicanos (cara 3^a); pero al siguiente año, que fue el secular, que señala con el xiuhmolpilli (cara 2^a, letra z), y fue el de 1455, cayeron en abundancia las aguas (cara 2^a, letra x, y cara 1^a, letra x) las cuales fueron un gran don del cielo (cara 1^a).”

Esto último se figura haciendo salir el agua del centro del sol o del *teotl*, etc.

El señor Chavero se funda en el testimonio de varios historiadores y en efecto, entre otros, el que pinta aquella calamidad gráficamente es Clavijero, en los siguientes términos:

A la calamidad de la inundación sobrevino a poco la del hambre, pues en los años de 1448 y 1449 fue muy escasa la cosecha del maíz, por haber escarchado cuando todavía estaban tiernas las mazorcas. En el año de 1450 también se perdió la cosecha por falta de agua. En 1451, a más de haber sido el tiempo contrario, apenas había grano que sembrar por haberse consumido casi todo por la escasez de las cosechas anteriores, por lo que en 1452, fue tan grande la necesidad de los pueblos, que no bastando a socorrerlos la liberalidad del rey y de los señores, los cuales abrieron sus graneros a beneficio de sus vasallos, se vieron precisados a comprar lo necesario con su propia libertad. La mayor parte del vulgo mexicano se mantuvo como sus antepasados, con aves acuáticas, yerbas palustres, insectos y pececillos de la misma laguna. El año siguiente no fue tan malo, y finalmente, el año 1454, que fue el año secular, hubo una cosecha abundantísima, no sólo de maíz, sino también de legumbres y de toda suerte de frutos.



CAPÍTULO X



[*Huellas de remota civilización. Habitaciones olmeca y xicalanca. Ruinas del templo de Zacaontla. Casas de paja. Arquitectura tolteca. Edificios descubiertos por el autor. La antigua ciudad existe bajo ruinas. Elegancia de construcciones. Bajo relieve esculpido sobre roca*].



AGANDO

por montes y colinas, sin más elemento de vida y estabilidad que los proporcionados por la naturaleza misma, así debemos considerar a los primeros pobladores de esta región.

El viajero que se interne en la parte norte del estado de Hidalgo, encontrará a su paso infinidad de pruebas patentes de que en tiempos más allá de los que la historia ha recogido, tribus enteramente desconocidas debieron permanecer por muchos años habitando en las agrestes montañas de la sierra, teniendo por habitaciones las cuevas y las abras de las peñas.

Es un hecho perfectamente comprobado que toda irrupción ha propendido a enseñorearse de lo que pacíficamente, y por medio del trabajo, han adquirido otros. Así se explica, por ejemplo, que los olmeca o xicalanca se hayan apoderado de la parte que después llamaron Huapalcalli, cerca de Tulancingo.

Se encuentra en ese punto una prolongada sucesión de profundísimas cuevas (figs. 213 y 214) que quizá en un principio ocuparon los invasores, mientras construyeron sus habitaciones y colosales templos, que a su vez fueron sirviendo a los tolteca, chichimeca y azteca.

El olmeca y el xicalanca alcanzaron una extremada civilización para los tiempos en que habitaron en la gran porción del territorio del estado de Hidalgo hacia el norte de Pachuca y en Yahualica, Huitznopalla y Zacaontla. Encontré resquicios de magníficas construcciones tanto en casas como en palacios, sepulcros y templos.

Consérvanse las ruinas de un gran templo en Zacaontla y muchísimos sepulcros de los que obtuve muy buenos ejemplares de diversos útiles de uso doméstico.

Los othomit, llamados por los mexicanos otonca, termino despreciativo, precisamente por su manera salvaje de vivir, a lo más que llegaron en aquellos tiempos fue a guarecerse en chozas de paja. Sahagún dice: “su dios se llamaba Yocipa, al cual le tenían hecho un gran cú que era un jacal de paja muy atezada, cuya hechura solamente a su cú era dedicada, y nadie hacía casa de aquella manera ni forma; porque sus jacales en que vivían eran de paja no muy pulida ni a estos tales otomíes se les daba nada tener sus casas o jacales con sobrados.”

No igual cosa puede decirse de los chichimeca, no obstante el estado de salvajismo con que se presentaron, pues si bien es cierto que por muchos años permanecieron habitando las cuevas, también lo es que por la reacción natural, entraron más tarde por la vía del progreso.

Los metztilancalques en su reino independiente, copiaron con toda fidelidad las costumbres de los pueblos del centro, como lo veremos al hablar de sus dioses, astronomía y geografía, etc.

En cuanto a los tolteca, estoy seguro que difícilmente habría en aquella época pueblos que pudieran igualarlos en su elegante estilo de construcción. De esto me he persuadido prácticamente en las excavaciones que practiqué en los meses de septiembre y octubre del presente año de 1892.

Se dice respecto de la metrópoli tolteca que fue arrasada por la guerra y pocos restos se salvaron de la destrucción; así es en efecto. En mis investigaciones encontré perfectamente determinado el asiento de la antigua ciudad, proyectándose las calles tiradas a cordel (fig. 152) amplias plazas, sepulcros y dos grandes templos dedicados uno al sol, que afectó la forma cónica truncada, y el de la luna, en la de un medio círculo (véase el plano).

Hace algunos años que el señor Desideri Charnay, descubrió un famoso palacio y una gran habitación, uno y otro en opuestas direcciones. Allí terminaron sus trabajos.

Lo natural es que esos edificios no permanecieran aislados, y en consecuencia, siguiendo la proyección de los montículos, emprendí la obra de excavación a fin de convencerse de que positivamente guardaban aquellos montuosos escombros, los resquicios de habitaciones. Bien pronto pude convencerme de que no me engañaba, pues apareció la ruina de un vasto edificio (fig. 100 y plano número 1).

No satisfecho aun de gloria tanta, seguí en diverso rumbo y también logré lo ambicionado (fig. 101 y plano número 2).

En mejores días para la metrópoli tollana, debieron ser esas habitaciones suntuosísimas a juzgar por la magnífica distribución, como por el bruñido de las paredes, que semejan perfectamente al cemento romano, alternándose los colores blanco y rojo.

La ciudad abarca un inmenso perímetro, dividido en tres secciones; pero en la superior, habitada seguramente por la nobleza de la monarquía, es donde se hallan las más extensas habitaciones.

En los tiempos cercanos a la Conquista aún había pronunciadas señales de la ruina de aquella gran ciudad “entre las cuales, dice Sahagún, dejaron una que está allí, y hoy en día se ve, aunque no la acabaron, que se llama *quetzalli*, que son unos pilares de la hechura de culebra, que tiene la cabeza en el suelo por pie y la cola y los cascabeles de ella tienen arriba. Dejaron también una sierra o un cerro, que los dichos tultecas comenzaron a hacer y no la acabaron, y los edificios viejos de sus casas y el encalado parece hoy día; háyanse también hoy casas suyas primorosamente hechas, conviene a saber, pedazos de olla, o de barro, vasos, escudillas y ollas; sácense también de debajo de la tierra joyas y piedras preciosas, como esmeraldas y turquesas finas.”

Los trabajos en piedra son dignos de llamar la atención; en el Museo Nacional existen algunas columnas: son las más pareadas, monolíticas, labrado el fuste en dos porciones con una especie de nudos, llevando la segunda un pistón en la parte inferior; el resto del fuste es liso, terminando en lo alto por un adorno que se pudiera llamar el capitel, e inclinadas hacia delante en la parte inferior tienen el aspecto de algunas columnas egipcias (fig. 102).

Las otras están formadas por trozos, cilíndricas, labradas en la superficie de labores complicadas, bien comprendidas y perfectamente ejecutadas, ofrecen una notable particularidad: cada trozo termina en la cara superior por un cilindro pequeño, central y sólido, mientras la base inferior ofrece una perforación cilíndrica del mismo tamaño, embonando sucesivamente uno en otro, daban mayor estabilidad a la columna.³⁹

Respecto del templo consagrado a Quetzalcoatl, dice Sahagún, “tenía cuatro aposentos, el uno estaba hacia el oriente y era de oro en planchas, y muy sutilmente encalado. El otro aposento estaba hacia el poniente, y a este le llamaban aposento de esmeraldas y de turquesas, porque por dentro tenía pedrería fina de toda suerte de piedras, todo puesto y junto en lugar de encalado, como obra de mosaico, que era de grande admiración. El otro aposento estaba hacia el mediodía, que llaman sur, el cual era de diversas conchas moriscas, y en lugar del encalado, tenía plata, y las conchas de que estaban hechas las paredes, estaban tan sutilmente puestas, que no parecía la juntura de ellas. El cuarto aposento estaba hacia el norte, y este era de piedra colorada de jaspes y conchas muy adornado.”⁴⁰

Sigue el apreciable historiador describiendo otros edificios, que a ser un hecho que existieran tal cual los pinta, incalculable es la magnificencia con que se trataron los grandes señores de la nobleza tolteca.

39 *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística*, tercera parte. Tomo I, pág. 173 y sigs.

40 [*Ibidem*] *op. cit.*, tomo 3, pág. 107.

Como es de suponerse, no todas las clases sociales gastaban ese lujo, y hay que atenerse a lo que nos refiere la historia, esto es, que entre los nahoa ofrecían grandes diferencias las habitaciones, pues en los montes y campiñas las chozas de la gente infeliz, eran de ramas o carizos cubiertos de yerba o paja; en los pueblos, las paredes de adobe o de piedra y lodo, con los techos inclinados para dar corriente a las aguas y estos de tejamanil, zacate o pencas de maguey a guisa de tejas.

Entre los mexica o aztecas, alcanzó también gran auge la arquitectura, pero jamás hasta el grado de nivelarse con algunas naciones que les precedieron, pues por mucho que su gran templo fuera una gran obra, jamás pudo ni medianamente semejarse al de Xochicalco, ni al fastuoso palacio de Motecuhzoma, al de Mictlan o los de Palenque.

Más que artistas fueron los mexica acomodaticios, pues la enormidad de sus palacios parece fabulosa, solamente Atotonilco (Tollan) y Tepeyaco acudían anualmente con el tributo de cuatro mil cuatrocientas cargas de cal.

Los elementos de construcción empleados generalmente eran: chiluca, traquita, anfibolita; *tepetlatl*, tepetate, conglomerado poroso; tobas volcánicas y traquitas y el adobe.

En los pueblos se aprovechaba el elemento más fácil, según las circunstancias de las familias.

Desde los más remotos tiempos la escultura ha dejado imperecederas huellas de su existencia, quizá, porque el hombre por innato instinto forja a su sabor y según sus conocimientos e inteligencia dioses, a quienes atribuye fábulas de las cuales hoy nos burlamos como se burlarán más tarde quizá nuestros postreros de ciertas prácticas que se siguen, según el ritual de las diversas religiones que existen en el globo terráqueo.

Los ulmeca y xicalanca dejaron multitud de monumentos y esculturas magnificas, así como los chichimeca, los tolteca y los mexica. Lo comprobaré al tratar de los dioses, religión y culto.

En Tollan existe un bajorrelieve esculpido sobre roca dura (fig. 111) lo que representa dos personas con trajes muy parecidos a los orientales y en nada semejantes a los usados por los pueblos posteriores.

Poseo otro relieve (fig. 109) que se sirvió obsequiarme el señor don Vicente Vivanco, extraído de un sepulcro en el pueblo de San Marcos y el que figura una reina que se me antoja sea la representación de Xochitl, pues en un ángulo izquierdo de la piedra se ve una flor que determina el nombre de la persona. Este curiosísimo objeto lo debo a la fineza del señor licenciado don Miguel Domínguez, quien bondadosamente se sirvió cedérmelo (fig. 79a).

Otras dos piedras de gran importancia son el fragmento de la piedra del sol [fig. 149] y la piedra de la lluvia, de las que el señor Chavero, se ocupa en *México a través de los siglos*, y el señor Peñafiel en su monumental obra publicada en Berlín.

Esos interesantes monolitos se encontraban expuestos a la destrucción sirviendo en el piso de la iglesia parroquial de Tollan y aunque con algún trabajo, pude rescatarlos al desprecio de los ignorantes, con la esperanza de que sirvan de base para la formación de un museo en el estado de Hidalgo.



CAPÍTULO XI



[Algodón. Hilado y tejido. Modo de vestir de los othomits. Tolteca, chichimeca y mexi. Enormidad del tributo exigido en vestidos y mantas. Afeites y adornos. Joyas y piedras preciosas].



medio más económico que el hombre encontró en los primitivos tiempos para ocultar su desnudez, combatiendo los rigores del tiempo, fue hacer uso de las cortezas de los árboles o las pieles de los animales. Mas repito que la inteligencia no permanece en *statu quo*, y con la tendencia natural de rodearse el hombre de la mayor

suma de comodidades, con el transcurso de los tiempos, fue poco a poco avanzando, hasta el grado de convertir en lujo lo que es meramente una necesidad.

Sabemos de las primeras razas que habitaron estas comarcas, que vivieron por mucho tiempo en estado salvaje y en consecuencia, hay que suponer, que hasta después de mucho vinieron a descubrir la importancia del algodón, del hilado y del tejido.

El uso del algodón en América data de muchos siglos, y era totalmente desconocido en Europa. Herodoto menciona la planta refiriéndose a la Yndia, asegurando que los babilonios y los egipcios, se vestían de cáñamo y de lino, de manera que desconocían completamente el algodón.

La Atlántida terciaria, dice el señor Orozco y Berra, demostrada por la ciencia, nos dio pie para admitir la comunicación entre América y Europa, la corroboramos con la identidad de las armas de piedra; atendiendo ahora que los utensilios de cobre sólo guardan poca semejanza, y a las desemejanzas absolutas acabadas de notar, se puede aventurar con algún fundamento

que el puente de comunicación se rompió antes de la época en que los hombres prehistóricos americanos y europeos, pasaron del estado salvaje al de cultivador. Las comunicaciones con Asia, quedaron existentes todavía; de allí vino el cultivo del maíz, del pimiento, del frijol y del algodón.

En los túmulos de origen ulmeca que he descubierto (fig. 112) una gran variedad de malacates, *malacatl*, encontré, lo cual revela que no fueron ajenos al hilado y el tejido.

Ahora bien, surge una duda ¿con la importación y cultivo del algodón venía el conocimiento del hilado?

Los jeroglíficos que forman el índice para desvanecer ciertas dudas, nos presentan la semejanza entre los egipcios y los mexicanos (figs. 114-116) con alguna reforma, cosa muy natural, siguiendo las leyes del progreso.

De los othomit sabemos que entre los menos broncos o semisalvajes, según refiere un historiador “traían los hombres, mantas y *maxtiles* con que se cubrían las partes secretas, y andaban calzados con cotaras, y las mujeres traían enaguas y *uipiles*, que son sus camisas.

Las mantas que traían los hombres, eran buenas y galanas, y el calzado pulido, ni más ni menos las mujeres traían muy buena ropa, enaguas y camisas.”⁴¹

Los menos civilizados, eran muy afectos a imitar y consecuencia, procuraban ponerse los trajes que veían en los otros, aun cuando fuesen semejantes a los de grandes señores; pero lo llevaban de tal manera desaliñado que fue motivo para servir de risa entre los suyos y merecer el dictado de otonca, por los nahoa, terminó despreciativo equivalente a sucio. Las mujeres hacían otro tanto y si como esto no fuera bastante para presentar un aspecto ridículo pretendían quedar más hermosas, se ponían plumas en los pies, piernas y brazos; dábanse un betún en la cara con un color amarillo y luego negro. Las viejas se cortaban el pelo de la frente, se emplumaban como las jóvenes y tenían de negro los dientes, vistiéndose a la par que estas.

Cuadro más risible y espantoso apenas puede imaginarse.

Los tolteca, como siempre distinguiéndose en todo y por todo.

En los primeros tiempos dice Yxtlilxochitl, vestían “unas túnicas largas a manera de los ropones que usan los japoneses, y por calzado traían unas sandalias, usaban unas a manera de sombreros hechos de paja o de palma.”

41 [Fray Bernardino de] Sahagún, [*Historia general de las cosas de Nueva España*], tomo III, pág. 125.

Intencionalmente he citado al pie de la letra la relación de tan competente como autorizada persona, porque en las excavaciones que practiqué en la antigua ciudad de Tollan, apareció a gran profundidad entre fragmentos de osamenta humana un muñeco de barro (fig. 88) que muchas personas que lo han visto lo tienen por moderno, pues aseguran *ex-cathedra*, que ni los tolteca usaron ese traje, ni mucho menos sombrero. Juzgar *a priori* es muy común entre los que sin saber muchas veces de lo que tratan, con todo el aire de sabios emiten opiniones, cual lo hiciera el más experimentado maestro.

Además, los personajes que en relieve aparecen en la roca a que hice referencia en el capítulo anterior, llevan en la cabeza una especie de turbantes terminados en largas y flotantes plumas, una capa corta a la espalda y el cuerpo adornado con ciertas piezas semejantes a las de los guerreros de Ytza (fig. 111).

El señor Orozco y Berra, vio alguna vez una figura procedente de Palenque con sombrero de copa y ala angosta, tocado mismo que se advierte entre las pinturas de Chichen.⁴²

Posteriormente adoptaron el traje de los habitantes del valle, el que en el verano consistía en el *maxtlatl*, para cubrir la honestidad; es una manta cuadrada pendiente por medio de un nudo, de un hombro; y en el invierno, usaban un sayo sin mangas, del cuello a la rodilla, *cactli* o sandalia. Las mujeres llevaban el *huipilli*, enaguas de colores y cutaras. Para salir a la calle, se ponían el *toxquemil*, que consistía en una especie de capillo de fraile, aunque llegaban hasta las corvas.

Los sacerdotes usaban unas túnicas blancas con capillas; el cabello trenzado sobre las espaldas, descalzos generalmente; pero en el templo solían calzarse y siempre cuando tenían que caminar.

Entre los mexica o aztecas, diferenciaba mucho el traje según las clases sociales que en muchas se dividían, y era de régimen según la categoría llevar la ropa de tal o cual manera.

Al plebeyo, según las leyes, sólo se le permitía usar vestidos de algodón, tejido burdamente de fibras de una especie de palma o de ixtle de maguey.

Entre la nobleza desplegaba el lujo secular y no era extraño entre ella la moda.

La capa de figura cuadrangular se ataba por dos puntas sobre el pecho o por el brazo izquierdo, cayendo más abajo de las rodillas. Las había de lujosos bordados, formando grecas, franjas de matices o figuras de animales; para los sacerdotes, negras con adornos de plumas o pelo de conejo.

⁴² *Op. cit.*, tomo III, pág. 27.

Los nobles llevaban dos o tres *tilmatli* y en invierno las capas cuajadas de vistosas plumas salían a lucir, prefiriéndose los colores más encendidos como el rojo carmesí, verde y azul. El *maxtlal* consistía en una ancha banda también ricamente bordada, la cual se enrollaba en la cintura cayendo atrás y adelante las puntas. Las sandalias o cutaras de piel de venado, sujetas por largas correas.

Usaban las mujeres el tradicional *huipilli* pero no uno sólo sino tres o cuatro de mayor o menor, luciendo así una sucesión de magníficos bordados. De la cintura abajo una falda sujeta por una banda que llegaba hasta el tobillo.

Ni hombres ni mujeres usaban en la cabeza algo para cubrirla.

Acerca del vestido, las leyes suntuarias prohibían entre los mexicanos usar mantas labradas o de colores al que no había dado pruebas de su valentía en la guerra. Los no principales no podían atar sus cabellos, hasta después de haber matado o cautivado a cuatro hombres.

Usaban los reyes distintos trajes según las ceremonias y Torquemada asevera los siguientes: “manta blanca y azul, llamada *xiuhtlilmatli*, que era a manera de la púrpura real; al visitar los templos de blanco, en las solemnidades y fiestas, variaban los colores según la etiqueta; en ocasiones públicas se proponía el *capalli*, corona o diadema, de oro y piedras preciosas, blanca y azul como la manta. Los príncipes vestían de *ichitli* o pita como los *macehualli* o plebeyos, sino habían salido a la guerra; cuando se habían ya distinguido, su traje era blanco con cenefa de colores.”

Respecto del traje de los guerreros hablaré de él a su tiempo, pues la variedad entra en el orden seguido en el arte militar distinguiéndose por la forma y colores la categoría de jefes y simples soldados.

El tributo exigido a varios pueblos respecto de vestidos, era sumamente exagerado pues según aparece en la matrícula se entregaban: 166 *quimille* (lío envoltorio) lo cual hace subir a la cifra de 1,328.000; 72,000 *maxtlal*; 92,000 *huipilli* o camisas; algodón en greña 4,000 cargas.

Las telas producidas por los tejedores eran de algodón; algodón con plumas o pelo de conejo, o de pita.

Hernán Cortés refiriéndose a la clase de hilados, tejidos y bordados, dice en una de sus cartas:

[A]demás de esto me dio el dicho Mutezuma mucha ropa de la suya, que era tal que consideraba ser toda de algodón y sin seda, en todo el mundo no se podía hacer ni tejer otra tal, ni de tantas ni tan diversos naturales colores, ni labores, en que había ropas de hombres y de mujeres muy

maravillosas, y había paramentos para camas, que hechos de seda no se podían comparar, y había otros paños como tapicería que podían servir en salas y en iglesias: había colchas y cobertores de camas, así de pluma como de algodón, de diversos colores, así mismo muy maravillosos; y otras muchas cosas que por ser tantas y tales no las sé significar a vuestra majestad.”

En cuanto a los afeites y adornos, encontramos en todas las épocas y en todas las naciones una inmensa variedad.

Un collar de huesos con una cuenta de nefrita (fig. 10) la encontré en un sepulcro de origen ulmeca que descubrí en Yahualica.

Otro de cuentas redondas y figuras de barro cocido (fig. 204) en Tollan, lo que demuestra que el valor de los objetos pertenecía a la gente del pueblo, pues los grandes señores usaron joyas de grandísimo valor a juzgar por las noticias que tenemos de ese género de industria.

Torquemada nos hace saber que las piedras remitidas a España en los primeros días de la Conquista, “llenaron de admiración a los curiosos, juzgándolas inimitables los plateros de Sevilla.”

Pocos son los ejemplares que vemos entre nosotros y de cuando en cuando solemos admirar una de esas reliquias, como la muy valiosa que el señor don Carlos R. Michel, obsequió al entendido anticuario señor doctor don Antonio Peñafiel, consistente en un primoroso anillo de oro encontrado en la inexplorada ciudad de Yahualica.

Los plateros conocían el uso del crisol para la fundición de los metales y los moldes para dar forma a las figuras representan al platero y su discípulo, distinguiese el brasero de fuego y el símbolo del oro labrado; tiene el artesano en una mano una varilla con que remueve el metal en estado ígneo y lleva a la boca un soplete con que aviva el fuego (fig. 123).

El cobre fue el primer metal que se empleó tanto en dijes y adornos como en instrumentos de labranza y de guerra.

De gran importancia debió ser la industria joyera que solamente el primer regalo que Moctecuhzoma entregó a Cortes en oro, piedras y plumas, fue valuado en la cantidad de ciento sesenta y dos mil pesos de oro.

Las piedras más estimadas eran el *chalchihuitl*, fluoruro de *calcium*, verde, no muy transparente, con manchas blancas, usábanlo los nobles en cuentas ensartadas en hilos, atadas como pulseras, estando prohibido el uso entre los plebeyos; el *quetzalchalchihuitl*, muy verde transparente y sin manchas; el *tlilayotic*, verde con vetas negras; los *teoxihuitl* o turquesas destinadas

exclusivamente para los dioses; el *tlapalteoxihuitl* o rubí, el ópalo, llamado *quetzalitzepiollotli*; *tehuilotl* o cristal de roca y ámbar.

Los mexicas usaban pendientes en las orejas y en la nariz; collares, pulseras y ajorcas en brazos y piernas, de oro con piedras, conchas y perlas.

En la *Matrícula de tributos* aparece una inmensa cantidad de objetos de gran precio con que contribuyeron los pueblos y en un sólo año constituían una fortuna. Al tratar de las costumbres públicas y privadas, veremos cuál era el uso de esas riquezas en los grandes y en los plebeyos la manera de presentarse.



CAPÍTULO XII



[*Alimentos. El maíz y su antigüedad en América. Pan de maíz o tortilla, cómo se confecciona. Provisiones en la cacería y la pesca. Legumbres y frutas. El cacao y sus usos. Bebidas simples y embriagantes. El metl o maguey. El octli o pulque. Modo de confeccionarlo. Se atribuye su descubrimiento a los olmeca y xicalanca. Xóchitl su leyenda. Otros servicios que presta el maguey además del pulque. La alfarería. Alumbrado*].



CONSTITUIDO

el hombre bajo un régimen social, construyendo confortables habitaciones y cubriendo su desnudez con más o menos decoro, justo es que le creamos avanzando también en el modo de subvenir a las necesidades de la vida.

Ha consistido siempre, entre los indígenas, como principal elemento, el maíz, de cuyo cereal voy hasta donde me sea posible averiguar su origen.

Se sabe que cuando el descubrimiento de la América por Colón, el maíz se cultivaba en Haity, que es de donde toma el nombre (corrupción de la palabra *mahy*) pues los mexicanos le llamaban *tlaolli*, y estos por traducción sabían que los tolteca lo introdujeron, mas como los othomit, con todo y ser un pueblo errante y bárbaro, lo sembraban, da por resultado que es de historia mucho más atrás de la que se le supone, porque fueron anteriores a las razas históricas. Cranfurd en su obra sobre el archipiélago de la Yndia, dice que el maíz que tiene una denominación (que no le han dado los extranjeros) es a saber: *jeigang* en malayo; y *javanala* en sanscrito, se ha cultivado en este archipiélago antes del descubrimiento de América; y se pregunta si la raza malaya o de la Polinecia, en tiempos más remotos que la llegada de los europeos, el maíz y el plátano se exportaron de la Asia a la América.

Reasumiendo y conforme a la creencia que he emitido, respecto de las comunicaciones con el Asia, no cabe duda de que de allá proceden el maíz, el chile, el frijol y el algodón.

Parece que según los climas y estado de las tierras, el maíz se da con más o menos abundancia, pero el que se produce en las zonas calientes es de menos duración que el de las templadas y las frías. Lo hay amarillo, rojo, azul, morado y blanco.

La mujer fue y ha sido hasta la fecha, la que elabora el pan de maíz, tortilla, valiéndose del siguiente sistema: en bastante agua se pone en una olla al fuego, agregándosele una poca de cal viva; después de un ligero cocimiento se deja enfriar; se lava y se procede a molerlo en el *metatl*, piedra dura de cuatro lados; la cara superior algo cóncava y descansa en tres pies; uno en la parte posterior y los otros de menor tamaño para darle una regular inclinación hacia delante. Con un rodillo llamado *metlapilli*, se tritura el grano y después de dos o tres pasadas con que la masa se afinó, procede a extender pequeños trozos con las manos, hasta formar un círculo de 10 a 15 centímetros, por cinco milímetros de espesor para colocarla sobre un disco de barro cocido, llamado *comalli*, puesto sobre unas piedras, entre las cuales se alimenta el fuego con delgados fragmentos de madera o carbón vegetal (fig. 73).

Este pan ha constituido y constituye aún entre los indígenas de aquella época y los de hoy y clases menesterosas, el principal elemento de vida.

Síganse al maíz como indispensables el frijol y el chile, pues fuera de estos tres artículos cualquiera otro significaba regalar al gusto y al paladar.

Tanto en la flora como en la fauna sobran elementos, y de ellos citaré los siguientes. como más conocidos y explotados.

Proveíanse en la cacería, de venado, jabalí; *ixcuintepotzotli*, perro jorobado; *tepezcuintli* o perro montes; *xoloitzcuintle*, perro paje mayor que los otros; estas especies se han agotado; el conejo, la ardilla, la tuza. Entre las aves ocupa el primer término el *huexolotl* o *totolin*, guajolote o *galli*, pavo llamado por los españoles; la codorniz, *zolin*, agachona, carpintero, patos, garzas, gallinitas, chichicuilotte, etc.

En cuanto a peces los tenían en sobrada abundancia, en los muchos ríos que cruzan al estado, como el bagre en el Tollan; la trucha, el bobo, la lisa y la acamaya por el rumbo de Yahualica, Huitznopalla, Zacaontla y demás poblaciones que existieron y existen.

En los lagos abundan el *axolotl*, pececillos pequeños, la rana y el renacuajo.

La sal se importaba de los pueblos situados cerca de los mares y en el valle de México se explotaba de los lagos, como hasta la fecha acostumbran hacerlo y le denominan sal de tierra.

Frutas de exquisito gusto abundan en todos los climas y entre las más notables se distinguen el aguacate, el chico zapote, zapote negro y zapote blanco, mamey, anona, chirimoya, zapote chico de cuya madera labraban los arcos para las flechas, el tejocote, etc.

De bulbos y tubérculos hacían provisiones abundando el *cacomitl*, *camotl*, y xícama.

El cacao tenía dos usos, uno importante, pues servía como moneda en los mercados y el de contentar el gusto preparándose una bebida que en los banquetes y grandes fiestas era celebrada, pues debe suponerse que solamente los grandes señores podían tomarse el lujo de ofrecerla pues su costo lo ponía fuera del alcance de los pobres.

“El chocolate, dice Sahagún, tal como ahora lo usamos, no era conocido de los indios; lo que ellos tomaban, venía a ser lo que hoy llamamos cacao frio o espuma del cacao y que aún se vende en los tianguis o mercados de los pueblos. Mezclaban con el cacao varias yerbas, especias, chile, miel, agua rosada, granos de *pochotl* o ceiba, y especialmente maíz. Conocían varios métodos para preparar la bebida; pero siempre en frio; y así se tomaba.”

Lo general era moler el cacao y demás semillas, diluir la pasta en agua, separar una parte y ponerla en mayor cantidad de agua, batir el líquido y pasarle varias veces de un vaso a otro, dejándolo caer desde alto, para que formase espuma.

Aprovechaban para endulzar algunas bebidas la miel de aguamiel del maguey. La operación es sumamente sencilla para obtener esa miel; basta que se ponga el líquido en una olla en la lumbre y después de una media hora a lo más se obtiene el resultado dándosele el punto de espesor que se quiera.

En los mercados se vendía la miel de abejas y la cera, así como la miel que sacaban de la caña del maíz.

La miel se aplicaba para distintos usos, muy particularmente para la fabricación del *pinolli*, *atolli*, *tamalli*, *chian* y cacao.

La bebida principal la constituía de *octli*, hoy pulque, sacada del maguey, *metl*. Los antiguos dieron a la bebida el nombre de pulcre, que no es palabra española ni mexicana, sino perteneciente a la lengua araucana que se habla en Chile, en la que pulque es el nombre general de las bebidas embriagantes. Cómo pasó a México la palabra, se ignora totalmente.

Conforme a un estudio, que del agave y sus productos hizo el señor doctor don José Guadalupe Lobato, consta que hay diez y nueve especies de esa planta con catorce variedades, las que en general prestan cada una el servicio a que está destinada.

La llamada feria, es la que produce el mejor pulque. Para lograr el líquido se procede así: cuando el maguey ha llegado a su completo desarrollo, antes de la inflorescencia, se arranca el cono central de las hojas, dejando en su lugar una cavidad, en la cual viene a recogerse el *cambium*, líquido y blanquecino, compuesto de agua, azúcar y gluten en suspensión; esto es lo que se llama aguamiel.

Dos veces al día se extrae el aguamiel por medio del *acocotli*, durante la cosecha, de cuatro a seis meses; a cada estación se raspa la cavidad, la cual se ensancha y profundiza hasta que la planta se agota y muere. El aguamiel es conducido a las oficinas; se les deja fermentar, añadiendo una cantidad de otra ya fermentada que llaman pie o semilla, obteniéndose a poco tiempo el pulque. Llamase tlachique al pulque poco fermentado y fino al más fuerte.

La invención del pulque se atribuye a los ulmeca y xicalanca; los mexica en su peregrinación, tomaron de los chalca el cultivo del maguey y la leyenda de la bella Xóchitl la da a ésta hacia el fin de la monarquía tolteca, como lo veremos más adelante.

Además de este, presta el *metl* otros importantes servicios; las hojas se emplean en techos para las habitaciones de los pobres; para la fabricación de papel; las flores, cuando se desarrolla el bordado, sirven de alimento y aun el mismo bohordo, asado, es un refresco magnífico. Se confeccionan también tortillas con la parte carnosa y blanda de las pencas, unida al maíz, y del pulque destilado en alambique se produce un aguardiente llamado mezcal.

Produce al mismo tiempo la pita, con la que los indígenas tejen ayates y fabrican cordeles, etc.

Para otros muchos usos se emplea la planta en la industria y como medicina en varios casos.

Otro género de bebidas se fabricaba como por ejemplo, una de maíz, puesto a germinar y hervido después con agua, llamada por los othomit *sendechó*.

Un medio de embriagarse era del tomar los *tenanacatl*, hongos divinos, amargos y desagradables, mezclados con miel de abejas. Producían una especie de locura.

Varias mezclas de ese género usaban los llamados hechiceros o adivinos para hacer males por paga.

El arte de la alfarería alcanzó entre los antiguos un distinguido lugar pues fabricaban trastos de gran mérito, no solamente para el uso común, sino como adornos, urnas cinerarias, vasos alegóricos, religiosos, etc.

Los alfareros conocían el torno, pero no el vidriado; no obstante la pintura lo sustituía con ventaja, pues existen hoy objetos encontrados en los sepulcros o en las antiguas habitaciones, primorosamente ejecutados, y con pintura de negro, amarillo y rojo (Figs. 139-140).

Este arte, sin exageración estaba mejor representado en aquellos tiempos que en los actuales.

Los mercados se verificaban en las poblaciones, de cinco en cinco días y acudían comerciantes de todo género. Llamábanse *tianquistli*.

El comercio se hacía por medio del trueque o cambio; por el cacao que representaba la moneda, o polvo de oro, encerrados en cañones de pluma transparentes.

“El alumbrado consistía en rajas delgadas de pino resinoso llamado *ocotl*, encendidas por un extremo y fijadas por el otro en lo que podemos llamar candeleros: arden poco a poco, dan buena luz, aunque es precioso separar con frecuencia la parte ya carbonizada, lo que equivale a despabilar; pero en cambio produce un humo espeso que se llena de hollín techo y paredes.”⁴³

Estos son, aunque no en grado completo, los elementos de vida con que contaban los antiguos indígenas, que nada son al lado de los que podía disponer un monarca por pequeño que fuera el señorío; pero el pueblo siempre ha de pagar con grandes sacrificios el boato y las locuras del magnate.



43 Bernal Díaz del Castillo, [*Historia verdadera de la conquista de Nueva España*] cap. 178.

CAPÍTULO XIII



[*Costumbres privadas. El matrimonio entre los othomits. Repudio. Tatuaje. Los tolteca. Los chichimeca*].



EMOS

visto a las distintas razas que habitaron allende los siglos, los pueblos que hoy forman el estado de Hidalgo, según los progresos que la necesidad y la ley natural indican.

Provistos de la mayor parte de los elementos de vida, justo es creer que en el hogar también las costumbres salvajes se morigeren y se busque la mayor manera de regirse y ser regidos.

Demos una ojeada respecto de las costumbres privadas.

Observase entre los othomit que los varones siendo aún de menor edad, se casaron y lo mismo las mujeres, costumbre que aún subsiste, pues he visto matrimonios en que el hombre no llegue a los catorce años y la mujer a los trece. Si las jóvenes llegaban a la madura edad sin haber tenido hombre que las solicitará en matrimonio, para que no le pasase la edad sin tener hijos, los padres la daban a los señores que gobernaban, o les ponían marido con quien unirla. Era usanza entre ellos el juntarse con las solteras; cesaba aquel abuso después del matrimonio. En la primera noche de las bodas, podía el marido repudiar a la mujer, más dándose por satisfecho no podía ya abandonarla. Ratificado así el consorcio, hacían reiterada penitencia por veinte o treinta días en satisfacción de sus pasadas faltas.

El othomit fue derrochador de los principales bienes con que contaba. Cuando el maizal estaba crecido y las mazorcas comenzaban a desarrollarse, las cortaban para comer o cambiarlas por carne, pescado o por pulque. Igual cosa hacían con otro género de gramíneas que sembraban, de manera que cuando en otros puntos se levantaba la cosecha, ellos carecían por completo de maíz y si algo lograban recoger, enseguida hacían tamales y otros guisos convidando a sus vecinos a comer, dando pronto fin con los productos del suelo, concluyendo después

con alimentarse, recogiendo yerbas, tunas y raíces. “Decían que sus antepasados habían dicho que este mundo era así, que unas veces lo había de sobra y otras faltaba lo necesario.”⁴⁴

En su manera de ser no desatendían la educación de la juventud: había los sacerdotes que llamaban *tlamacozque*, los cuales criaban y doctrinaban a los chicos en un lugar especial, enseñándoles a hacer penitencia que consistía en sangrarse de los labios y muslos con puntas de maguey. Velaban durante la noche; en tiempo de fríos se lavaban y con frecuencia ayunaban.

Era costumbre que los muchachos se raparan dejando solamente un pequeño mechón de cada lado; se perforaban la nariz y el labio para ponerse colgajos de hueso, piedra, barro cocido o de plata, oro y piedras finas, según la posición de la familia, uso que se extendía a todas las edades.

Los hombres llamaban *piocheque* a la parte de pelo hacia atrás que lucían después de recortarse de la frente hasta la mitad de la cabeza.

Las mujeres, cuando niñas, las rapaban; de jóvenes, dejaban crecer el pelo llevándole siempre suelto.

En ellas era muy usado el tatuaje azul en diversas partes del cuerpo, pintándose todo género de figuras.

La mayoría del pueblo se le ha conservado como holgazán y perezoso mientras que contaba con lo necesario para vivir y después de consumir toda su hacienda, echaba a andar por los montes dedicado a la cacería de venado, conejo, codorniz, liebres, etc., de lo que una parte aprovechaba para la familia y la otra cambiaba por pulque, embriagándose continuamente.

Llegándole a faltar el alimento de la cacería, poco le daba comer lagartijas, culebras, ratones y todo género de sabandijas.

Los tolteca, entre los reyes, tenían solamente una mujer legítima y si enviudaban no volvían a casarse, guardando castidad hasta la muerte. Si el hombre moría antes, heredaban la mujer y los hijos legítimos el trono y tampoco esta podía casarse.

Entre la gente del pueblo, solamente podían tener una sola mujer; pero quedaban en libertad de casarse dos y tres veces.

Comían dos veces, una al medio día, y otra en la noche; dormían poco y viajaban mucho, entregándose al descanso al caer la tarde.

44 Sahagún, tomo III, pág. 127.

Morigerados en sus costumbres, amantes de la familia y del hogar, el que solía tener armas, las empleaba en la cacería.

De buena índole, eran enemigos de la guerra, de la mentira y del engaño, sobresaliendo de todas las naciones por su pulido trato, esmerada educación y apego al trabajo.

Al llegar los chichimeca como antes he dicho, se presentaron en estado salvaje y por mucho tiempo siguieron una vida vagabunda constituyendo su alimentación varios géneros de cactus y yerbas. Cazadores por costumbre, perseguían el venado por la huella, al conejo y otros animales del campo y sin que se les escapara la víbora ponzoñosa para aprovecharla también como alimento.

Usaban el cabello cortado sobre la frente, el resto lo dejaban crecer tendido sobre la espalda. En tiempo de guerra, los jefes se coronaban con una guirnalda de roble, con una pluma de águila en la parte posterior, mientras en la paz, era de laurel con plumas verdes finas; los demás ceñían la cabellera con yerba llamada *teoxochitl*, flor divina, con *pachtli*, heno.

Los chichimeca no eran polígamos y respetaban el parentesco para contraer matrimonio.

Las costumbres fueron morigerándose poco a poco y si los que rehuyeron en tiempo de Quinatzin al trabajo de sembrar el maíz y el algodón emigraron para Metztitlan, formando su independencia, les juzgamos en el mismo estado, no hay que admitirlo, pues al verificarse la conquista por los españoles estaban a la misma altura de civilización que los mexica.

La fracción que fue a establecerse en Tutotepec, Tuto, siguió cultivando el salvajismo y en nuestros días se muestran reacios a obedecer las leyes.

Remontada en las más agrestes sierras del estado de Hidalgo y con el contacto de los broncos othomits, refinaron sus vandálicos instintos.

El gobierno ha emprendido, últimamente, una verdadera cruzada en aquellos puntos para establecer la civilización, abriendo planteles de enseñanza, donde quizá la juventud llegue a emprender el inmerso bien que le resulta y se haga digna de la protección que se le imparte.

Después del othomit, el mexica llegó a dominar una gran parte de los pueblos de esta entidad, inculcando sus creencias, religión y costumbres, de manera que con mayor amplitud trataremos de estas en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XIV



[*Costumbres privadas entre los mexi. El matrimonio. El bautismo. Primera educación de la juventud. Instrucción secundaria. Castigos*].



PARA

alcanzar medianamente a describir las costumbres de los mexica o azteca, obra es de emprender un laborioso trabajo que llenaría muchos volúmenes y aun los historiadores que más se distinguen como minuciosos en el detalle, mucho han dejado por explicar concretándose a ligeros apuntes.

Muy a mi pesar tendré que hacer ligeramente un bosquejo, empero apuntado lo que más de importancia tenga para este enciclopédico estudio. El matrimonio, como todos los actos de los mexica, estaba rodeado de un ceremonial que conforme el rito y en las leyes era indispensable seguir.

El hombre estaba en aptitud de casarse entre los veinte y veintidós años, lo cual era obligación hacerlo, y el que descuidaba en los seminarios dar el aviso, era compelido por los superiores y rehusado el matrimonio, quedaba obligado a perpetua continencia y ningún padre le daría a su hija en castigo, quedando señalando como soltero pernicioso.

Esto demuestra que había un profundo respecto al matrimonio y sin embargo, se trasgredía la ley, tolerándose las relaciones ilícitas, muy particularmente entre los hijos de los nobles quienes dirigiéndose a las madres, pedían a los jóvenes para hacer vida común. A estas jóvenes, se les daba el nombre de *tlacallalcahuilli*, persona dejada o abandonada de sus padres; pero naciendo un hijo de aquella desautorizada unión, el hombre tenía la obligación de casarse o devolverla a su familia perdiéndola para siempre. Si la manceba había vivido con el hombre sin consentimiento de sus padres, llamase *temecauh*, durando la unión avoluntad de ambos, y si llegaba a casarse, tomaba el nombre del esposa *cihuatlantli* o *nocihuauh*.

Cuando un padre reconocía en su hijo las facultades competentes para el matrimonio, juntaba a los parientes para manifestarles que pretendía casar al mancebo, lo que se aceptaba generalmente sucediéndose repetidos discursos en que menudeaban los consejos entre suspiros y lágrimas, lo que era muy común en aquellas gentes que todo lo acompañaban de ceremonias hasta en los actos más triviales de la vida.

Elegida la doncella, el primer pasó era consultar a los adivinos o astrólogos si la unión sería feliz. Si el vaticinio era bueno, se procedía al ritual de la solicitud; de lo contrario, se abandonaba la pretensión.

En el primer caso, dos de las parientas del novio, de las más caracterizadas, solicitaban de los padres de la doncella el consentimiento, que de costumbre era negado y a los pocos días se retiraba la solicitud, que causaba definitiva, pues si el padre repetía su negación, quedaba todo en tal estado y si aceptaba, se reunía en conclave con los suyos para discutir y a los tres días, los ancianos encargados por la familia del novio, volvían por la resolución afirmativa que recibían con muestras de contento y regresaban en compañía del padre de la novia para participarlo al del novio.

Los adivinos estaban encargados de señalar el día del matrimonio, que debía ser en *acatl*, *ozomatli*, *cipactli*, *cuauhtli* o *calli*. Las que se encargaban de ajustar el matrimonio, quedaban con el encargo de pactar los bienes que cada uno de los contrayentes debía llevar.

La ceremonia del matrimonio encierra detalles que por su originalidad voy a relatar.

Preparábanse un gran convite para el día de la boda al que concurrían los parientes y amigos de ambos contrayentes llevando cada uno algún obsequio [fig. 145].

En la casa de la novia, varias doncellas acudían, la bañaban, componiéndole el pelo y con ropas nuevas enteramente, la vestían, aderezándole plumas coloradas en los brazos y piernas, y en la cara le ponían marmajilla o polvos amarillos.

Seguíase una letanía de discursos que cada uno de los ancianos que llegaba le dirigía, llenos de buenos consejos.

Al caer la tarde, los amigos del novio se dirigían a la casa de la futura, demandándola ya una mujer destinada al efecto, la cargaba a la espalda en una manta conduciéndola entre una procesión de doncellas que alumbraban con *ocotl* a la casa del mancebo, donde al llegar a la puerta se ponía en pie y el novio salía a recibirla sahumándola, lo que ella correspondía en el acto. Enseguida penetraban a la sala tomando asiento cada uno al lado de su familia. La madre del novio daba a la doncella un *huipilli* y le ponía delante un *cueitl*, enaguas.

Las ancianas que habían desempeñado los papeles en el arreglo del matrimonio, ataban la manta del novio con el *huipilli* de la joven, acto que significaba la unión.

Seguían a esto, otras ceremonias y después el banquete servido con exquisitas viandas en el que el esposo ponía en la boca de su esposa los cuatro primeros bocados, lo que correspondía inmediatamente al varón.

De la integridad de sus esposas se mostraban los mexica muy celosos y si no las encontraban cual debían, dice Acosta, lo hacían público con palabras afrentosas y gran vergüenza de la mujer, de sus padres y parientes.

En la actualidad se tiene muy en cuenta la pureza de la mujer y en varios pueblos, según Veytia, se hace pública su deshonra por medio de manifestaciones cuyo significado es conocido.

La poligamia se aceptaba entre los mexica principalmente entre los reyes y los nobles quienes en sus palacios tenían un verdadero harem encomendado a la vigilancia de hombres concurvados, contrahechos o mancos; una sola era la mujer legítima, consideradas las demás como concubinas.

Entre los mexica que habitaban varios pueblos del estado, así como los del reino independiente de Metztitlan, seguían al pie de la letra las costumbres de la metrópoli azteca, variando en los segundos un tanto en el sistema de educación de la juventud.

Las ceremonias del bautismo eran las siguientes:

Cuando la mujer se sentía próxima a ser madre, daba cuenta a su parientes y en largos y numerosos discursos se le daba el parabién, siguiéndose un convite y después se elegía a la mujer que debiera asistirle, llamada *ticitl*.

La matrona se presentaba prescribiendo desde luego el indispensable baño de *temazcalli*, no hacer ejercicios fuertes, etc., recomendando sobre todo que la paciente no viera lo colorado, porque el feto no se pusiera de lado y contentar los antojos a fin de evitar el aborto.

Si el alumbramiento era feliz, la *ticitl* tomaba al recién nacido y dando voces decía que la madre había cautivado a un niño, porque en aquellas gentes todo se relacionaba con la guerra. Después de lavado y compuesto el infante, enderezaba un discurso comenzando con estas palabras: “Recíbese el agua, por ser tu madre la diosa *Chalchiuhtlicue*, *Chalchiuhtlatonac*, y póngate el lavatorio, para lavar y quitar las manchas y suciedades que tienes de parte de tus padres, y límpiate tu corazón de buena y perfecta vida.” Una especie de ablución para quitar el pecado original [fig. 146].

Continuaban los discursos, terminando uno de ellos diciéndole: “para otra parte estás prometido; que es el campo donde se hacen las guerras; donde se traban las batallas, para allí eres enviado; tu oficio y facultad es la guerra; tu obligación es dar de beber al sol, la sangre de los enemigos y dar de comer a la tierra que se llama Tlaltecuitli; con los cuerpos de los contrarios, etc.”

Seguían los plácemes de amigos y parientes quienes llevaban un regalo al infante, llamado *ixquemtl* y luego el adivino predecía la futura suerte del niño [fig. 147].

Cuatro días después se verificaba el bautizo, si el astrólogo encontraba que no era día infausto.

La ceremonia, según las facultades de la familia, se hacía con más o menos boato, en cuanto a los adornos de la casa y el banquete, adecuados también a la posición.

Llegado el día, se ponía en un patio una especie de alfombra de *tullin*, pequeña, y encima un lebrillo nuevo (*apaxtli*), lleno de agua. Si el bautizado era varón se colocaban en la alfombra también una rodela, un arco y cuatro flechas; si era mujer, una manta, un molcajete, escoba y los útiles de uso doméstico en la casa.

Un potaje llamado *ixcui*, compuesto de maíz y frijoles, se ponía al lado oriente y los convidados se rodeaban de la estera llevando las ropas y dijes de la criatura.

La *ticitl* tomaba al niño y desnudo le ponía en una mano el arco y las flechas y después de algunos discursos lo sumergía en el agua, terminando con estas frases. ¿“Dónde estás mala fortuna? ¿En qué miembro estás? Apártate, ventura mala, de esta criatura.”

El nombre era puesto al niño por la *ticitl* y después los muchachos del barrio se apoderaban del *ixcui*, huían comiendo y gritando “¡oh, soldados, oh gente de guerra venid a comer el ombligo, de fulano”, con lo que terminaba la ceremonia.

Las prescripciones de la naturaleza eran fielmente cumplidas por las madres, pues cualquiera que fuera su posición social, lactaban a sus hijos durante uno o dos años.

Entre los mayores cuidados de los mexica, estaba el de educar a sus hijos para lo cual contaban con los elementos indispensables; dos colegios: uno llamado el *calmecac*, destinado al servicio de la religión y a los dioses, y otro *tepuhcalle*, donde se daba enseñanza de los conocimientos civiles. El mismo nombre tenían las escuelas para las niñas.

Al determinarse los padres a dedicar al establecimiento a sus hijos, preparaban un convite al que concurrían los parientes y el superior del colegio, a quien regalaban con *maxtlatl*,

flores y mantas, se le declaraba la pretensión y en aceptándola, tomaba al niño en señal de admisión, agujerándole enseguida el labio, colocaba el *tentel*, quedando el niño en su casa hasta cumplir la edad para entrar al establecimiento.

Entre tanto los padres se encargaban del infante y conforme al código Mendocino, a los tres años el padre enseñaba a hablar y dar consejos a su hijo que ya puede andar; la madre comienza la enseñanza de la hija; ambos chicos reciben por alimento en cada comida media tortilla de maíz, *tlaxcalli*. El varón solamente llevaba una manta y la hembra vestía, porque se cuidaba mucho de la decencia y del pudor; a los cuatro años se emplea al niño en trabajos ligeros y a la niña se le da el *malacatl* y se le enseña a deshuesar el algodón; ración por comida una tortilla; a los cinco, el niño lleva pequeñas cargas y la niña prosigue el aprendizaje del hilado; a los seis, manda el padre a sus hijos al mercado a ganar alguna cosa de comer a cambio de su trabajo y la madre perfecciona a su hija en el hilado; a los siete años, el hombre se adiestra en el manejo de la red y se le dedica a un oficio; continúa la mujer perfeccionándose en el manejo del *malacatl*; a los ocho años, amonesta el padre al hijo amenazándole con las púas del maguey, símbolo también de penitencia religiosa; otro tanto hace la madre con la hija; a los nueve, el padre ata de pies y manos al hijo desaplicado punzándole con espinas de maguey; la madre hace otro tanto, con menos rigor; a los diez años, crecen los castigos dando de palos el padre al hijo; de igual manera procede la madre con la hija; a los once años, los castigos iban siendo terribles para los hijos desobedientes, pues se exponían al humo asfixiante que despiende el *chilli* quemado al fuego; con la mujer se sigue el mismo procedimiento; a los doce, por castigo o para acostumbrarlo, el padre ata al hijo y le hace dormir desnudo sobre la tierra desigual; la madre levanta a su hija a la media noche para que barra la calle y para acostumbrarla al trabajo. Desde los seis hasta los doce, tanto la hembra cómo el varón, han tenido por alimento diario, tortilla y media, pues hasta los trece aumenta a dos, en que ya aprendió a llevar la leña, yerbas del campo y a manejar una canoa; en esta edad lleva ceñido el *maxtlatl* dejando de estar desnudo: la mujer perfeccionada en el hilado, se le dedica a quehaceres domésticos y a los catorce, que terminaba la educación paterna, al hombre se le enseñaba a pescar y a la mujer el tejido.

Cuánto quisiéramos que en nuestros días se observaran doctrinas tan llenas de pureza inculcadas a la juventud por los que malamente fueron apellidados ¡salvajes!

A los quince años, se cumplía la promesa hecha por el padre para entregar al hijo al *calm-eccac* o al *telpuchcalli*, colegios de instrucción superior; el primero para los hijos de los nobles y el segundo para clase media. El mismo nombre tenían los establecimientos destinados a la mujer. A esta en los principios, se le enseñaba a cantar y danzar en honor de los dioses y cuando llegaba a la edad competente, ingresaba a la comunidad. Los votos eran por determinado tiempo y algunas se empeñaban a perpetuidad.

Usaban el pelo cortado y dormían vestidas en señal de honestidad, qué más se cuidaba, al grado de que con la vida pagaban las faltas contra la castidad.

Si al cumplirse el plazo del voto, la doncella quería casarse o era solicitada, se le extendía el permiso, previo consentimiento del superior del colegio.

Respecto del varón, si residía en el *telpuchcalli*, se aderezaba un convite al que era invitado el *telpuchtlato*, jefe superior y en el que se dirigían discursos encaminados a solicitar que el joven dejara el seminario para contraer matrimonio.

En el *calmecac* la educación se encaminaba al sacerdocio, enseñándoles retórica y urbanidad, a guardar los ayunos con serenidad, a orar, sacrificarse el cuerpo poniendo en práctica los preceptos de la religión.

A cierta edad, si los padres querían presentaban a sus hijos a algún valiente soldado para que los llevara a la guerra, pero se entiende que estos pertenecían a la clase ínfima y no habían cursado las aulas de los institutos [Fig. 148].

En el *telpuchtlalli*, los educandos tenían obligación de labrar las tierras y heredades para su sustento. Respecto a materia religiosa se observaban los del *calmecac*.

La mayor parte de los alumnos permanecían en sus casas durante la noche y otros de pie en el establecimiento, aun contra su voluntad, hasta que una orden del rey los dejaba libres.

Las faltas cometidas eran sumamente castigadas, punzándolos con púas de maguero o apaleándolos.

Cuando los alumnos eran fuertes, salían a la guerra al mando de un guerrero, llevando el fardaje y armas del maestro.

Entre los mexica se observaba que los hombres de todas las clases sociales, llegados a la juventud, tomaban parte en la milicia pues era la ocupación constante de su vida.

CAPÍTULO XV



[*Astronomía y medida del tiempo. Año civil. Sistema para fijar los acontecimientos. Calendario de Metztitlan. Aritmética. Numeración escrita. Ingeniosos medios de contabilidad*].



mundo en que vivimos forma el asunto de la astronomía, la geología y la geografía y es clase que los rudimentos de estas ciencias empezaron por los datos de los sentidos.

Entre los tolteca se enumera, entre otros de sus raros conocimientos, el de la astronomía, pues se dice que fueron los primeros en arreglar el tiempo por medio del movimiento de los astros.

La medida del tiempo por el sol, la luna y las estrellas, ha sido uno de los resultados realmente buenos de la astronomía primitiva, y ha sustituido hasta nuestros días. El día y el mes se fijaron por sí mismos y aunque con menor exactitud, las estaciones del año, tales como la estación de las lluvias, la estación de las nieves, la de la germinación, suministran un modo de computar el tiempo, como cuando un salvaje dice que su padre murió hace tres lluvias o tres inviernos.

Se dice pues, que los tolteca conocían las estrellas de los cielos y les tenían puestos nombres, y sabían sus influencias y calidades; sabían así mismo los movimientos de los cielos y esto por las estrellas.⁴⁵

Como todos los pueblos antiguos, dice un historiador, formaron de las observaciones astronómicas la astrología, sacando los días prósperos o nefastos, la interpretación de los sueños, el descubrimiento de las cosas ocultas y del porvenir.

Es admirable la exactitud a que llegaron los aztecas en los cálculos para la lectura del calendario, pero a sus antepasados los tolteca debieron ese adelanto.

⁴⁵ [*Ibidem*] Sahagún, tomo III, pág. 111.

El año civil estaba ajustado al solar, dividido en diez y ocho meses de a veinte días cada uno. Tanto los meses como los días, estaban representados por signos a propósito y los de los primeros expresaban por lo común, la estación del año. Había como en Egipto, cinco días complementarios, de modo que el año entero venía a tener trescientos sesenta y cinco días; los cinco días supernumerarios no pertenecen a ningún mes y se les reputaba por aciagos. El mes estaba dividido en cuatro semanas de a cinco días el último, de los cuales, era feriado o de mercado. Esta disposición, distinta de todas las conocidas en Europa, y en Asia, tiene la ventaja de dar a cada mes igual número de días y semanas completas sin dejar residuo alguno ni en el mes ni en el año.

Como el año tiene seis horas más, de trescientos sesenta y cinco días, para compensar este exceso, recurrieron como todas las naciones que han dispuesto un calendario, a la intercalación, no cada cuatro años como lo hacen los europeos, sino a intervalos más largos como entre algunos de los asiáticos. Esperaban a que pasasen cincuenta y dos años para intercalar trece días, o mejor dicho, doce y medio, que es lo que había dejado atrasarse el año. Si la intercalación hubiera sido de trece, habría resultado demasiada larga, porque en cada año no sobran seis horas completas de los trescientos sesenta y cinco días, sino seis horas menos once minutos; pero como su calendario concordaba en tiempo de la conquista con el de los españoles (hecha la corrección gregoriana), es de suponer que adoptaban la intercalación más corta de doce días y medio, con la cual quedaba el año (salvo un ligero error, casi despreciable), exactamente de la misma duración del año trópico, cual ha sido determinada por las más correctas observaciones. La intercalación, veinticinco días cada ciento cuatro años, es más exacta que la de todos los calendarios europeos, pues que deben pasar según aquella más de cinco siglos, para que haya un error de un día entero.

Llama también la atención el sistema de que se valían los aztecas para fijar la fecha de los acontecimientos. El principio de su era correspondía al año 1091 de Jesucristo y comenzaba con la reforma de su calendario poco después de su salida de Aztalan.

Agrupaban los años en ciclos de a cincuenta y dos, cada uno: llamábanles hacer lías y los representaban por determinado número de carrizos atados con un cordón. Cada vez que se nota en sus mapas ese signo, significaba medio siglo. Para designar cada año en particular, dividían su gran ciclo en otros cuatro pequeños o indicciones de a trece años. Después adoptaban dos series de signos para designar cada año; la primera consistía en sus notas numéricas y la segunda en cuatro jeroglíficos de los años, estos últimos se repetían incesantemente y en frente de cada uno de ellos se encontraba hasta llegar a trece: este sistema se continuaba durante las cuatro indicciones, de las cuales, como es fácil conocerlo, no había dos que comenzasen por el mismo jeroglífico, y de esta manera todos ellos iban correspondiendo a todos los números

sucesivamente; pero nunca correspondían dos veces a un mismo número en el ciclo; cuatro y trece de los factores de cincuenta y dos, que era el número de los años de este, admitían todas las combinaciones capaces de aceptar aquel producto (figs. 155-156) cada año, tenía, pues, su símbolo especial por cuyo medio se le podía reconocer de una ojeada; este símbolo precedido de cierto número de haces, indica exactamente el tiempo que había pasado desde el principio de la era nacional.⁴⁶

Suficiente por demás era el calendario descrito; pero lo sacerdotes inventaron otro para su uso particular llamado cómputo lunar, el que les servía para arreglar sus fiestas y consultas astrológicas, pues que en esto descollaban causando con sus falsos acertijos el derramamiento de millares de víctimas sacrificadas a los dioses.

Debemos creer que la gran fracción de los chichimeca que en los primeros días del reinado de Quinatzin hubo de segregarse de aquel gran pueblo para ir a formar más tarde el reino independiente de Metztitlan, se encontraba más tarde tan adelantada como los mexica, pues por un valioso manuscrito que obra en poder del señor don Joaquín García Icazbalceta, se sabe que tenían su calendario.

Los días del mes eran veinte en esta forma:

Acatl, tecpatl, calli, tochtli, ocelotl, quiahuitl, xilotl, atl, cuixtli, ome xochitonatl, coatl, yxcuin, teotl y nonatl, tetecli hucauli, tzontecomatl, ocoma, nahuiolli, eécatl, mazatl, ytlán. Estos nombres constan así en el referido manuscrito y seguramente la ortografía se halla estropeada, pues se notan palabras que no constan entre los días mexicanos y el orden que se les atribuye a las iniciales de las quindenias.

Meses, dice el señor Orozco y Berra, eran diez y ocho, siendo también diverso el orden de colocación y desconocida alguna de las apelaciones.

Panquetzaliztli, tzahjo, zincohu, pachtli, atemoliztli, quechuli, huey tecuyhuitl, huey pactli, tititl, hueitocoztlo, micca ylhuitl, quechuli, xochitonca, popochtli, musymiccaylhuitl, xilomaliztli, ecatlqualiztli, huechpaniliztli.

Los signos de los años son *tochtli, acatl, tecpatl, calli*; era el año de trescientos sesenta días, más los cinco complementarios *nemontemi*, desgraciados o inútiles, nada se dice acerca de la intercalación.

Entre las principales necesidades de un pueblo es la numeración, aun aquellos que no pueden hablar pueden cantar.

46 [William] Prescott, [*Historia de la*] *Conquista de México*, tomo I, pág. 77 y sig.

La idea más general y aceptada es que en tiempo de que los hombres no poseían otros medios para contar se valían de las manos y de los pies.

Los nahuas se valieron de una sola mano y tuvieron por primer número de una serie progresiva de 20 el 4: así es que del 4+1 hicieron el 5; del 5x4 formaron el 20 y del 20x4 tuvieron el 80.

El numero 5 como primer periodo de la serie de 20 debía tener representación propia y esta era una mano abierta (Fig. 157).

Como más fácil se adoptaron los cinco puntos, y lo mismo sucedía con el diez, no obstante que tenía figura especial (Fig. 158-160).

El 20 tenía representación propia y era una bandera a la que dividida en cuatro periodos menores, representa cinco cada uno y se podía escribir simplificándose la escritura (figs. 161-163).

El número 80 tenía dos representaciones y también como en la bandera se podía marcar el 40 y 60 en el siguiente o anterior ejemplo (figs. 164-167).

Así para escribir ciento treinta y cinco, nos valdremos de la siguiente forma (ver figs. 168-170).

Con el tiempo fue adelantando la numeración y buena prueba es el cómputo del tiempo por medio de signos y jeroglíficos en el calendario.

La ampliación que se verificó en la ciencia aritmética entre los nahuas fue el siguiente:

El *nauhpuhualli* o cuatro veintes fue en una época el signo superior; más después, hicieron el *cetzontli* o cuatrocientos, expresado por unas plumas y el cubo; ocho mil, por una bolsa o saco. Estos eran todos los signos aritméticos de los mexicanos por cuyo medio daban a conocer todas las cantidades (figs. 171-176). El *xiquipilli* se significaba por una bolsa así llamada, ocho mil y la mitad, cuatro mil.



CAPÍTULO XVI



[*Geografía. Término del reino de Tollan. División política de los distintos estados y provincias. Nombres geográficos. Jeroglíficos y su traducción e interpretación*].



entrar en detalles acerca del conocimiento de la geografía y de las porciones de terreno que correspondía a cada fracción de las distintas razas etnológicas que ocuparon lo que hoy es estado de Hidalgo, tengo que enlazar acontecimientos anteriores para llegar a mejor fin.

Cuando los tolteca llegaron a Tulancingo, la numerosa tribu se extendió por distintos rumbos ocupando en su mayor parte las posesiones que antes fueron de los xicalanca.

Quedan aún los vestigios de estos, en Huapalcalli, Palpan, Acatlan y otros puntos en un área de más de cinco leguas cuadradas, teniendo como vecinos hacia el norte a los broncos othomits que fueron a no dudarlo, constantes enemigos de los tolteca y en mucha parte el motivo para que abandonaran su estancia emigrando para Tollan.

Establecida la monarquía, se fundaron los pueblos de Tepetitlan, Atitalaquia, Misquiahuala, Tzapotlán, Tetepango, Atotonilco, Yxmiquilpan, Actopan, Tecozautla, Huichapan y Tlacotlapilco, quedando los othomit confinados en los cerros de Demingó: Yonthé, Xingui, Zohozhé, Boxhtó, Xhamagé, Nastay, Taxhio, Baxthé, Mayé, Nequestegé, Mandó, Debodé, Ocotzá y Nit. Así permaneció por luengos años hasta que un suceso imprevisto vino a cambiar completamente la extensión geográfica.

Hacia el siglo XII calli, 994, un noble tolteca llamado Papantzin, inventó formar del aguamiel del maguey ciertos dulces, según Yxtlilxóchitl y según Veytia, de pulque, pareciéndole el producto digno de un monarca, fuese al palacio acompañado de su hija Xochitl, flor, hermosísima joven que debía ofrecer el regalo. Mas que este, gustó al rey la portadora, desatándose en él, una violenta pasión y Tecpancaltzin sin parar en mientes se apoderó de la doncella haciéndola conducir a Palpan a donde la visitaba frecuentemente, dando por resultado que el *ce acatl*, 999, naciera un niño a quien se le dio el nombre de Meconetzin, hijo del maguey, que más tarde cambió por el de Topiltzin.

Más tarde, muerta la reina, Tepancaltzin condujo al palacio real a Xochitl y a su hijo y adivinando la nobleza y el pueblo que el rey elevaría al trono al bastardo, llenos de indignación al mirar rotas las leyes y costumbres nacionales, levantáronse en armas, sucediéndose una horrorosa guerra muriendo al fin Xochitl en una batalla y Topiltzin, quizá después de una vida errante y miserable desapareció dejando las huellas perdidas de su paradero.

Así terminó el poderoso reino de Tollan que según expresión de Yxtlilxochitl, “corría casi mil leguas de largo y ochocientas de ancho, que hasta los muy altos montes estaban cuajados de casas y sementeras, que no había palmo de tierra que hubiese baldía.”

Siguió la irrupción chichimeca y luego la azteca. El territorio del estado fue sufriendo las siguientes metamorfosis.

El reino independiente de Metztitlan, comprendía las provincias de Molanco, Tlanchinolticpac, Malila, Yamatlán, Atlihuahuetzin, Xochicoatlan, Tianquistenco, Huazalincó y Yahualica. Al este, era presidio y frontera contra los cuaxteca; Xilitla al oeste, confinaba con los bárbaros chichimeca; terminaba al sur en Zacualtipán; al norte tenía las tribus salvajes; era por este rumbo el término de los pueblos civilizados fronterizo con Acolhuacan, entre ambos se hicieron guerra casi continua.⁴⁷

El nombre de Metztitlan, proviene, dicen los naturales, de que los primeros pobladores cuando hicieron guerras acostumbraban dar asaltos en noche de luna.

Otros aseguran que proviene de una luna que se encuentra pintada en la peña más elevada que se encuentra en un cerro inmediato a la población. En un jeroglífico del atlas del señor Durán para distinguir a los metztitlancalques en una batalla de la que me ocuparé en el siguiente capítulo, aparece una media luna sobre un escudo con cinco puntas a manera de dados.

Los principales pueblos que pertenecían al reino de Texcoco eran Tollancinco, Tizayucan, Tepepolco, Cempoallan, Tlanalapan, pasando después al imperio de México, Cempoalla con los pueblos de su jurisdicción, acudiéndole con navajas para las macanas y una canoa que en señal de tributo llevaban a la capital y más tarde, Ahuizotl les impuso la contribución de mantas, gallinas y todo género de volatería.

Epazoyucan con sus barrios pertenecieron a Acolhuacan y en reinado de Ytzcóatl, quedaron por mitad para México y Texcoco.

47 [Gabriel de Chávez] Relación de la provincia de Metztitlan, por el alcalde mayor..., 1579. Manuscrito del Sr. García Icazbalceta.

En tiempo del citado monarca quedaron bajo el dominio de México, Pachuca y Tezontepec.

La parte que comprendía las llanuras de Actopan, Tollan e Yxmiquilpan pertenecían al imperio mexicano hasta después de la conquista en que muchos de aquellos pueblos quedaron arrasados por las pestes, cundiendo los othomits poco a poco hasta formar hoy una sola rama etnológica en esa región.

Conservan la mayor parte de los pueblos hasta la fecha, los nombres nahuas y las montañas othomi pues como hice observar, los segundos, por muchos años vivieron encastillados, no obstante que algunos de sus pueblos reconocieran la civilización del centro y pagaban tributo.

¿Cómo es posible que de su larga peregrinación hubieran dejado los nahuas, relación cierta de los lugares que habitaron hasta su definitivo establecimiento?

Por medio de la escritura jeroglífica escribiendo los nombres geográficos por medio de signos que en conjunto determinan perfectamente el significado.

He aquí los que encuentro en la notable obra del señor doctor don Antonio Peñafiel y que pertenecen a varios pueblos del Estado.

Acaxochitlán: Aca-xochi-tlan, Acaxochitla y Caxochitla. El signo *acatl*, caña sobre una flor roja, signo de Xóchitl; no está expresada la terminación *tlan*, por abreviatura. (fig.178).

Se ha encomendado la escritura de Caxochitla, en atención a que en la lámina 32 del *Libro de tributos* está comprendido en el grupo de pueblos que contiene a Tulancingo, hoy distrito del estado de Hidalgo a donde pertenece Acaxochitlán, que conserva así su nombre. *Acaxóchitl chichiltic*, planta descrita por Hernández. Acaxochitlán “lugar donde abunda el acaxochitl.”

Actopan. Atoc-pan. La escritura es ideográfica y consta de una caña de maíz caracterizada por el jilote y la espiga, sobre un círculo irregular lleno de puntos negros que dicen *atoctli*, tierra gruesa, húmeda y fértil. *Toctli*, significa mata de maíz antes de espigar. Actopan, tierra gruesa y fértil, según fray Alonso de Molina, por tratarse de un nombre de lugar, la etimología es “sobre tierra fértil” (fig. 179).

Cempoalan: Cempol-lan, “el nombre derivado de *cempohualli* o *cempoualli*, con la terminación *tlan*, cambiada en *llan*, forma Cempoalan, “lugar de viento” (fig. 180).

Cempoala se llama un pueblo que dio su nombre al acueducto construido en el espacio de quince leguas, y en diez y seis años, por fray Francisco Tembleque; entre sus arcos pasa el ferrocarril Hidalgo.

Cuezcomatitlan: Cuezcoma-ti-tlan. Cuezcomatitla (Fig. 181).

Una olla negra sobre una tabla y dos piedras debajo, dan el figurativo de *cuezcomatl*, troje, olla para guardar maíz; la ligadura *ti*, agregada por eufonía a la terminación *tlan*, que da por sí mismo el signo *cuezcomatl*, producen finalmente Cuezcomatitlan, “lugar en que hay trojes de maíz” o entre los trojes de maíz.

Al suroeste de Pachuca existe una hacienda que llevó ese nombre y hoy se conoce simplemente por Cuezco.

Epazoyucan. Epazoyu-can, Epaçuyuca (fig. 182).

La escritura se compone de dos plantas herbáceas sobre el *epatl* o zorrillo, signos fonéticos que significan yerba del zorrillo. *Epazotl* (epaçotl), yerbabuena, de esta Nueva España, dice el padre Molina; *Chenopodium ambrosioides*. A., quenopodiácea empleada como condimento. “Lugar que tiene mucho epazote.”

Ychcatlan, Ychca-tlan, Ychcatl (fig. 183).

El signo *ichcatl*, algodón, y la terminación fonética *tlan*, expresada por dos dientes o sobrentendida, significan: “lugar en que abunda el algodón”, o donde se cultiva.

Ytzmiquilpan: Ytz-mi-quil-pan, Yxmiquilpa (fig. 184).

Este jeroglífico puede citarse como el tipo del mayor grado de adelanto de la escritura silábica mexicana: la palabra está escrita con elementos fonéticos y usándose de los recursos ideográficos y figurativos de que podían disponer los nahuas. *Ytz* expresado por un *tecpatl* de pedernal tinto en rojo de sangre, es el símbolo del instrumento empleado en los sacrificios humanos; *mi*, radical de *milli*, tierra cultivada, está debajo del primer signo y entre ambos una planta herbácea encorvada, que dice *quil*, radical de *quilitl*, yerba comestible, y *pan* sobre, final expresada por la superposición del *tecpatl* sobre toda la figura. *Ytzmiquilitl*, planta rastrera de hojas parecidas a un *tecpatl*, según dice el doctor Hernández.

El signo *metl*, maguey sobre la terminación *tepec*. “Cerro del maguey”, según el señor Orozco y Berra, esto es Metepec (fig. 185).

Michmaloya. Micla-malo-yan, Michmaloyan (Fig. 186).

Un brazo en actitud de tomar con la mano un pescado, expresa una acción ideográfica del verbo pescar; *michin*, pescado; *malli*, cautivado; se transforma en verbo con la terminación *yan*; el todo significa “Lugar en que se pesca” o pesquería.

Mizquiyahuala: Mizqui-yahual-la (Fig. 187).

El signo característico del mezquite, *mizquitl*, de la primera radical fonética; la forma concurvada que tiene el mismo signo significa *yahualli* (*yanalli*), asentadero de olla; círculo, *yahual-la*, homófono de *yahualco*: “en el lugar circundado de mezquites”, es su significado.

Molanco. Molan-co (fig. 188).

Ni el señor Peñafiel, ni el señor Orozco y Berra, dan la interpretación de ese nombre geográfico que pertenece al estado de Hidalgo y es en la actualidad, cabecera de distrito.

Nopalla. Nopal-la (fig. 189).

“Xoconochco. Así traduce este signo el intérprete, igualándolo con el número 15 de la lámina XIV, verdad es que uno y otro representan un *nopalli*; pero la historia no autoriza aquí la lectura Xoconochco, sino que debe ser Nopalla, población de los otomíes, ocupada en los últimos años del reinado de Motecuhzoma.

Tecozauhtla. Te-cozauh-tla (fig. 190).

En la figura descrita por el señor Orozco y Berra, el signo *tetl*, piedra, está encima de un círculo amarillo, lleno de puntos y circulitos, y en la de la *Matrícula de Tributos*, el primer signo está dentro del segundo, dando las mismas radicales y etimología. *Tetl*, piedra, *cozauhqui*: “cosa amarilla o rubia”; la terminación *tla*, abundancial completa la palabra “lugar donde abunda el ocre amarillo.”

Tenanco. Tenan-co (fig. 191).

El mímico *tenamitl*, “cerca o muro de ciudad”, representada por la cortina con sus almenas, o sólo por estas, en otros casos. Tenan-co, en la cerca o muralla, en el pueblo fortificado. Tenamealtepetl, “villa cercada de muro.” La etimología pertenece al señor Orozco y Berra.

Tepetitlan. Tepe-ti-tlan. (fig. 192).

Un cerro con dos dientes en medio forma una escritura figurativa y fonética; el primero de *tepetl*, que significa cerro o sierra, los segundos expresan la terminación *tlan*, unida a la ligadura eufónica *ti*. *Tepetla* es serranía o montañas; Tepetitlan, “entre los cerros.”

Vista la manera como se forman las palabras expresadas por los jeroglíficos, daré a conocer algunas otras simplemente con el nombre del lugar.

Tepexic. Tepexi-c. Lugar peñascoso (Fig. 193).

Tetepanco. Te-tepan-co. Cerca de las paredes paredones de piedra (fig. 194).

Tizayocan. Tiza-yocan. Lugar en que se prepara la tiza (fig. 195).

Tlaahuilipan. Tla-ahuilil-pan. En donde se riegan las tierras (fig. 196).

Tollan. Tol-lan, Tula. Junto o cerca del tule o del tular (fig. 197).

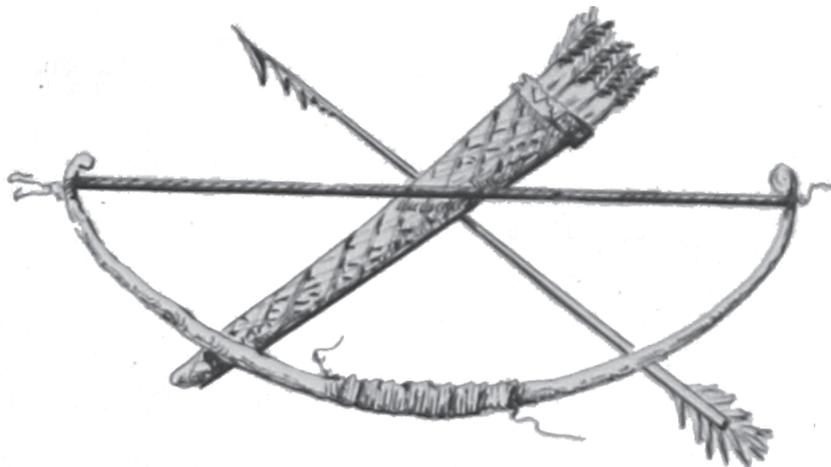
Tulantzinco. Tul-lan-tzinco. El pequeño Tollan (fig. 198).

Tzapotlan. Tzapo-tlan. Lugar en que hay zapotes (fig. 199).

Atotonilco. Atotonil-co (fig. 200).

La escritura es ideográfica y polisilábica; el signo *atl*, agua, en la boca de una olla colocada sobre dos piedras forman el *tlacuilli*, hogar o fogón, la olla pintada de negro en el asiento, para indicar la acción del fuego, significa: *atotonilli*, agua caliente. “En las aguas termales”: de *co* en, *atotonil-li* agua termal.

El jeroglífico de libro de los tributos, fig. I, lámina 32 se refiere a la villa de Atotonilco el Grande, perteneciente al estado de Hidalgo, que tiene aguas termales a corta distancia de la población, y figuró de un modo notable en la historia mexicana, desde que el rey Tizoc fue derrotado por los de Metztitlán en el río Quetzalatl.



CAPÍTULO XVII



[*Gobierno. Batalla de Metztitlan. Derrota de Tizoc. Los reclutas. Guerra. Armas ofensivas y defensivas. Vestido de los guerreros. Táctica de los ataques y defensas. Música guerrera. Los de Metztitlán. Los prisioneros eran sacrificados. Número de víctimas. No son los americanos los únicos que sacrificaban a sus semejantes. Antropofagia. No era en el pueblo. Institución de la esclavitud. Diversas formas de ser esclavo*].

[LETRA CAPITAL DESAPARECIDA DEL ORIGINAL] se gobernaron distintas razas etnológicas que habitaron esta región.

Los othomits, he dicho, se dividían en dos fracciones: broncas-cazadoras y semi-civilizadas. Las primeras vivían sustraídas completamente al contacto de todo lo que significara respeto a autoridad superior. Los segundos formaron pueblos de más o menos importancia, sujetos a dos categorías de jefes, llamados unos *otonihamacaque*, y otros *calpixque*, impuestos por los nahoa, quienes por derecho de conquista los habían subyugado haciéndoles también sus tributarios.

En cuanto a los tolteca, monárquico fue el sistema por el cual gobernábase mucho más allá de que emprendieran la peregrinación por estos lugares, siendo conducidos desde Huehuetlapalan por Hueman, quien tenía el carácter de sacerdote e intérprete de la divina voluntad. El régimen durante su dilatado camino, fue realmente el de una teocracia predominante sobre una autocracia, hasta su establecimiento en Tollan donde gobernaron los monarcas que dicho tengo en el capítulo IV.

Xólotl, conductor de la gran tribu chichimeca, abandonó su antiguo imperio el cual gobernada Achcauhtzin, su hermano, trayendo consigo a los caudillos que bajo su mando tenía, verificándose la irrupción hacia el II *calli*, 1117, la que Yxtlilxóchitl calcula en tres millones doscientos dos mil hombres. La manera cómo se gobernó esta tribu y de la fusión de los acolhuas he hablado ya. Respecto a los de Metztitlan estaban regidos por un soberano y dos ancianos destinados a la administración de justicia. Los pueblos que dependían del imperio mexicano, seguían en todo, las costumbres del centro, regidos por señoríos dependientes de la metrópoli.

De los mexica tenemos mayor suma de datos relativos a la vida pública y del modo cómo gobernaron los monarcas que ocuparon el trono. El sistema de gobierno fue monárquico colectivo, pues cuatro de los nobles más principales, a la muerte del soberano, elegían entre los hermanos del difunto, al que había de sucederle en el trono, recayendo en consecuencia el nombramiento en alguno de los miembros de la misma familia.

El nuevo rey, después de una campaña en que se capturaban algunos prisioneros que inmolar a los dioses en el día de la ceremonia, era ungido. A este propósito, la historia recogió un hecho que debo consignar. En el II *calli*, 1481 fue electo Tizoc, soberano del pueblo azteca y siguiendo la regla, se escogió como punto para emprender una conquista al reino independiente de Metztitlan.

De la manera acostumbrada se publicó la guerra, y acudieron los contingentes de los pueblos sometidos a la corona de México; salió Tizoc, engrosando sus filas con ixmiquilpas, pasando después por Tezontepec, hasta llegar a Atotonilco donde organizó el combate que fue completamente adverso, pues los metztitlancalques, resistieron con denuedo el empuje de sus adversarios; les hicieron repasar el río Quetzalatl y los mexica, tan sólo pudieron capturar cuarenta prisioneros, dejando más de trescientos muertos en el campo. Esto, no obstante, se recibió al rey en la metrópoli, como si hubiera logrado un gran triunfo [Fig. 201].

Con excepción de los tolteca que muy rara vez tomaron las armas, la vida de los demás pueblos fue siempre la guerra. Hemos visto cómo a la juventud se le educaba, designándole dos carreras principales: el sacerdocio y la milicia. La guerra se emprendía en nuevas conquistas o simplemente para hacer prisioneros que sacrificar a sus deidades; matar a los cautivos era privarse del fruto de la victoria.

Varias eran las armas ofensivas; el arco, *tlahustolli*, de madera generalmente de chicozapote, con la cuerda de nervios de animales; la flecha, *mitl*, un astil de madera armado de una punta labrada de pedernal u obsidiana; la honda, *temetlatl*, la maza; el *macahuitl*, llamado por los españoles macana, dardos que tiraban con un aparato especial (fig. 4^a) y la lanza, el asta de *otlatli* y puntas de *itztli*. Como defensa, usaban un escudo de *otlatli* mojado, cubierto con pieles y láminas de cobre, plata u oro, de forma redonda, oval o de media luna, de tamaño capaz para defender el busto. Según el grado o dignidad era el adorno tanto en metales como en plumas.

El vestido de los guerreros principales era pintoresco y aun magnífico. Su cuerpo estaba cubierto de una cota ajustada de algodón, tan gruesa que no podían penetrarla las armas arrojadas. Este traje por lo seguro y cómodo, lo adoptaron los conquistadores para defenderse de los indios [fig. 202]. Los guerreros más ricos, en lugar de cota, usaban corazas tramadas de oro y plata, con adornos de ricas plumas.

A guisa de yelmo, llevaban algunas veces forras de madera en la cabeza, representando animales pintados y adornados con plata, oro y plumas. Los simples soldados que aún no habían alcanzado grado alguno, entraban a la pelea desnudos con el simple *maxlatl*. Los ejércitos se dividían en cuerpos de ocho mil hombres y estos en compañías de tres a cuatrocientos cada una con su correspondiente jefe superior o inferiores llevando sus banderas, atadas a la espalda, de manera que cuando la enseña se perdía, era porque su conductor dejaba de existir en la pelea.

Componían la música guerrera de tambores y caracoles marinos (lámina fig. 203). Bernal Díaz, después de transcurridos largos años del asedio de México, recordaba aún con cierto temor, los lúgubres sonidos del caracol de Cuauhtemoc. De los de Metztitlan se dice en el manuscrito citado, que “las armas que usaban era arcos y flechas de gran fuerza y certísima puntería, varas tostadas, de braza y media de largo, con puntas de pedernal; tirándose con unos sarmientos o correderas, que llevaban más fuerza que una jara de ballesta; espadas de palo con filo de navajas. Sus armas defensoras eran rodela de cañas macizas, que llaman *otatli*, hendidas y menudas, de medio dedo de ancho, atadas unas con otras muy fuertemente, un lienzo o cañizo de largo a largo y otro atravesado; y por ser esta madera tan dura como hueso y llevar fortísima contextura, es bastante a reparar el tiro de una saeta de ballesta castellana. Con estas rodela se escudaban y defendían de las piedras, que con hondas se lanzaban, que es una de las más dañosas armas ofensivas que usaban.”

He dicho que los prisioneros en la guerra se destinaban al sacrificio y los mexica fueron los que más se distinguieron por tan cruel como sanguinaria costumbre. Cuando no había una guerra llamada justa, por rebelión o conquista, se apelaba a la religiosa, pactada con algunos pueblos, con el único y exclusivo objeto de cautivar hombres. El número de las víctimas, según Zumárraga y Torquemada, eran veinte mil al año. Durán asienta que igualaba a los de muerte natural, Gómora sube la cifra a cincuenta mil; Acosta que veinte mil al año y hubo matanza de cincuenta mil en un solo día, y por último, Clavijero, que eran tantos que es imposible calcular.

Pesa sobre los americanos ese tremendo cargo; en efecto, mucha fue su saña, pero también es cierto, que no han sido los únicos en ejercer tan odioso sistema, pues si abrimos los libros de la historia, encontraremos a Maneton refiriendo que en Heliópolis se sacrificaban diariamente tres víctimas a Juno; a los persas a Mitra o al sol; los fenicios y los cartagineses a Baal o Saturno; los cretenses a Jove; los de Lesbos a Baco. En los libros santos se dice que los amonitas quemaban a sus hijos en honor de su dios Moloch. Los israelitas imitaron el ejemplo y Achaz y Manasés, reyes de Judá, pasaron a sus hijos por las llamas y por último, tenemos el ejemplo de Abraham. Larga sería la lista de pueblos y tribus que ejercieran el inhumano sacrificio, si me propusiera citar ejemplos.

Otro de los graves cargos que pesa sobre los mexica es el de antropofagia.

En el mismo sentido que en la cuestión anterior, podría discutirse esa abominable costumbre; pero realmente no puede apellidarse antropófago a un pueblo que ni comía la carne humana por gusto, ni era la masa general.

Los nobles o principales comían la carne de alguna víctima sacrificada; “la comían”, dice el señor Orozco y Berra, no por ser codorniz, culebra u hombre, sino porque era una substancia santa. La tenían por cosa sagrada, como aquella masa de *tzoalli* de que formaban el cuerpo de Huitzilopochtli, que despedazada, servía en menudos trozos para su comunión mística. Además, la participarían de la víctima sólo alcanzaba a la gente ilustre y principal, al dueño del esclavo o cultivador del prisionero con sus amigos y parientes; no era una práctica universal, no todos llegaban a comer la carne humana. Los mexica, ni aún en los verdaderos conflictos de una escasez, cometieron semejante delito. Dije que en la gran crisis de la época de Moctecuhzoma Ylhuicamina, cuando el espectro del hambre apareció, no se tiene noticia de que se hubiera llevado a cabo un sólo acto de antropofagia.

El verídico Bernal Díaz nos dice que en los sufrimientos que pasaron los azteca en el dilatado sitio de la ciudad en tiempos de la conquista “no comían la carne de sus mexicanos, sino era de sus enemigos tlaxcaltecas y las muestras que apañaban; y no se ha hallado generación en el mundo que tanto sufriese el hambre y sed y continuas guerras como esta.” Esa carne, en último caso era de los prisioneros sacrificados o de los guerreros que caían en el combate. Por la ley, por la guerra o por la voluntad, se ejercía en Anahuac la esclavitud y en términos más racionales que en Europa, pues no existía el bárbaro principio del fruto sigue al vientre, porque todo esclavo nacía libre. La herencia terrible de la legislación romana no existía entre los mexicanos.

Por la voluntad, vendíanse cuando un hecho secular los obligaba. Sahagún dice a este propósito: “Y cuando acontecía la dicha hambre, entonces se vendían por esclavos muchos pobres, hombres y mujeres y comprábanlos los ricos... vendían a sus hijos y a sus descendientes, y a todo su linaje y así eran esclavos perpetuamente.”

Por la ley se tomaban los libres en esclavos; por tahúres, si no pagaban lo perdido; el hijo incorregible, el ladrón de mazorcas, etc., y el de la guerra, que sabemos cómo se constituía. Se recobraba la libertad, logrando evadirse, burlando la vigilancia del amo, en el mercado, y la ley convertía en esclavo al que daba voces anunciando la huida del recluso; la esclava que casaba con el amo y tenía hijos; lo mismo el esclavo con el arma; el que podía volver el precio en que fue comprado antes de la segunda venta y el de collera que podía penetrar en el palacio o casas de los reyes.

Había mercados destinados a la venta de esclavos y para que esta se efectuara, el amo debía de tener antes el consentimiento del siervo, a menos que este fuera vicioso, flojo o huía de la casa. La collera se ponía a los malos esclavos y consistía en una pieza de madera, que ajustando al cuello, terminaba en dos argollas por la parte posterior; por estas pasaba una vara larga, a cuyos extremos no podía alcanzarse con las manos, ligada a otra segunda vara exterior de una manera sólida. Los esclavos vendidos para el sacrificio eran cuidados con suma vigilancia, regalándoles antes con todo género de objetos de lo mejor y escogido, sirviéndose después para el platillo de que hablé y dio origen a que a los mexicanos se les llamara antropófagos.



CAPÍTULO XVIII



[Leyes. La pena de muerte. Esclavitud. Lapidación. El robo. La embriaguez y la incontinencia. Servicio en los templos. Reglamentación al uso de las bebidas embriagantes. [Leyes de hacienda. Su exageración. Los tributos. Medicina entre los tolteca- chichimeca y mexi. Yervas medicinales. El tabaco. La pipa y su antigüedad].



RACONTANAS

hasta cierto punto eran las leyes antiguas; pero hay que tener en cuenta que

estaban escritas para un pueblo duro de cerviz; acostumbrado a despreciar los peligros y a toda clase de dolores físicos supuesto que sus tendencias, cuales consigo mismo, consistían en mutilarse la vida.

Tres géneros de delitos castigaban las leyes con toda severidad: el robo, la embriaguez y la incontinencia [figs. 206-208].

A la muerte de Xolotl, conductor de la gran tribu chichimeca, le sucedió en el mando su hijo Nopaltzin, quien expidió leyes severísimas para castigar los continuos desmanes de aquella bárbara tribu; leyes indudablemente adecuadas al estado social.

Las penas consistían en la de muerte para el que ponía fuego a los campos sin permiso del rey; pérdida de utensilios y caza, de la caída en redes ajenas, quedando inhabilitado en el ejercicio hasta nuevo permiso del soberano; el que quitaba los linderos o señales de los particulares, pagaba con la vida; y el adulterio era penado con la decapitación de los culpables.

Por el estilo se regían los mexica. Él, como en todo gobierno despótico, dictaba las leyes que en general eran pura reproducción de las que vigentes estuvieron en épocas pasadas durante la floreciente monarquía tollana.

Existían en la metrópoli, varias dignidades encargadas de administrar justicia y en las poblaciones una especie de jueces menores con jurisdicción limitada, pues su autoridad se extendía hasta sentenciar en asuntos de poca importancia, y en los mayores se determinaba en los consejos que cada ochenta días se celebraba, dando los ministros superiores conferenciaban con el rey, siendo la resolución de este irrevocable.

Haré referencia a varias de las penas impuestas a los culpables.

Sufrían la pena de muerte, el tahúr que disponía de la hacienda de su padre; el ministrador de sustancias venenosas, moría apedreado; el que hurtaba en el mercado; el papá borracho; el mozo por casar que se embriagaba; el incestuoso, el sacerdote que era hallado con mujer y los encubridores del delito; el adúltero; el que por sospechas o celos de su mujer, la mataba; el salteador de caminos; el que se fingía mensajero de los señores; el sodomita; el que vestía traje mujeril; el que proporcionaba bebidas para provocar el aborto; el que se revelaba contra el gobierno; el que acometía en la guerra antes de recibir órdenes de su jefe; el traidor que hacía conocer al enemigo lo que se concertaba o platicaba; en general, todo aquel que cometía robo, siendo muy severos los castigos para los que no incurrían en esta pena, quedando generalmente reducidos a la esclavitud [figs. 209-211].

Los pequeños, por desobedientes o viciosos, eran castigados con pincharles las orejas y los muslos con púas de maguey; trasquilarles la cabeza y traerlos maltratados.

Los jueces, cualesquiera que fuese su categoría, si engañaban en sus informes o sentenciaban fuera de justicia, merecían la pena de muerte.

Era también de ley que los hijos de los nobles y ricos, concurrieran desde los siete años a servir a los templos, barriendo, conservar fuego, y echar incienso. Si eran descomedidos y flojos, los punzaban como dicho tengo. Para los ancianos de cincuenta años, existía la prerrogativa de emborracharse. La bebida del pulque estaba reglamentada y para que los enfermos pudieran tomarla, había que obtener permiso de los jueces, siendo la porción de tres tazas; en las bodas era permitido tomar dos tazas a los que tuvieran más de treinta años y la misma gracia se concedía a los que acarreaban leña, madera y piedra. Los que se excedían eran trasquilados, y se les derribaba la casa.

He aquí demostrado que los indios no eran borrachos incontinentes como lo asientan algunos autores; si más tarde se precipitaron a los vicios, culpa fue de los conquistadores que no los supieron gobernar ni comprender. Las leyes hacendarias eran tremendas. El tributo pagado por los pueblos los tenía en circunstancias difícilísimas, pues poco a poco se fue recargando el pagado al Señor con servicios personales a los nobles; en el pueblo o en las capitales de las

provincias, surgiendo la miseria en las familias. Causa verdaderamente asombro hojear el libro de los tributos; ver cómo para sostén de la casa real y contento de los caprichos del monarca acudían los pueblos con vestidos, adornos, alimentos, armas, joyas, juegos, materiales de construcción.

Ese gran cúmulo de objetos revelará adelanto en la industria y en las artes, pero también se descubre el mayor grado despótico, pues mientras los grandes señores se hallaban en abundancia, la mayoría de los pueblos rebozaban en miseria sin más esperanza que la esclavitud o la muerte alcanzada en la batalla en aras de una divinidad.

No era desconocido para aquellos pueblos la manera de combatir las enfermedades.

De los tolteca se dice que conocían las plantas, sus virtudes y aplicaciones, así para el uso de las artes, como para curar las dolencias humanas. Afirmaban haber sido los primeros médicos Oxomococipactonal y Tlatecuinxochicoaca, inventores de la medicina.

Los chichimeca no conocían la medicina. Si alguno enfermaba y a los tres días no entraba en mejoría, lo mataban metiéndole una flecha por la garganta. Los muy viejos sufrían igual destino, pues decían que los quitaban de padecer; en cambio, su bárbara hazaña la solemnizaban con bailes y cantos, durante dos o tres días.

Los mexica adelantaron notablemente en la ciencia de curar, y de los reinos vegetal y mineral sacaron gran provecho, así como del animal.

La Europa aprovecha aun varios medicamentos indígenas y entre ellos recuerdo la zarzaparrilla, anacahuita, raíz de Xalapa, el liquidámbar y otras.

En la época de Felipe II, vino a México el doctor Francisco Hernández quien formó una obra muy extensa en veinticuatro libros y once tomos de láminas acerca de los productos naturales. Muchas veces he consultado esa magna obra en la biblioteca de la Escuela Preparatoria de México, en donde existe, pues pasó después por muchas manos el manuscrito. Tiene mucho de empírico y de vulgar, pero sobra en direcciones para la aplicación.

Los médicos aztecas, mezclaban y aún es moda y costumbre en muchos pueblos, la medicina a la superstición, pues que para curar las dolencias, soplan, chupan y agregan otras supercherías con las que dicen sacan fragmentos de carbón, de espinas, huesos etc., en los que el pueblo ignorante ha creído a puño cerrado.

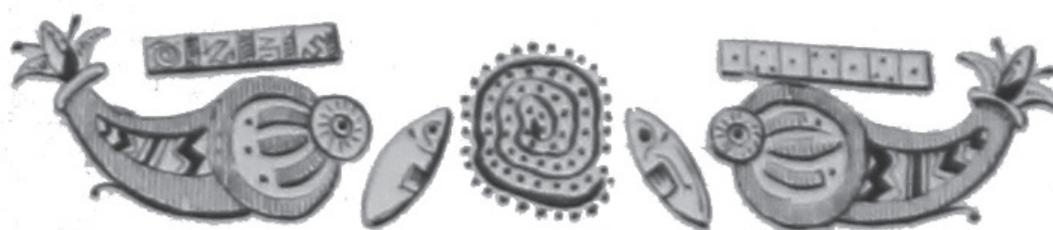
Lo cierto es que conocieron y conocen los que quedan, infinidad de yerbas con las que curan enfermedades como fiebres, reumatismos y muy particularmente las de la piel.

El padre fray Bernardino de Sahagún, habla extensamente de esta materia, insertando multitud de recetas que a mi juicio muchas más que para sanar, matan y con mucha razón. Don Carlos María de Bustamante, cuando editó en 1830 la interesante obra del referido historiador, dijo que por muy bueno que fuera el uso de los remedios que se indicaban, no había que practicarlos antes de consultar con un médico.

Entre las yerbas originarias de América y que alcanzó en la actualidad gran importancia, es el tabaco (*Nicotina tabacum*, género solanácea de *jussien pentandria monoginea* de Linneo), nombre que le daban los de Haity, pues los mexicanos la conocían por *yetl*, de hoja larga más estimada; *picietl* de hoja menuda y *cuauhyetl* el poco estimado por ser cimarrón.

Los indios lo tenían por medicinal y lo usaban formado poniéndolo en un tubo de caña o de otra materia más fina (fig. 12) enrollando las hojas sobre sí mismas o picado, en pipas (figs. 38 y 58). Algunos le agregaban liquidámbar u otras plantas olorosas.

A propósito: la pipa da idea del antiquísimo uso del tabaco, más allá de los pueblos históricos del valle. La que consta dibujada en la fig. 58; la conseguí al practicar una excavación en la antigua ciudad de Tollan el que ha sido clasificado por los inteligentes como un riquísimo ejemplar (Fig. 38).



CAPÍTULO XIX



[Confusión de la mitología entre las diversas ramas etnológicas. Diversos cultos y extraños ídolos. Opinión del Sr. Lic. Chavero dada al autor relativa al culto del phallus. Lo que el autor presume. Deidades entre los othomits. Huitzilotpochtli. Quetzalcóatl y Tlescatlipuca. El Dios desconocido. El cielo y el infierno. Recompensas y penas. Funerales a los difuntos. Ceremonial usos y costumbres. Los sacerdotes y los templos. Superstición por superstición. La piedra de los sacrificios por la hoguera de la Santa Inquisición].



CONFUSA

extravagante y revuelta, aparece la mitología de las diversas ramas etnográficas que habitaron en el Estado.

Allá por las regiones del norte, en Yahualica e Ychatlan, en Zacaontla y otros puntos, se marca el culto a los animales o al *phallus*, que como antes dije, acusa una remotísima antigüedad; a una época de tribus ignorantes y desnudas, expresando seguramente la fuerza fertilizante. Muy bien pudiera ser, empero al lado de esas raras figuras se ven resquicios de una civilización bastante avanzada.

Practiqué en Yahualica, muy particularmente, excavaciones diversas, procurando sobre todo los túmulos o sepulcros, porque siempre se encuentran alrededor de los despojos humanos, objetos diversos que dan luz respecto de las razas a que pertenecían.

El hombre se manifiesta por sus armas, utensilios, productos de la industria, cerámica y aun la misma disposición del lugar que guarda aquellas riquezas.

De lo que obtuve en esos trabajos, en manera alguna, tiene semejanza con los restos históricos de los tolteca, chichimeca, othomit o azteca; he aquí el motivo porque desde un principio, aunque con temor, los atribuyo a los ulmeca y xicalanca.

El culto al *phallus*, entre los asiáticos figura desde remotísimos tiempos.

El sabio Orozco y Berra, dice: “No encontramos en las pinturas mexicanas cosa que correspondía exactamente a esta categoría, aunque se puede asegurar que una piedra tosca del cerro de las Navajas, sirvió de culto a los montañeses primitivos de aquel distrito, que labraban los lechos de obsidiana.”

Esta declaración apoya más mi creencia de que pertenezca a los ulmeca y xicalanca, en virtud de que estos habitaron el extenso litoral que se extiende en el valle de Tullancingo, donde también en mis estudios prácticos, obtuve objetos semejantes a los de Yahualica.

El doctor Arthant descubrió en 1790, en la carrera de Borgne en Santo Domingo, un *phallus* de mármol que tenía un agujero en la parte inferior para llevarlo como adorno suspendido al cuello, de un cordón. Un fragmento también encontré en un sepulcro de Yahualica (Fig. 134). Sabido es que las mujeres del Asia usaban ese dije y todavía en Bretaña es muy común en algunos pueblos. La semejanza que existe entre los americanos, en sus costumbres, con los asiáticos, afirma más y más la creencia de antiguas relaciones; pero cuándo y cómo se verificaron es por ahora imposible señalar.

Mi respetable maestro el señor licenciado don Alfredo Chavero, a quien el caso consulté, me dice: “No olvidé usted que el *phallus*, pertenece a la raza cuaxteca, y que los cuaxteca corresponden a la civilización del sur. Uno pequeño, enteramente igual, he tenido yo, y se sacó en una excavación en el cantón de Tuxtla del estado de Veracruz.” De mucho peso es la opinión y efectivamente, en los lugares habitados por los resquicios de la raza a que se refiere el ilustre arqueólogo e historiador, se encuentran ídolos que semejantes al de Yxcatlán, muestran su desnudez completa (fig. 120). Pero aquella región dista mucho de Yahualica en primer lugar, y en segundo, más se advierte por el género de construcciones, la mano de los ulmeca y xicalanca, y esto comparando mis descubrimientos precisamente con los que nos muestra el mismo señor Chavero en *México a través de los siglos*, como lo hice notar en las figuras a y b, en la introducción de esta obra.

Ahora bien, supongamos que los cuaxteca fueron poseedores de aquellas tierras, extendiendo su civilización hasta el centro de la sierra del estado; pero su poderío alcanzó hasta Huapalcalco y Tulancingo donde tanto se advierte la huella del ulmeca y xicalanca, del toltecatl y el chichimeca, del acolhua y el azteca, como se dan a conocer hasta el verdadero litoral que ocupan los cuaxteca, dejando hasta el día, los nombres de los pueblos en su idioma como Tamasunchale, Tantima, Tantoyuca, etc. Muy bien que tuve en cuenta lo que el señor licenciado Chavero me advirtió y así lo demuestro al manifestar cuánto ha sido mi sorpresa ver en construcciones de origen y rama distintos objetos acumulados, por ejemplo, en un sepulcro.

¿Será acaso la influencia de una civilización preponderando en otra?

Estas dudas que se ofrecen cuando prácticamente se estudia sobre el terreno mismo, me obligan a repetir con perdón de eminentes autoridades, que aún no está perfectamente definido el punto sobre el culto al *phallus*, o de otra manera, tendremos que concluir en que, mucho de lo que se ha dicho respecto de las huellas de ciertas ramas etnológicas, no son de las supuestas, sino realmente distintas a quienes por conjeturas atribuimos o les donamos un carácter distinto al que fueron.

Si las proposiciones de este pequeño trabajo me lo permitieran, entraría en mayores detalles que reservo para más tarde, pues juzgo de gran importancia para la historia patria, aclarar este asunto.

Sigamos pues, el curso de la narración sobre las creencias y formas en que las razas históricas tuvieron sus dioses.

El othomit, no obstante su rusticidad y abandono, llegó a levantar templos de oración a sus deidades.

Yoxipa, era una de las divinidades de primera categoría, y aun cuando humildemente se le rendía homenaje en una choza de paja, grande debió ser la distinción desde el momento en que sabemos que aquellas gentes tenían cuando más, por habitaciones, las estrechas cavernas, o por techumbre la más rica, la del firmamento; y además, el *tecutlato*, sacerdote, con asistencia de otros ministros inferiores y por jóvenes educandos en una especie de monasterio parecido al *calmecac* de los mexica, hacían penitencia por el repetido sistema; cantaban y bailaban en honor de la divinidad.

Otro era Otontecutle u Oton, su primer conductor a quien edificaron, a Xoxippa y a Atetein.

Los tolteca, al principio de su establecimiento en Tollan, tenían por culto al sol y a la luna y a las estrellas, personificando la fuerza del sol en Tonacatecuhtli, dios del sustento, entendiéndose que también adoraban al fuego.

Con el tiempo admitieron la creencia de doce cielos, viviendo sobre el más alto Om-etequhtli y Omecihuatl su mujer, como señores de esos cielos y de la tierra. Sahagún agrega “qué de aquel gran señor, dependía el ser de todas las cosas, y que por su mandado de allá venían la influencia y calor con que se engendraban los niños o niñas en el vientre de sus madres.”

Más tarde se fueron transformando las creencias al contacto de los moradores del Valle, convirtiéndose en politeísmo las zoolatrías de Teotihuacan con los idolátricos, apareciendo el culto a Tlaloc, y después a Quetzalcóatl y Tlezcatlipoca.

En medio de ese maremágnum de leyendas y fábulas, aparece Quetzalcoatl, cómo pontífice blanco y barbado, civilizador, taumaturgo, en el mito monogenista de los nahoa, hijo de Yztacmixcoatl y de Chimalma, y por lo mismo medio hermano de los americanos, y extranjero; venido por el mar o las costas de Pánuco, admitido después en Tollan, fue pontífice de la religión que enseñaba tan semejante a la cristiana. Personaje real, el amor público le ha declarado dios y en este sentido es sinónimo de *ce acatl*.

El principal embrollo que ha resultado de esa confusión se debe a los primeros misioneros que sin el conocimiento necesario de las escrituras de los naturales y total de la lengua, aventuraron conjeturas produciendo un completo embrollo. Por la semejanza de ciertas ceremonias religiosas entre los indios, con las prácticas católicas, se llegó a presumir que el cristianismo no era extraño en América y aún se llegó a sospechar que el apóstol santo Tomás, llegó a dirigir sus palabras a los infieles y que el culto a la cruz existía.

Sofismas y más sofismas amontonados por la superstición de los misioneros cronistas en el nuevo país conquistado.

Los azteca aparecen más veces en sus prácticas religiosas como un pueblo culto y sobradamente adelantado, y en general respirando el espíritu de una ferocidad terrible, como se deduce de las sangrientas hecatombes de millares de víctimas sacrificadas en honor de sus dioses ya para agradecerles, ya para esperar favores o pretendiendo por ese medio aplacar la cólera.

Se entrevé, sin embargo, que existía la creencia de una figura superior de un “Dios creador por quien vivimos; el omnipotente que conoce todos nuestros pensamientos y dispensador de todas las gracias, aquel sin el cual nada es el hombre, el Dios invisible, incorpóreo, de perfecta perfección y pureza.”

Recurrieron a la pluralidad de los dioses y así significaron los elementos como lo más íntimo y trivial de la vida.

Descuella en primer terminó el terrible Huitzilopochtli, el más principal, aquel que a los guerreros, muy particularmente llamaba, dándose desusado valor para la captura de víctimas que en su honor se inmolaron [fig. 216].

Aparece el interesante Quetzalcoatl, como dios del aire, Tezcatlipuca del fuego, y así iban decreciendo en autoridad hasta llegar a los penates o caseros que se encontraban en las más humildes cabañas [fig. 217].

Imaginaron, dice un historiador, tres diversos estados de existencia en la vida futura: el malo, reservado a la mayor parte de los hombres, era para expiar las culpas y consistía en una

obscuridad eterna. Otra parte de los hombres, sin más mérito que haber muerto de ciertas enfermedades caprichosamente elegidas, gozaban de una existencia vegetativa, de un estado de indolente satisfacción. El más alto destino estaba reservado, como en las más naciones guerreras, para los que morían en los campos de batalla o en los sacrificios; su suerte era pasar de una vez a la presencia del sol, y formando coros de canto y baile, acompañarle en su brillante carrera por los cielos, después algunos años, sus espíritus venían a animar las nubes, los pájaros canoros de bello plumaje y a vivir entre los ricos colores y deliciosos perfumes de los jardines del paraíso.

Así aparece gráficamente descrito en el famoso Códice Vaticano y corroboran Sahagún y Torquemada.

Tal era el cielo que se imaginaban los mexica y con el mismo refinamiento pintaran las penas de los malos, inventos que han surgido por la caprichosa imaginación de los pueblos.

Coincidencias hay que a menudo se encuentran entre las religiones de distintas razas y entre el pueblo mexicano se entrevén muchas idénticas a las avanzadas civilizaciones, muy particularmente en la forma.

Un cadáver era objeto de grandísimo respeto y consideración, usándose antes de entregarlo a la madre tierra varias ceremonias que, aunque ligeramente, debo mencionar.

Según las condiciones del difunto, así eran también las distinciones, dándose principio por adornarlo con los vestidos y atributos de su particular deidad, envolviéndolo en tiras de papel que significaban como un resguardo contra los peligros que tenía que encontrar en su peregrinación; procedíase a la incineración, guardándose las cenizas en primorosas cajas de piedra, esculpiendo ya el retrato, categoría o hechos culminantes de la vida, o bien se depositaba el cadáver dentro de un gran saco de manta, sin faltarle sus usuales armas, instrumentos de trabajo, vasijas, platos, etc., provistas de ricos manjares, rodeándose de infinitas ceremonias, acompañadas de cantos y bailes.

La superstición inculcada exclusivamente por los sacerdotes había llegado al apogeo en todos los espíritus, borrando casi la poesía en loor de las deidades, pero acumulándola en los demás actos de la vida.

Citase al Egipto como el pueblo más lleno de quimeras y sin embargo, comparándolo con el mexica, encontramos mayor abundamiento, y si la desenfrenada superstición no hubiera sido inculcada desde el vulgo ignorante hasta la majestad del magnate, duras penas habrían padecido los conquistadores de esta tierra para llevar a efecto su audaz empresa.

Los pueblos estaban provistos de infinidad de templos, servidos por sacerdotes que vivían enseñoreados y enriquecidos con las primicias, ofrendas del pueblo y el producto de arrendamiento de tierras; pero sin desatender al desvalido a quien hacían menos dura su situación con limosnas que repartían del sobrante de los productos destinados al culto.

Los sacerdotes vivían con cierta amplitud y comodidades, habitando en los mismos templos; mientras estaban al servicio, les era permitido el casarse, no obstante que su disciplina era semejante a la de conventos de frailes misioneros pintada por ellos mismos; mas en la azteca la austeridad y penitencia se confirma plenamente y contrasta esa vida ejemplar con su terrible oficio desprendiendo de su seno el corazón palpitante de su propio hermano para arrojarlo a los pies de la sangrienta divinidad.

La conquista acabó con todos esos cuadros que imperfectamente he pretendido bosquejar: el indio siguió convertido en paria, en instrumento fiel del fraile y del magnate, los ídolos de piedra fueron sustituidos por los de palo y otro fanatismo igualó con creces al otro fanatismo; la piedra de los sacrificios desapareció, levantándose la hoguera de la Santa Inquisición, perdiéndose las costumbres, la sobriedad y hasta el respeto mutuo y la rapiña y el vasallaje ejercieron su oficio.

De los pueblos antiguos nos quedan solamente girones de su historia. Por honor de nosotros mismos no queda más recurso que reconstruir por medio del trabajo.

Luis A. Escandón.



**ETNOGRAFÍA Y ARQUEOLOGÍA DEL ESTADO
DE HIDALGO**

*EXPOSICIÓN COLOMBINA DE CHICAGO
INFORME DEL COMISIONADO ESPECIAL*

1893



I PRELIMINAR



SEÑOR Secretario de Gobernación:

A principios del mes de mayo del año de 1892 la Junta Central del Estado, encargada de organizar los trabajos para la Exposición Colombina de Chicago, se sirvió honrarme con la comisión relativa a etnología y arqueología, carga pesada para mis escasos conocimientos pero que acepté por espíritu patriótico. Con poco trabajo hubiera llenado mi comisión limitándome a reproducir cuanto han dicho varios antiguos y modernos historiadores y formar por medio de simples datos las cartas arqueológica y etnográfica.

Empero, como se trataba de presentar algo nuevo, por más que a la historia general de América esté íntimamente ligada la del hoy estado de Hidalgo, tuve en cuenta que, por más que en distintas épocas me impuse el ímprobo trabajo de compilar datos para escribir una enteramente particular, encontré una multitud de erróneas creencias, suposiciones infundadas y conjeturas esparcidas, pudiendo convencerme de que para legar a un buen fin había que emprenderse un estudio sobre el terreno. Así lo significué a los señores don José de Landero y Cos y don Carlos R. Michel,⁴⁸ quienes de acuerdo con la Junta resolvieron proporcionarme los medios de llevar a efecto mi propósito.

El día 15 del citado mes de mayo emprendí viaje para la parte norte del estado y el 19 me encontraba en Huejutla, donde no obstante la elevada temperatura y otra serie de inconvenientes que amilanan con frecuencia a los viajeros, todo lo olvidaba y sufría pensando en la serie de sorpresas que había de recibir al emprender mis trabajos.

Después de tomar los informes que más adecuados creí a mi objeto, me trasladé a Yahualica que, según reza un precioso manuscrito que obra en poder del señor don Joaquín García Icazbalceta, fue allende los siglos presidio y frontera contra los cuaxteca y al mismo tiempo provincia correspondiente al señorío de Metztlán.

Yahualica en su terreno acusa haber sido el asiento de diversas ramas etnológicas, y tengo para mí, sin temor de equivocarme, que fue habitada por cuaxteca, xicalanca, tolteca, chichimeca y azteca, pues se encuentran marcados vestigios de esas razas en monumentos, sepulcros, ídolos, armas, tiestos, etc. Cuan breve me pareció el tiempo que estuve en ese rico país donde su riquísimo suelo invita a la reflexión y al estudio.

48 Principales miembros de la Junta nombrada por el gobernador Rafael Cravioto para coordinar la participación del estado de Hidalgo en la exposición de Chicago [Esta y las siguientes notas del *Informe* son de Enrique Rivas Paniagua].

II LOS CUAXTECA. YAHUALICA



SIN PÉRDIDA de tiempo procedí a la empresa de mis trabajos, encontrando la inteligentísima colaboración del señor don Jesús Torres, presidente de aquel municipio.

Fue mi primer cuidado cerciorarme de qué punto se ha partido para consignar como un hecho que Yahualica fue presidio; y no tardé en convencerme, pues en primer lugar el pueblo se encuentra sentado sobre un inmenso *block* de granito como tajado a pico, con una altura respectivamente de los bajos —que son ríos que circundan— de 150 a 200 metros, contando tan solo con dos difícilísimas entradas que parecen imposibles por sus grados de inclinación y zig-zag.

No exagero y aun pudo ser un hecho, que con sólo 20 hombres en cada uno de aquellos quebrados caminos se haya defendido la fortaleza contra millares de potentes enemigos; tal es la configuración geológica del terreno. Y como si no fuera bastante, se advierten en la parte superior de la montaña los resquicios de terribles parapetos, torres y encrucijadas indestructibles, formadas por tallada piedra que de la parte baja fue conducida a la extensa meseta.

Y allá en aquella altura secular, relativamente para el terreno, debieron vivir millares de familias, no solamente soldados que guardaran la independencia del reino independiente de Metztlán, porque se encuentran las señales inequívocas de la población y de una población extensa, numerosa, ilustrada y, como he dicho antes, diversa en etnología.

Junto al sepulcro de estructura xicalanca, en cuyo centro aparecen ídolos y útiles propios de aquella raza, vemos un hermoso y enorme *Phallus*, deidad que llevaron seguramente las oleadas del Sur y como peculiar encontramos en los cuaxteca.⁴⁹

El culto al *Phallus* debió predominar muy especialmente en Yahualica y con cierto boato, a juzgar por las siguientes deducciones que me hago. En la parte más céntrica de la población actual, sentada sobre otras antiquísimas, nótanse los restos de un gigantesco templo en el que se encontró la figura que aparece en la ilustración, y en las diversas excavaciones que practiqué cerca de ese lugar salieron a luz dos columnas fállicas que seguramente rodeaban de trecho en trecho la base del edificio.

49 Es la misma pieza que diez años después el ejecutivo de Hidalgo, “invitado” por Porfirio Díaz, cedería y hasta conduciría al Museo Nacional. Deduzco lo anterior del *Informe del gobernador constitucional, C. Pedro L. Rodríguez, a la XVIII Legislatura del estado, al abrir ésta el segundo periodo de sesiones ordinarias*: “La Secretaría de Justicia, por acuerdo del señor presidente de la república, solicitó fuera cedido a la Sección de Arqueología del Museo Nacional el *Phallus* colosal que existe en el pueblo de Yahualica; y el gobierno [hidalguense] creyó deber acordar de conformidad, dictando desde luego las órdenes correspondientes, a las que se está dando ya cumplimiento, para que con las precauciones del caso sea trasladado a la Ciudad de México” (POGEH, 1 septiembre 1903). El propio Rodríguez informó más tarde que el importe del traslado sumó 95 pesos (POGEH, 4 julio 1904).

Además, ese género de culto se ha dicho con sobrada justicia que fue propio de las tribus desnudas, y los cuasteca “se hacían notables —dice Orozco y Berra— porque andaban con sus vergüenzas descubiertas.” Así también me lo aseguraron mi respetable maestro el señor licenciado don Alfredo Chavero, insigne historiador, y el reputado anticuario el señor don Francisco de P. Troncoso, director del Museo Nacional, con quienes conferencí después de la práctica de mis exploraciones. La zoolatría existió también en Yahualica, según lo demuestran mudos pero preciosos testigos.

Tuve la fortuna de salvar de una segura destrucción la interesante figura de un orangután, que yacía clavada en tierra; y en mis exploraciones en Huitznopala, hacia el suroeste, encontré los vestigios de un gran pueblo donde abundan infinidad de pirámides, templos, etc. Al pie de uno de estos, debajo de un pequeño montículo de tierra, encontré la figura del Teomázatl, dios venado, curiosamente esculpido en piedra durísima.

Además, en un sepulcro de los varios que tajé en Yahualica, encontré una buena porción de cabecitas de barro cocido, afectando formas distintas de toda clase de animales, predominando entre ellas la del mono.

Ídolos hay que revelan distintas civilizaciones; y entre otros puede verse la cabeza de una mujer que coloqué sobre la gran piedra que, al abrir una sección transversal sobre un templo, apareció en el centro como la angular quizá. Esa cabeza, como otras que se hallan frecuentemente esparcidas en los campos, pertenece a la civilización azteca, última que dominó la región después de la acolhua.

Para formarse una idea más concreta del género de trabajos que llevé a efecto en Yahualica, transcribo aquí una parte de la introducción del libro que, manuscrito, fue enviado a la Exposición de Chicago:

Emprendí la primera excavación en un montículo que se eleva del piso natural 9 metros 65 centímetros por 3 metros 50 centímetros de ancho, sin haber logrado encontrar más que piedra amontonada en capas perfectamente superpuestas, y en el centro una gran piedra de 1 metro 95 centímetros de altura por 65 centímetros en los cuatro lados; y en el fondo apareció la roca dura, sin indicios de ser un sepulcro sino un templo en cuya cima se encontró seguramente alguna deidad.

A los 10 metros hacia la derecha emprendí un nuevo trabajo en iguales condiciones en otro promontorio de 7 metros 56 centímetros de altura; y a los 5 y 49 de la sección apareció una pared perfectamente construida a la usanza de los ulmeca y xicalanca, idéntica a las encontradas en el estado de Puebla.

Derribé las losas, encontrando en el fondo resquicios de haber sido depositado un cuerpo humano, con la demostración de pequeños fragmentos de huesos que al simple contacto se pulverizaban.

Alrededor del lugar que debió ocupar el despojo aparecieron un collar de hueso labrado y una cuenta de nefrita, una hacha de piedra pulida, varios dardos y navajas de obsidiana, una boquilla de hueso para fumar, dos fragmentos de pipas, tres cinceles, una olla y un plato de barro cocido, rotos; y como objeto muy importante, un pequeño phallus tallado en piedra, roto de la parte posterior, el que seguramente servía como dije o amuleto, como lo usaron los griegos, los asiáticos, los italianos y los bretones.

No satisfecho aún, busqué entre los muchos que existen otro promontorio más pequeño.

Su construcción difería absolutamente del anterior, pues se formaba de una capa de tierra de 76 centímetros de espesor, siguiendo en el fondo capas de piedra perfectamente acomodadas.

Antes de llegar al centro del montículo, en la sección transversal emprendida, apareció una torta de mezcla de 25 centímetros de espesor; y abajo de ésta, entre una inmensa cantidad de tios, revueltos con tierra, fragmentos de huesos humanos y de animales, muchas cabecitas de barro cocido afectando formas distintas, dos pequeñas ollas y dos pitos figurando aves.

Más adelante, bajo las mismas condiciones que el anterior, otra osamenta humana en perfecto estado de deterioro.

Como objetos curiosos encontré varios de alfarería, 22 malacates para hilar, huesos labrados para tejidos y un tubo de barro cocido conteniendo una valiosísima colección de agujas de hueso primorosamente pulidas; pero en su mayor parte en deterioro por la fabulosa cantidad de años que seguramente permanecieron en aquel lugar.

Estos objetos, lo mismo que otra ollita, otro pito, una flauta y trece cabecitas de formas humanas y de animales que aparecieron en otro departamento ya descrito, son en su construcción y en la clase de barro idénticas a las obtenidas en la segunda excavación. A mi juicio, deben ser mucho más antiguos que los de origen tolteca y chichimeca.

III ICHCATLAN



EL TIEMPO de que había de disponer para estatuir más tarde mis trabajos me impidió continuar explorando aquella vastísima región, mirando a mi paso, con harto sentimiento, sembrado el terreno de antigüedades como cimientos, elevadas pirámides, sepulcros, etc.

Empero, no pude resistir a la tentación de hacer una visita al pueblo de Ichcatlan, hacia el poniente de Huejutla, lugar del que el ilustrado doctor don Manuel Andrade me habló con muchísimo interés.⁵⁰ Efectivamente, me dirigí al citado punto y hube de convencerme de la gran importancia arqueológica que encierra, tanto quizá como el mismo Yahualica, aun cuando solamente se adivina la estancia de dos ramas etnológicas: la cuaxteca y la mexicana o azteca.

El moderno pueblo existe sobre una pintoresca colina adornada por exuberante vegetación, regadas por las limpísimas aguas de un río que corre al pie de una eminencia semejante a la de Yahualica, y de tal manera difícil para el ascenso que hay necesariamente que ayudarse de sogas para trepar por aquellos planos perfectamente inclinados.

En la superficie se extiende una explanada irregular, dominando grandes distancias; y en esos sitios aparecen vestigios irrecusables de una civilización bastante avanzada, a juzgar por los fragmentos de columnas, escalinatas, etc., que aquí y acullá se han chocado desmembrándose de su primitivo asiento.

Un ídolo que obtuve —no por cierto de importancia por su tosca construcción, pero sí por la grandísima que encierra definir a qué rama etnológica perteneció— me hizo comprender que me hallaba en un punto que fue ocupado por familias cuaxteca.

La figura a que me refiero es casi idéntica a las que en la mayor parte de aquella región existen mostrándose en toda su desnudez.

Los varios curiosos útiles de cerámica que, extraídos de aquel punto, existen en poder del señor doctor don Manuel Andrade, justifican más mi creencia, después de resolver el problema que se me presentó en Yahualica.

La importancia arqueológica de ese punto, repito, es indiscutible; y no dudo que el gobierno del estado o el general protejan la ciencia mandando inteligentes comisiones que exploren tanto que, para bien de la historia, yace en el más profundo abandono a merced de la destructora mano del tiempo y de la ignorancia.

⁵⁰ El médico y en algún tiempo coronel Manuel T. Andrade fue un estudioso de su tierra natal, la Huasteca hidalguense, donde impulsó la instrucción pública y varias mejoras materiales. Murió el 18 de agosto de 1900 en su hacienda de Tequispitzal, siendo diputado al Congreso de la Unión y jefe político del distrito de Huejutla (cfr. POGEH, 20 agosto 1900).

IV TLACOLULA. ZACUALTIPAN. ATOTONILCO



HE DEJADO a Huejutla, pasando después por Tlaltiyahualica, Hueyatl, Huitznopala, Zotipan hasta Tlacolula, siguiendo el río que baña las fértiles vegas donde crecen en desorden poético los manglares, los limoneros y el tamarindo. El esbelto bambú se mece a impulso de los ligerísimos vientos que como un bálsamo de vida acarician al viajero, como para impedirle el mal humor que producen los quemantes rayos de aquel sol ardiente.

El platanar cobija suavemente con sus frescas hojas las del cafeto que en rojos racimos muestra su riqueza; y el naranjo, cuajado de sabrosos frutos, como ascua de oro entre el verde follaje, alterna con la gentil palmera.

Borda las colinas el zacate del Pará en artística greca con la caña de azúcar, y entre las escarpadas rocas de basalto se desprenden níveas cascadas formando un conjunto encantador.

Y entre aquella mezcla de grandezas se escucha el acampanillado canto del ruiseñor y el de la burlona calandria, la estridente algazara de chachalacas y pericos siguiendo una inmensa variedad de aves de rico plumaje.

Allá en las soledades del bosque, donde el bejuco en naturales mallas ha formado imposibles entradas, ruge el puma y el tigre acecha al incauto ciervo.

Esto que hoy nos parece superior, no es ni con mucho lo que más allá de la conquista de los españoles fue aquella opulenta región, porque han desaparecido los seculares bosques para convertirse en potreros de pastura y el finísimo cedro ha tenido que ceder el puesto a unos cuantos granos de un cereal.

Cuan dichosas debieron ser aquellas tribus que en medio de su rusticidad encontraban a cada paso los elementos prodigados por la naturaleza, pero vistos a la vez con respeto.

Desde Tlaltiyahualica hasta el pueblo de Tlacolula, que se encuentra al pie de dos enormes montañas, se distinguen los vestigios de antiquísimas civilizaciones, sin que sea raro encontrar, como encontré en La Cumbre,⁵¹ en Zacualtipán, todo lo que hacia el norte y nordeste se mira enriquecido por elementos de estudio.

A la simple vista, basta fijarse en ambos lados del camino entre Zacualtipán y Tianguistengo para convencerme de que en muchos cientos de años se terminaría un trabajo de exploración arqueológica siguiendo esa ruta que irá a perderse en lejanas regiones.

⁵¹ En el original reza: “en la ‘cumbre’”. Como sin duda se refiere al lomo montañoso donde hoy se asienta la comunidad de La Cumbre de Alumbres, cercana a Zacualtipán, sitio desde el cual efectivamente se divisa una vasta extensión de la sierra, eliminé las comillas de la palabra para transformarla en topónimo.

En Atotonilco, llamado el Grande, existen también infinidad de riquezas sepultadas bajo la incuria y el abandono, haciendo gran falta para destruir los garrafales disparates con que se encuentra sembrada la historia antigua de México.

A este propósito, quizá inconscientemente han incurrido en gravísimo error dos de nuestros sabios historiadores, confundiendo lastimosamente el nombre de esta población con el igual significado geográfico que pertenece hoy al distrito de Tula.

Me refiero al año de 1480.

A la muerte del gran Atzayácatl subió al trono Tīçocicatzin, llamado también Tizoc.

Era usanza entre los mexicanos sacrificar millares de víctimas cuando un gran suceso ocurría entre ellos. Para celebrar debidamente la coronación del nuevo rey, acordaron los señores de la nobleza hacer una solemne fiesta a su rey, y resolvieron que el día de la unción se inmolaran al dios Huitzilopochtli prisioneros quitados al enemigo, para lo que había que emprender una campaña, y tocó ésta contra los de Metztitlan.

Se dispuso que los ejércitos de Texcoco, Tacuba, Xochimilco y otros de la tierra caliente se aprestaran al combate, citando como puntos de reunión Ixmiquilpan y Atotonilco.

El padre fray Diego Durán dice (*Historia de las Indias de Nueva España*, título I, página 312 del capítulo XL): “Instaláronse en Atotonilco, donde el rey hizo llamar a los señores de aquel pueblo y de Ixmiquilpan”, etc.

El pueblo de Atotonilco a que se hace referencia es el perteneciente al distrito de Tula y que se encuentra a los 20° 17' 57" latitud y 0° 33' 53" este del meridiano de México.⁵²

El señor Orozco y Berra le confunde con el primer itinerario de los méxi cuando dice (*Historia antigua y de la conquista de México*, tomo III, página 77 del capítulo IV): “Dos Atotonilcos existen en el estado de Hidalgo, denominados Grande y Chico; parece que el itinerario menciona a este segundo.”

No dos sino tres son los pueblos que en el estado llevan ese nombre, y al que se refiere el primer lienzo de la peregrinación es también el perteneciente a Tula.

Por último, el señor doctor don Antonio Peñafiel cita como el punto de operaciones al pueblo de Atotonilco el Grande, cuando dice (*Nombres geográficos de México*, página 63): “Atotonilco el Grande pertenece al estado de Hidalgo, que tiene aguas termales a corta distancia de

52 Según el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática: 20° 00' latitud norte y 99° 13' longitud oeste del meridiano de Greenwich; cfr. *Atotonilco de Tula, estado de Hidalgo, cuaderno estadístico municipal*, Aguascalientes, INEGI, 1997, p. 3.

la población y figuró de un modo notable en la historia mexicana desde que el rey Tizoc fue derrotado por los de Metztlán.” Para cerciorarse de la proximidad de los

Para cerciorarse de la proximidad de los pueblos que se citan, bastará saber que Ixmiquilpan se encuentra a los 20° 28' 14" latitud y 0° 03' 54" longitud oeste del meridiano de México,⁵³ que respectivamente con el de Atotonilco a que hago referencia persuaden a una dirección regular del itinerario que siguieron los méxi en su desastrosa campaña contra los metztlancalques.

Si necesario fuere aducir más razones en pro, no tendré inconveniente en demostrarlas; pero no lo creo, pues con lo expuesto bastará para demostrar que las eminentes personas que han incurrido en el error lo hicieron quizá inconscientemente.

53 Según *Ibid.*: 20° 29' latitud norte y 99° 13' longitud oeste del meridiano de Greenwich; cfr. *Ixmiquilpan, estado de Hidalgo, cuaderno estadístico municipal*, Aguascalientes, INEGI, 1994, p. 3.

V TULANCINGO



OTRO de los puntos de grandísimo interés histórico es Tulancingo y muchos de los pueblos que le rodean, pues se advierten en ellos tres distintas civilizaciones: la ulmeca y xicalanca, la tolteca y la acolhua.

También sobre ruinas de otros pueblos más antiguos edificaron estas tribus unas desnudas cazadoras; muy particularmente debieron existir en Huapalcalí, Huapalcalco, donde quedan como en Cholula vestigios de gigantescos templos y fragmentos de colosales ídolos.

Las habitaciones primitivas se encuentran entre las gigantescas rocas, formadas unas por la mano de la naturaleza y otras por la del hombre.

Más allá, el histórico cerro de las Navajas, del que dice Guillermo Tarayre:

Las minas de obsidiana del cerro de las Navajas parecen haber suplido a las necesidades de Anáhuac. Colocada la montaña en el límite de los otomíes, forma una de las cumbres de la cadena traquítica que de este a oeste se extiende, desde los Órganos de Actopan hasta Tulancingo, en el límite norte del valle de México.

Hacia la parte sureste de la ciudad, en las inmediatas montañas, se encuentran demostraciones de la existencia en épocas remotísimas de una civilización bastante avanzada, como lo demuestra el ídolo de Palpan que obra en mi poder.

El resultado de mi expedición a Tulancingo fue de gran utilidad para mis estudios, averiguando, como he dicho, que aún se encuentran por distintos rumbos muestras inequívocas de varias ramas antológicas, demostradas por construcciones, cerámica, armas, ídolos, etcétera.

Muy pronto me propongo hacer un viaje especial por aquella región, y no dudo que el resultado será benéfico para aclarar ciertas dudas históricas que durante el curso de mis trabajos me han asaltado y que me parecen de sumo interés para ponerlas a discusión, a fin de que nuestros sabios arqueólogos emitan sus respetables opiniones.

VI TOLLAN



PRIMERO las contiendas intestinas, después la irrupción de los chichimeca, luego la del azteca y por último la destructora mano del tiempo, han derribado y hundido bajo escombros a la gran metrópoli que fue la joya más rica, la metrópoli eminentemente aristócrata donde se justificaba el natural talento del toltécatl y el emporio de su civilización.

Allí, entre montículos cubiertos por el *Prosopis dulcis*, el cactus *Opuntia*, el agave, el *Cereus exelsus* [sic], la *mammillaria* magnánima y otra variedad de plantas, yacen sepultados los resquicios de una gran ciudad que bajo el nombre de Mamem ocuparon los othomí y después conquistada por los tolteca, fue la capital de ese privilegiado reino.

He aquí lo que a ese propósito digo en la introducción al libro que *exprofeso* escribí para que figure en la Exposición Colombina de Chicago:

El día 8 de septiembre de 1892 llegué a la histórica villa de Tula, y desde luego procedí a explorar distintos lugares para ver si me era dado encontrar los resquicios de la metrópoli de aquel gran trabajador pueblo que mereció con justicia el apellido de industrioso y trabajador.

Hace años que Mr. Decidere Charnay,⁵⁴ miembro de la Academia de Ciencias de París, emprendió excavaciones en un cerro cercano a la actual villa de Tula, llamado El Tesoro, descubriendo en puntos enteramente opuestos ruinas de riquísimas habitaciones.

Consecuente era creer que no fueran las únicas que aisladas permanecieran en aquel inmenso terreno. Y en tal virtud, mis proyectos desde un principio consistían en averiguar la existencia de las ruinas de la antigua ciudad, siguiendo las indicaciones del sabio historiador fray Bernardino Sahagún.

Más de una semana dediqué a buscar alguna huella, y bien pronto me persuadí de que podía lograr mis vehementes deseos, pues noté una serie de montículos interrumpidos por abras siguiendo direcciones regulares de sur a norte, una gran explanada y en el centro dos grandes promontorios, uno que afecta la forma cónica truncada y otro un semicírculo, rodeados por grandes muros que dan acceso a la plaza por cuatro distintos puntos.

54 El nombre correcto es Désiré Charnay, quien de agosto a septiembre de 1880 realizó exploraciones en Tula y cuyos resultados incluyó en su libro *Les anciennes villes de Nouveau Monde* (París, 1885). Al respecto véase Laura Elena Sotelo Santos, “Désiré Charnay, pionero de la arqueología tolteca”; en Laura Elena Sotelo Santos, coord., *Tula, más allá de la zona arqueológica*, Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2003, p. 139-149.

Sin elegir lugar determinado pero siguiendo una de esas series, emprendí trabajos de excavación. Al siguiente día aparecieron dos departamentos de una habitación, y al fin del mes mostrábase las ruinas de un edificio que perteneció seguramente a personas de elevada posición, pues como se verá por la fotografía y plano respectivos, daba confort y comodidad.

Pocos fueron los objetos encontrados, pero entre ellos figura una pipa de barro cocido, rota de la boquilla, ejemplar de grandísima estimación.

Para fijar más mis sospechas de que había encontrado el asiento principal de la antigua ciudad de Tollan, en distinto punto pero siguiendo otra serie de montículos que forman alineadas calles, trasladé los trabajos de excavación, obteniendo sacar a luz parte de las paredes de otro suntuoso edificio con diez departamentos.

Por último, para que el señor ingeniero don Arcadio Ballesteros pudiera levantar el croquis de una parte de la ciudad, descubrí otra porción de edificios que constan en el adjunto plano.

Curiosos en alto grado y de importancia arqueológica son varios pequeños ídolos de barro, pero sobre todos uno que por su estructura acusa una antigüedad remotísima; esto es, demuestra el primitivo traje con que en las pinturas aparecen los primeros pobladores de esa rama etnológica.

Consérvase en las paredes y pisos de cada departamento el consistente torteado de mezcla perfectamente bruñido, blanco o rojo, y de tal manera como si ayer se hubiera dispuesto.

Al noroeste de la moderna villa, antes de entrar al terreno en que verifiqué las excavaciones, existen las ruinas de una ermita que, según, la tradición, fue la primera que se estableció en aquellos contornos por los misioneros franciscanos. Removidos algunos montones de escombros encontré un curioso clavo de fierro en perfecto estado de descomposición, los fragmentos de un tabor de porcelana, que en parte pude reconstruir, y una cuña o cerramiento de arco labrado en cantera.⁵⁵

A la entrada de la iglesia parroquial de Tula se mostraban dos curiosas piedras, de las que el señor Chavero se ocupa en su monumental obra México a través de los siglos y el señor Peñafiel en la que últimamente publicó en Berlín.

Esas reliquias no es justo que permanecieran en aquel punto, ni mucho menos prestando tan degradante servicio, de manera que procuré recogerlas y lo conseguí, previo el permiso del señor obispo de Tulancingo y de los vecinos del lugar.

55 Para una breve mención de esta ermita y una fotografía moderna de ella véase Víctor Manuel Ballesteros García, "San José de Tula: enclave franciscano en la ciudad de Quetzalcóatl"; en: Laura Elena Sotelo Santos, *op. cit.*, p. 127.

VII ETNOGRAFÍA ACTUAL



OCUPARSE de la etnografía desde los tiempos históricos en el estado de Hidalgo es factible; pero al emprender un trabajo de esa índole habría material para muchos tomos, pues tal es el contingente que podría resultar de las investigaciones.

Las razas que han habitado la parte que comprende el estado de Hidalgo son muchas que pertenecen a la historia, adivinándose a la vez la presencia de otras no definidas, a juzgar por las huellas que en distintos puntos se advierten.

Para trazar la carta etnográfica me he limitado a señalar por municipalidades los idiomas que se hablan en la actualidad entre la raza indígena, y el resultado es el que marca la adjunta carta, que a la vez denota los lugares que en mis distintas excursiones desde el año de 1889 he visitado y en los que he podido descubrir la existencia de edificios, pirámides, templos y sepulcros.

VIII CONCLUSIÓN



ARMADO de los materiales de que pude proveerme, di principio a estatuirlos formando un libro manuscrito en papel pergamino, ilustrado con fotografías, dibujos a pluma y acuarelas, obra que oportunamente fue enviada para que figure en la Exposición Colombina de Chicago.

El número de esas ilustraciones asciende a 221 y en el texto me ocupo desde la presencia del hombre en América hasta la llegada de los conquistadores españoles, detallando por separado la vida, usos, costumbres, etc., de las principales razas como la othomí, la tolteca, la chichimeca y la mexi o azteca.

Veinte capítulos abarca la obra y, además de las ilustraciones a que me he referido, agregué las cartas arqueológicas, la etnográfica y el croquis de la antigua ciudad de Tollan.

Sin más conocimientos que los adquiridos por sí, sin más experiencia que la de mi cortísimo aprendizaje, pero lleno de la mejor voluntad, abordé el trabajo de tomar en fotografía todo aquello que más juzgué como interesante. Supla la falta artística a el objeto, pues en ciertos casos sigo el sistema de mi distinguido amigo el doctor don Juan León: poco me preocupa la forma cuando la idea se comprende.

Tengo en mi abono y en descargo de mi conciencia en este particular los jeroglíficos antiguos, de suyo imperfectos, angulosos y toscos; pero sin su presencia no conoceríamos la historia de México en gran parte.

La falta de algunos elementos no son por cierto una disculpa para que el hombre ponga cuanto esté de su parte para vencer dificultades. De mi deber es manifestar que el éxito de mis trabajos se debe a los señores general don Rafael Cravioto, gobernador del estado, don José de Landero y Cos y don Carlos R. Michel, quienes con toda eficacia atendieron mis indicaciones.

Deficiente por demás será mi humildísimo trabajo, acaso nulo; pero para llevar a cabo una obra de la magnitud que lo exigía como resultado mi comisión, era indispensable disponer de mucho tiempo y fue por desgracia lo que faltó.

Un reflejo apenas de lo mucho que debí hacer he producido. Muchos son los materiales que nos rodean para modelar los infinitos capítulos que surgen en el estudio de la ciencia antropológica, mas era necesario no limitarse y extender las observaciones en toda la América para ligarlas a cada suelo.

En nuestros días no es ya una simple curiosidad de anticuarios lo que nos empuja a la ciencia del hombre, sino que comienza a afectar práctica y profundamente las costumbres y las ciencias.

Con cuánta justicia ha dicho un sabio:

El conocimiento del curso de la vida del hombre desde el remoto pasado hasta el presente, no sólo nos auxiliará para prever lo futuro sino que nos guiará y nos fortalecerá en nuestro deber de dejar al mundo mejor que lo encontramos.

Luis A. Escandón

Pachuca, año MDCCCXCIII.

APÉNDICE DOCUMENTAL
RELATIVO A LA OBRA DE LUIS A. ESCANDÓN



Documento 1. El secretario de gobernación del estado de Hidalgo Francisco Valenzuela donó el manuscrito de Escandón a la biblioteca del Instituto Científico y Literario, 1894.

*

Sección 4ª.

Número 1426

Pachuca, Julio 9 de 1894

Recibo y remitan a la biblioteca

Baltasar Muñoz [Director del IC]

Para la biblioteca de ese Instituto remito a usted un ejemplar de la obra “Etnología y Arqueología” escrita por el Señor Luis A. Escandón.

Sírvase usted ordenar que se me avise de su recibo.

Libertad y Constitución.

Pachuca, Julio 6 de 1894

Valenzuela [Srio. De Gobernación del Estado de Hidalgo]

Sr. Director del Instituto C. y Literario

Presente.

[Archivo Histórico de la UAEH, Fondo ICLAEH, Sección Gobierno, serie: Biblioteca, caja: 1, exp. 21, f. 1]

Documento 2. Acuse de recibido del manuscrito de Escandón por la dirección del Instituto Científico y Literario.

*

Pachuca, Julio 9 de 1894.

No. 239.

Se recibió en esta dirección y ya se remitió a la biblioteca la obra “Etnología y Arqueología” escrita por el Sr. Luis A. Escandón que a ese fin se sirvió usted acompañar a su oficio número 1426, fecha del corriente que tenga la parte de contestar.

Srio. de Gobernación

Presente

No. 240

En oficio fecha 6 del corriente, el señor secretario de gobernación me dice:

“pasa hasta Escandón”

Lo que transcribo a usted, remitiéndole la obra indicada de la que espero me acusara recibo.

Prefecto bibliotecario. Presente.

[f.1v]



Documento 3. Acuse de recibido del manuscrito de Escandón por el jefe de biblioteca del Instituto Científico y Literario.

*

Número 16

Al margen de su expediente

Baltasar Muñoz

Con el oficio de usted, número 240 fechado hoy, se recibió en esta biblioteca para su uso, un ejemplar de la obra “Etnología y arqueología” escrita por el señor capitán don Luis A. Escandón.

Libertad y Constitución.

Pachuca, Julio 9 de 1894

Antonio Pérez Ramírez.

Al Señor Director del Instituto C. y L. del Estado. Presente.

[f.2]

Documento 4. Carta de Jorge R. Acosta, Jefe de Arqueólogos dirigida al C. Jorge Enciso, Subdirector del INAH, sobre el manuscrito de Escandón, fechada el 10 de diciembre de 1954. [El documento se encuentra adherido en la segunda de forros del manuscrito original].

*

Instituto Nacional de Antropología e Historia
Dirección de Monumentos Prehispánicos
Córdoba 73, México, D.F.

México, D.F. a 10 de diciembre de 1954

Al C. Jorge Enciso
Subdirector del Instituto Nacional de Antropología e Historia
Presente

Después de revisar detalladamente la obra en manuscrito titulada “Estado de Hidalgo. Etnografía y Arqueología” escrita en el año de 1892 por el C. Luis A. Escandón, mi opinión de la obra es la siguiente:

1. El texto no es de valor científico, por basarse sobre conceptos sin fundamento que hoy en día han sido totalmente desechados y además una gran parte del texto ha sido copiado de publicaciones anteriores.
2. Las ilustraciones fotográficas, además de ser malas, tienen poco valor científico.
3. Los planos que presenta son inexactos.

En mi criterio, la obra no amerita ser publicada.

Lo que comunico a usted para su conocimiento y fines consiguientes.

ATENTAMENTE
El jefe de arqueólogos

[Rúbrica]
Jorge R. Acosta

ÍNDICE GEOGRÁFICO Y DE NOMBRES¹



A

Aacátl, 79.

Abraham [profeta], 137.

Acatlan, 129.

Acaxochitlan, 131.

Acolhuacan, 66, 130.

Acosta [Joseph de], 87, 90, 120, 137.

Actopan, 74-75, 129, 131, 161.

Achaz [Acáz], 137.

Achcauhtzin, 135.

África, 94.

Ahuitzotl, 130.

Alcedo Antonio de, 59.

Anáhuac, 59-60, 63-64, 66, 78, 83-84, 88, 95, 138, 161.

Andrade, Manuel, 157.

Amaquemecan, 74.

América, 54, 58-61, 63-64, 83, 103-104, 109, 135, 137, 143, 145, 147, 153, 165.

Apazco, 79.

Ascaxochitl, 75.

Asia, 89, 104, 109, 125, 145.

Atetein, 146.

[Atitalaquia], 79, 81-82, 129.

Atlántida, 62-63, 103.

Atlihuetzin, 130.

Atotonilco [el Grande], 53, 67, 75.

¹ Se colocaron corchetes a determinados topónimos y nombres. En el manuscrito original, por ejemplo, Escandón escribió Tlezcatlipuca-Tezcaltipoca; Huexutla-Huejutla, por lo que se decidió unificarlos con su grafía actual, Tezcaltipoca, Huejutla.

Atotonilco [de Tula], 78-79, 101.

Atzayácatl, 159.

Australia, 59, 94.

[Aztlán], 85-86, 125.

B

Baal, 125.

Baco, 137.

Ballesteros, Arcadio, 163.

Behring, estrecho de, 61.

Boturini [Lorenzo], 63, 87.

Bretaña [Gran], 37, 145.

Buschaman, Juan Carlos, 66, 85.

Bustamante, Carlos María de, 143.

C

Cacamatzin, 76.

Casas [fray Bartolomé de las], 91.

Cempoalla, 74-75, 130-131.

Cincotlan, 81.

Clavijero [Francisco Xavier], 63, 72, 78, 80, 82, 87, 88, 89, 97, 137.

Coanacotzin, 28.

Cohuatepec [Hualtépetl, cerro de], 76.

Colón [Cristóbal], 109.

Cortés [Hernán], 106.

Coxcox, 80.

Cranfurd [Cranford], 109.

Cravioto, Rafael, 165.

Cuauhtemoc, 137.

Cuezcomatitlan, 132.

Cuicuitzcatzin, 76.

Cumbre, La, 158.

CH

Chalchiuhtlanetzin [monarca tolteca], 72.

Chalchiuhtlatonac, 120.

Chalchiuhtlicue, 120.

Chapálico, mar, 78.

Charnay, Désidere [Désiré], 56, 99, 162.

Chavero, Alfredo, 57, 78, 96-97, 102, 144-145, 155, 163,

Chicago, 53, 153, 155, 162, 165.

[Chichén Itzá], 105.

Chile, 111.

Chimalma, 147.

China, 57.

[Cholula], 67, 161.

Culhuacan, 80, 85.

D

Darwin [Charles], 64.

Deminyó [cerro], 81, 129.

Díaz [del Castillo], Bernal, 113, 137-138, .

Dinamarca, 59.

Durán [fray Diego], 85-86, 91, 130, 137, 159.

E

Echaury, Luis A., 57.

Egipto, 89, 125, 148.

Epazoyucan, 130, 132.

Europa, 54, 59, 60-61, 103, 125, 138, 142, .

F

Felipe II, 142.

Filor, 61, 68.

G

García Espinoza, Ignacio, 57.

García Icazbalceta [Joaquín], 126, 130, 153

Garcilazo [de la Vega], 63.

Govva, 68.

Granados, fray Joseph, 59.

H

Haity [Haití], 109, 143.

Heliópolis, 137.

Hernández, Francisco, 142, 82, 84, 94.

Herodoto, 103.

Hidalgo [estado], 102, 114, 116, 129, 131, 133-134, 153, 159, 164.

[Huapalcalco], 56, 70-71, 98, 129, 145, 161, .

[Huasca], 74-75.

[Huazalingo], 74, 130.

Huehuetlapalla, 74.

[Huejutla], 53, 55, 59, 70, 96, 154, 157-158.

Hueman [Huemac], 71, 135.

Huetzin [monarca tolteca], 72.

Hueyatl, 56, 158.

Huichapan, 129.

Huitlapalla, 70.

Huitzilihuitl, 81.

Huitzilopochtli, 79, 138, 147, 159.

[Huitznopala], 56, 98, 110, 155, 158.

Huixachtitlan, 80.

Humboldt, [Alexander von], 64, 89.

J

Juno, 137.

K

Kamstchatka, 94.

L

Landero y Cos, José de, 52, 153, 165

León, Nicolás, 57.

León, Juan, 165.

Lesbos, 137.

Lobato, José Guadalupe, 111.

M

Madrid, Feliciano, 58.

Malila, 130.

[Mamenhi], 67, 71, 162.

Manasés, 137.

Maneton, 137.

Mauhoyotl, 75.

Maxtlalon (usurpador), 76.

Mecitlin, 85.

Meconetzin, 129.

Metztitlan [Metztitlán], 53, 74-75, 95, 116, 120, 124, 126, 130, 134-137, 153-154, 159-160 .

Mexcalla, isla de, 78.

México, 57, 63-64, 66, 75, 79, 84, 87, 91, 110-111, 130-131, 136-137, 142, 159-160, 165 .

México, Ciudad de, 60, 154.

México [estado], 81-82.

Mictlan, 101.

Michel, Carlos R., 52-53, 107, 153, 165.

Michmaloyan, 132.

[Michoacán], 70, 75.

Mitl [monarca tolteca], 72.

Miranda, Manuel, 43, 57.

Mitra, 137.

[Mixquiahuala], 75, 81, 129, 133.

Moctecuhzoma Yluicamina, 96, 101, 133, 107, 138.

[Molango] 130, 133.

Moloch, 137.

Molina [fray Alonso de], 131-132.

N

Nacaxoc [monarca tolteca], 72.

Naxera [Manuel Crisóstomo], 84.

Netzahualcóyotl, 76.

Netzahualpilli, 76.

Nilo [río], 62.

Nopalla, 133.

Nopaltzin, 75, 140.

O

Oceanía, 94.

Omecihuatl, 146

Ometecuhtli, 146.

Orozco y Berra, Manuel, 55, 60, 64, 67, 70-72, 78-83, 85, 88, 103, 132-133, 138, 145, 155, 159.

Otonca, 99, 104.

[Otontecutle], 66, 146.

[Otumba], 68.

Oxitipan, 82.

Oxomococipactonal, 142.

Oxtocolco, 81.

Oytotlan, 81.

P

Pachuca, 98, 131-132, 166.

Palenque, 101, 105.

Palpan, 129, 161.

Pánuco, 63, 147.

Papaloxochitl, 85.

Papantzin, 129.

Pará, 158.

París, 56, 162.

P[aso] y Troncoso, Francisco del, 66.

Peñañiel, Antonio, 57, 71, 78, 81, 102, 107, 131, 133, 159, 163.

Peraloner, Amancio, 62.

Perú, 64.

Pimentel, Francisco, 84, 86.

Pipulcomic, 81.

Polinecia, 109.

Puebla [estado], 54, 70, 155.

Q

Quetelet [Adolph], 68.

Quetzalatl, río, 134, 136.

Quetzalcóatl, 100, 144, 146-147.

[Quinatzin], 75, 85, 116, 126.

R

Ramírez, Fernando, 80.

Roma, 85.

Rómulo, 85.

S

Sahagún, fray Bernardino de, 56, 66, 70, 91, 94, 99-100, 104, 111, 115, 124, 138, 143, 146, 148, 162.

San Marcos [mpio. Tula], 101.

Santo Tomás [de Aquino], 147.

Sigüenza [Carlos de], 63, 78-80.

Sinaloa, 78.

Smyth, Mister Brangh, 61.

Sonora, 78.

T

Tacuba, 159.

Tamasunchale, 145.

Tamoanchan, 67.

Tantima, 145.

Tantoyuca, 145.

Tarayre, Guillermo, 161.

Tasmania, 94.

Tecpancaltzin [monarca tolteca], 72, 129.

[Tecoautla], 129, 133.

Techotlala, 75.

Tenanco [de Doria], 133.

Tenayocan Oztopoco, 75.

Tenochtitlan, 85.

Tenuchca, 85.

Tepenec, 75.

Tepepolco, 130.
[Tepetitlán], 72, 129, 133.
[Tepeyanco], 101.
Tepexic [del Río], 133.
Tepxotlan, 90.
[Tetepango], 81, 134.
Tetzapotlan, 82.
Texcoco, 85, 130, 159.
[Tezcatlipoca], 144, 146-147.
Tezcotl, 85.
Tezozomoc (usurpador), 76.
Tianquistenco, 130, 158.
Tibet, 45.
Ticocicatzin, 159.
[Tizayuca], 130, 134.
Tizoc, 134-136, 159-160.
Tlaahuilipan, 134.
Tlaala, 81.
Tlacolula, 158.
Tlacotlapilco, 129.
Tlaloc, 146.
Tlaltecuitli, 121.
Tlaltillahualica, 56, 158.
Tlemaco, 78-79.
Tlanalapan, 130.
Tlanchinolticpac, 130.
Tlotzin-Pochotl, 95.
Tlapallan, 70.
Tlascalla, 87.
Tlatecuinchochicoaca, 142.
Tocalco, 81.

Tollan [Tula], 56, 57, 67, 70-71, 73-75, 78-79, 134, 159, 162-163, 59, 70-71, 84, 101-102, 105, 107, 110, 129-131, 134-135, 143, 146-147, 162-163, 165.

Tólar, 58.

Tonacatecuhtli, 146.

Topiltzin [monarca tolteca], 72, 129-130.

Torquemada [fray Juan de], 59, 74, 91, 106-107, 137, 148.

Torres, José de Jesús, 154.

Totephu [monarca tolteca], 72.

Toxpan, 70.

[Tulancingo], 56, 58, 67, 70-71, 98, 129-131, 134, 145, 161, 163.

[Tutotepec], 75, 95, 116.

Tzapotlan, 82, 129, 134.

V

Veitioacan, 67-68.

Vergara [fray Luis de], 59.

Vetancurt [fray Agustín de], 59.

Veytia [Mariano], 78, 87, 120, 129.

Villaseñor y Sánchez, Joseph Antonio, 59, 72.

Vivanco, Vicente, 101.

W

Williams John, 87.

X

Xalisco, 70-71, 74-75.

Xalpan, 81.

Xihuazlaltzin [monarca tolteca], 72.

Xilitla, 130.

Ximenez [Francisco], 64.

Xochicalco, 101.

Xochicoatlan, 81.
Xochimilco, 159.
Xochiquetzal, 80.
Xochitl, 101, 109 129, 112, 130-131.
Xochitlan, 56.
Xolotl, 74-75, 135, 140.
Xoxippa, 146.

Y

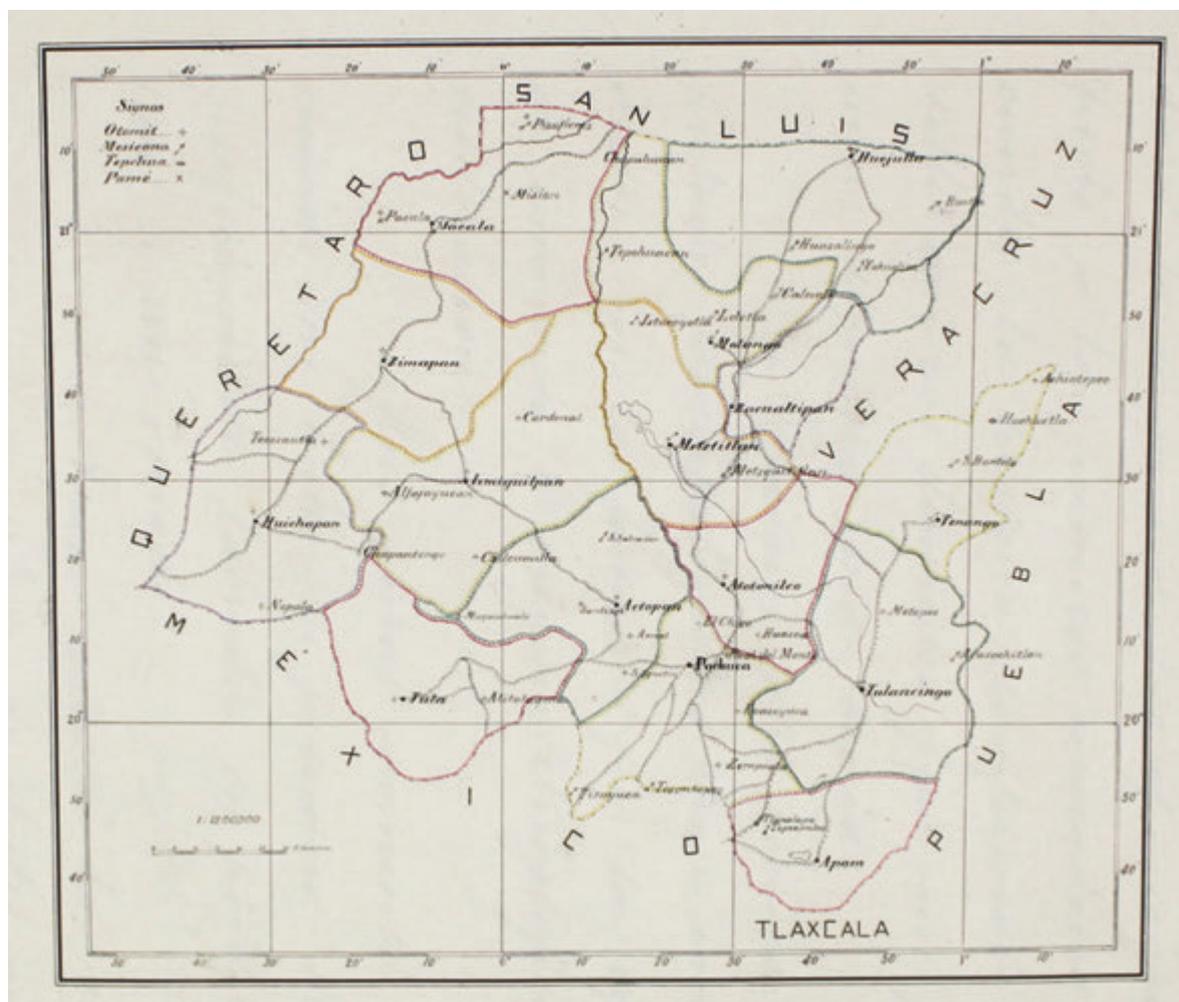
Yahualica, 53-55, 58, 62-63, 71, 98, 107, 110, 130, 144-145, 153-155, 157 .
Yamatlán, 81.
Ychcatlan, 56, 132, 157.
Yndia, 63, 94, 103, 109.
Yndo, 62.
Yxmiquilpan, 129, 131-132.
Ytzcoatl, 91, 130.
[Yocippa] [dios otomí], 99.
Yxtlicuechahuac [monarca tolteca], 72.
Yxtlilxóchitl [Fernando de Alva], 74-75, 91, 104, 129-130, 135.
Yxtlilxóchitl [soberano chichimeca], 76.
Yztacmixcoatl, 147.
Yztapalapa, 80.

Z

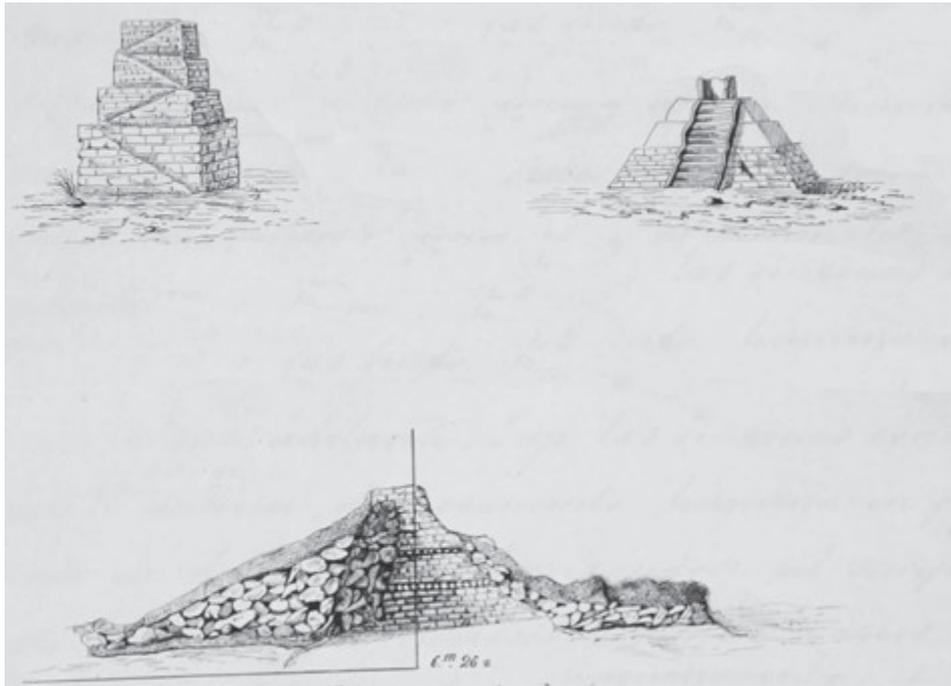
Zacaontla, 56, 98, 110, 144.
Zacatlán, 70.
Zacualtipan, 130, 158.
Zárate, Julio, 60.
Zotipan, 158.
Zumárraga [fray Juan de], 59, 91, 137.

Imágenes





Estado de Hidalgo. Carta etnográfica formada por el capitán Luis A. Escandón.
[Colocada en el manuscrito en la introducción].



Figuras a y b. Sepulcros Xicalanca (Puebla).

Figura c. Sepulcro descubierto en Yahualica por el autor (Mayo 30 de 1898).



[Fig. s/n Colocadas en el manuscrito en el capítulo X].

D. Fragmentos restaurados de un tabor de porcelana.

E. Clavo de fierro.

F. Clavo de Fierro.

G. Medio punto de cantera.

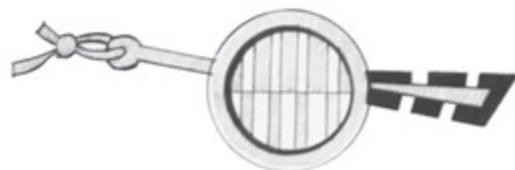
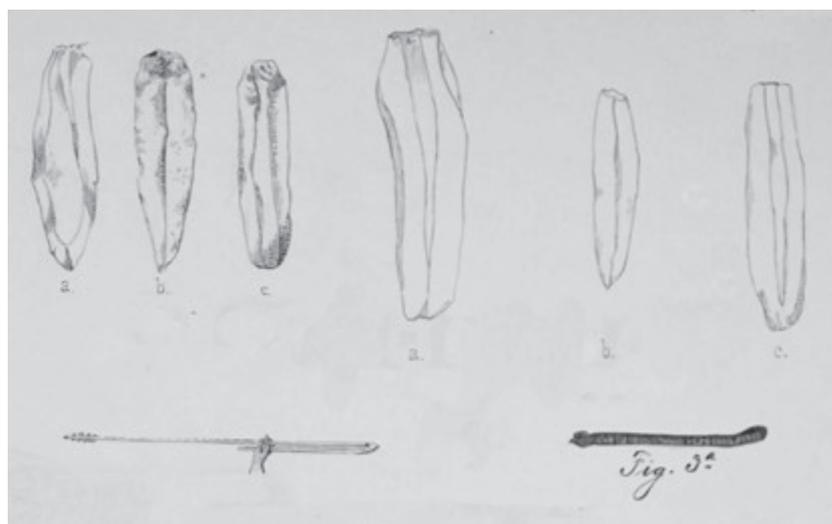


Figura 1. Lascas de piedra. Dibujos a pluma. Colección del autor.

1a. Paleolítica

1b. De la Australia Moderna.

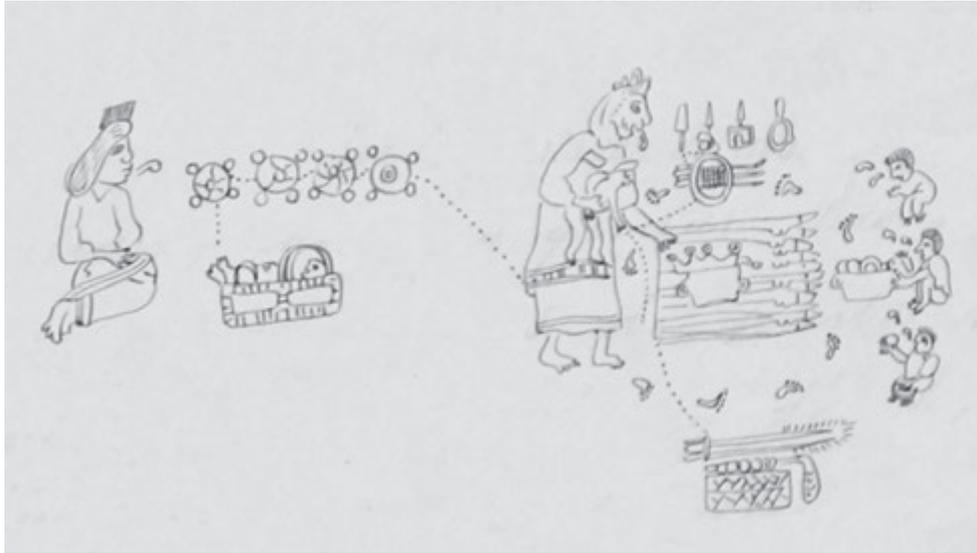
1c. De la antigua Dinamarca.

Figura 2. Lascas de piedra. Dibujos a pluma. Propiedad del gobierno.

2a. Yahualica.

2b. Tollan.

Figura 2c. Huapalcalli.



Figuras 3 y 4. Tiralanzas australianos.



[Glosa de las figuras 5-8. Fotografías. Colocadas en el manuscrito en el capítulo II].

Figura 5. *Phallus*. Fotografía.

Figura 6. [no aparece en el original].

Figuras 7 y 7 bis. Orangután. Fotografía.

Figura 8. *Teomazatl*. Fotografía.



LAM.

[Glosas de las figuras 9-20. Colocadas en el manuscrito en el capítulo III].

Figuras 9-20. Del natural, por L. A. Echaury.

[Objetos encontrados en el sepulcro xicalanca. Objetos propiedad del gobierno, figuras 9-12, 14-16, 17-20. Objetos colección del autor 13 y 15].

Figura 9. Pequeño cajete depositario de amuletos. Yahualica. [No citada en el manuscrito].

Figura 10. Collar de hueso labrado y cuenta de nefrita. Yahualica.

Figura 11. Tapa del citado cajete. Yahualica. [No citada en el manuscrito].

Figura 12. Caña de hueso para fumar. Yahualica. [No citada en el manuscrito].

Figura 13. Caña de hueso para fumar. Tollan. [No citada en el manuscrito].

Figuras 14 y 16. Cajete y tapa igual a las figuras 9 y 11. Yahualica.

Figura 15. Sello de barro cocido. Yahualica.

Figura 17. Cíncel de arcilla endurecida. Yahualica. [No citada en el manuscrito].

Figura 18. Concha labrada. Yahualica. [No citada en el manuscrito].

Figura 19. Cíncel de arcilla endurecida. Yahualica. [No citada en el manuscrito].

Figura 20. Canuto guarda agujas. Yahualica. [No citada en el manuscrito].



[Glosa de las figuras 21-25. Fotografías. Colocadas en el manuscrito en el capítulo V].

Figura 21. Resquicios de fisionomía tolteca.

Figura 22. Mezcla de razas.

Figura 23. Fisionomía azteca.

Figuras 24 y 25. Fisionomía othomit.



Figura 26. Llegada de los chichimeca. Dibujo a pluma.
Xólotl, Nopaltzin, Tlotzin, Tomiyaub, Azcazóchitl, Palchxochitzin.



[Glosas de las figuras 27-42. Colocadas en el manuscrito al final del capítulo VI].

[Objetos encontrados en Yahualica Objetos propiedad del gobierno, 27-37, 40-42
Objetos colección del autor, 38-39. Acuarelas por L. A. Echaury].

- Figura 27. Fragmento de aguja para tejer malla.
Figura 28. Punzón de hueso labrado.
Figura 29. Fragmento de aguja para coser (hueso labrado).
Figura 30. Punzón de hueso labrado.
Figura 31. Aguja de hueso labrado.
Figura 32. Fragmento de punzón.
Figura 33. Fragmento de aguja.
Figura 34. Fragmento de aguja.
Figura 35. Navajas de obsidiana.
Figura 36. Navajas de obsidiana.
Figura 37. Estrella de cinco puntas (barro cocido).
Figura 38. Fragmento de pipa (barro cocido).
Figura 39. Fragmento de pipa (barro cocido).
Figura 40. Fragmento de cascabel (barro cocido).
Figura 41. Pequeña cazuela (barro cocido).
Figura 42. Pequeña cazuela (barro cocido).

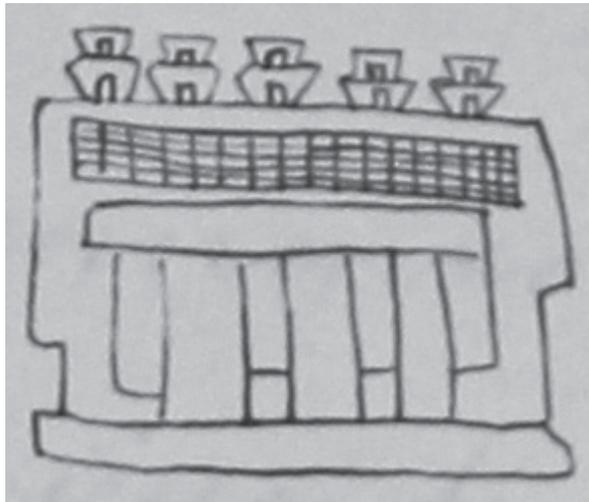


Fig. s/n. en el capítulo IV. [Glifo de Huapalcalco].

Fig s/n. en el capítulo IV. [Glifo de Tollan].

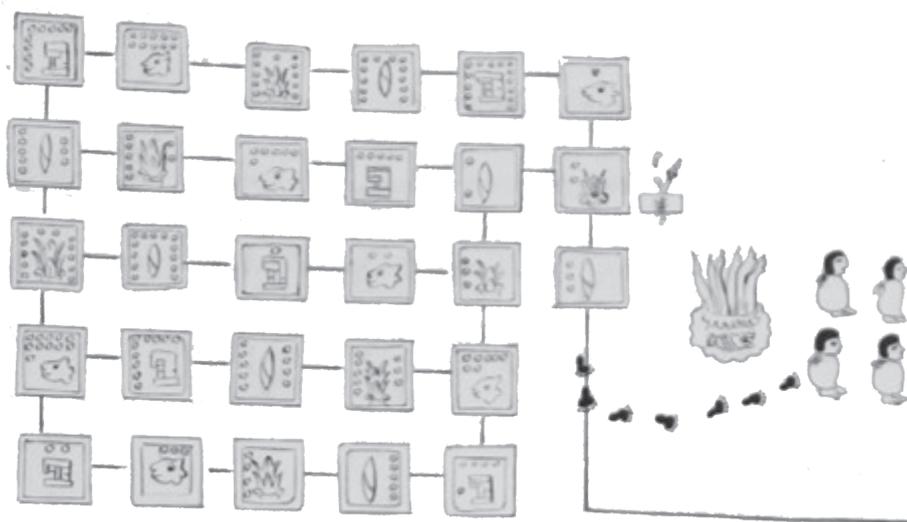
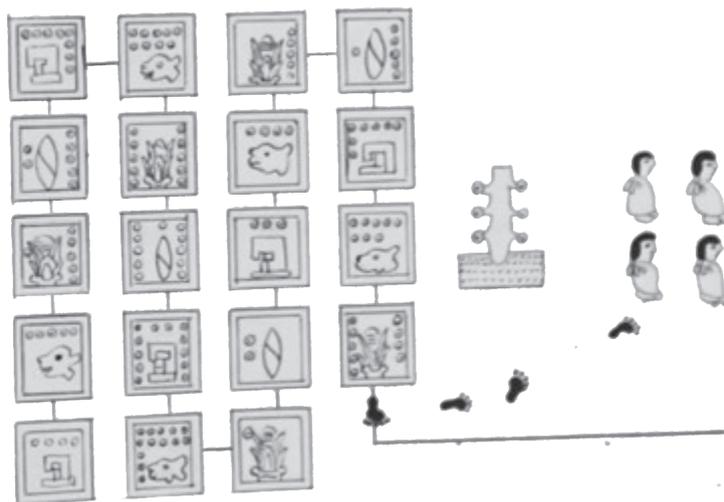


Figura 43. Los aztecas en Tollan. Dibujo a pluma.



44. Los aztecas en Atlilaquia (Alticalaquia). Dibujo a pluma.

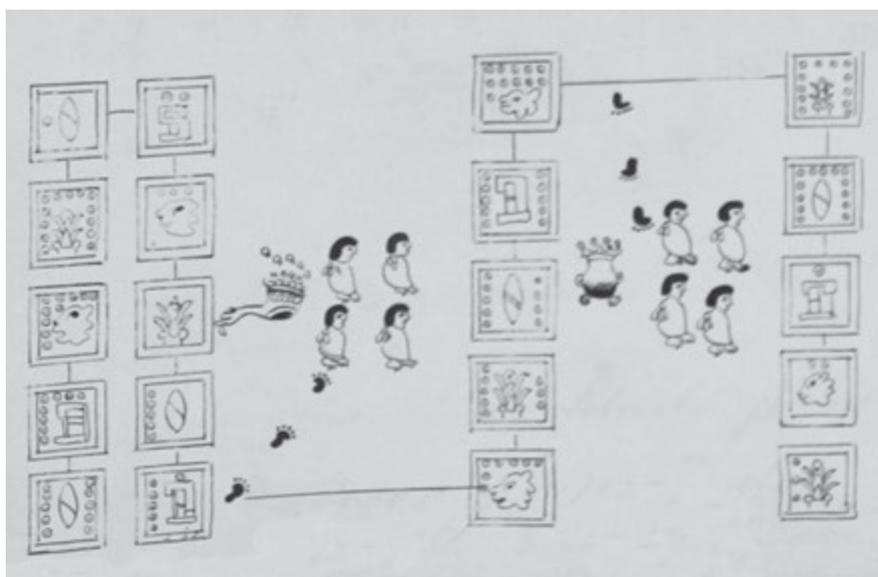


Figura 45. Los aztecas en Tlemaco [Tlamaco]. Dibujo a pluma.

Figura 46. Los aztecas en Atotonilco. Dibujo a pluma.



Figura 47. Segunda peregrinación azteca. Dibujo a pluma.



Fig. 48 Misquiyahualla. Acuarela.

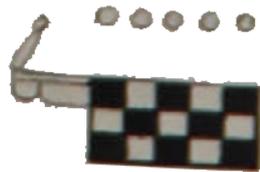


Fig. 49. Tetepanco. Acuarela.



Fig. 50. Tetepanco (bis). Acuarela.



Fig. 51. Telzapotlan. Acuarela.



Figura 52. Cráneo de indígena. Dibujo a pluma. ½ del natural.



[Glosa de las figuras 53-57. Colocadas en el manuscrito en el capítulo VII].

Figura 53. Cráneo de indígena (perfil). Fotografía.

Figura 54. Cráneo de indígena (frente). Fotografía.

Figura 55. Cráneo de indígena (parte posterior). Fotografía.

Figura 56. Cabeza de piedra (perfil). Dibujo a pluma. Colección del autor.

Figura 57. Cabeza de piedra (de frente). Fotografía. Colección del autor.



[Glosa de las Figuras 58-69. Colocadas en el manuscrito en el capítulo IX].

[Objetos propiedad del gobierno, 58, 63, 67-69. Objetos colección del autor, 59-62, 64-66. Acuarelas por L. A. Echaury].

- Figura 58. Pipa.
Figura 59. Diente de macahuitl.
Figura 60. Cincel [de] arcilla endurecida.
Figura 61. Lanza de obsidiana.
Figura 62. Sello o tabla de contar.
Figura 63. Diente de macahuitl.
Figura 64. Lanza de obsidiana.
Figura 65. Lanza de obsidiana.
Figura 66. Cincel [de] nefrita.
Figura 67. Cuchillo de obsidiana.
Figura 68. Piedra para afilar (cinceles).
Figura 69. Hacha de piedra pulida.



Figura 70. Tlacuilo o pintor. Dibujo a pluma.



[Glosa de las figuras 71-75. Colocadas en el manuscrito en el capítulo IX].

Figura 71a. Tipos [de] razas tolteca: a) azteca, b) perfil. Fotografía.

Figura 72d. Tipos [de] razas tolteca: a) azteca, b) frente. Fotografía.

Figura 73. Aduar de othomit. Fotografía.

Figura 74. Raza mezclada othomit. Fotografía.

Figura 75. Raza pura othomit. Fotografía.



[Glosa de las Figuras 76-79. Fotografías. Colocadas en el manuscrito en el capítulo X].

Figura 76. Columna fálica.

Figura 77. Cabeza colosal del ídolo de Huapalcalco.

Figura 78. Cabeza colosal del ídolo de Huapalcalco.

Figura 79. A) Relieve Xóchitl. B) Cotzotl de Tollan. Fotografía colección del autor.

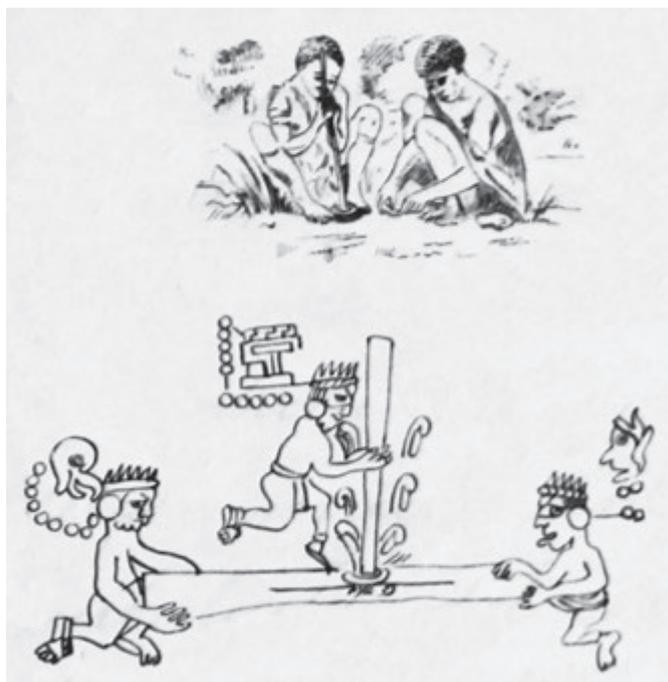


Fig. 80. Bujesmanes encendiendo fuego. Dibujo a pluma.

Figura 81. Fuego sagrado de jeroglífico azteca. Dibujo a pluma.



Fig. 82. Cazador chichimeca. Dibujo a pluma.



Fig. 83. Vida de los chichimeca. Dibujo a pluma.
Figuras 84a y 85b. Trampas para pescar. Dibujo a pluma.



Figura 86. Piedra del hambre. Dibujo a pluma.



[Glosas de las figuras 87-98. Colocadas en el manuscrito en el capítulo X].

[Objetos propiedad del gobierno 87, 90, 92-98. Objetos colección del autor, 88-89, 91] Acuarelas por L. A. Echaury.

Figura 87. Ídolo de barro, origen xicalanca. Tollancinco.

Figura 88. Ídolo de barro. Tollan.

Figura 89. Ídolo de barro. Tollan.

Figura 90. Sonaja de barro cocido.

Figura 91. Recipiente de malacate para hilado.

Figura 92. Flauta de barro cocido (frente).

Figura 93. Flauta de barro cocido (perfil).

Figura 94. Olla de barro cocido. Yahualica.

Figura 95. Olla de barro cocido. Yahualica

Figura 96. Pito de barro cocido. Yahualica

Figura 97. Pito de barro cocido. Yahualica

Figura 98. Pito de barro cocido. Yahualica

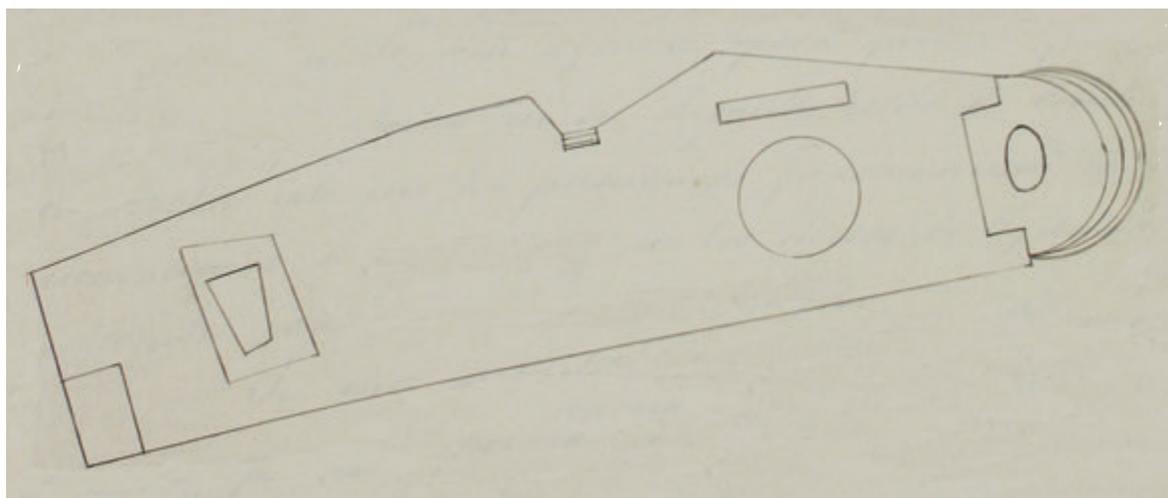


Fig. 99. Ruinas del Templo de Zacaontla descubiertas por el autor.
Dibujo a pluma.

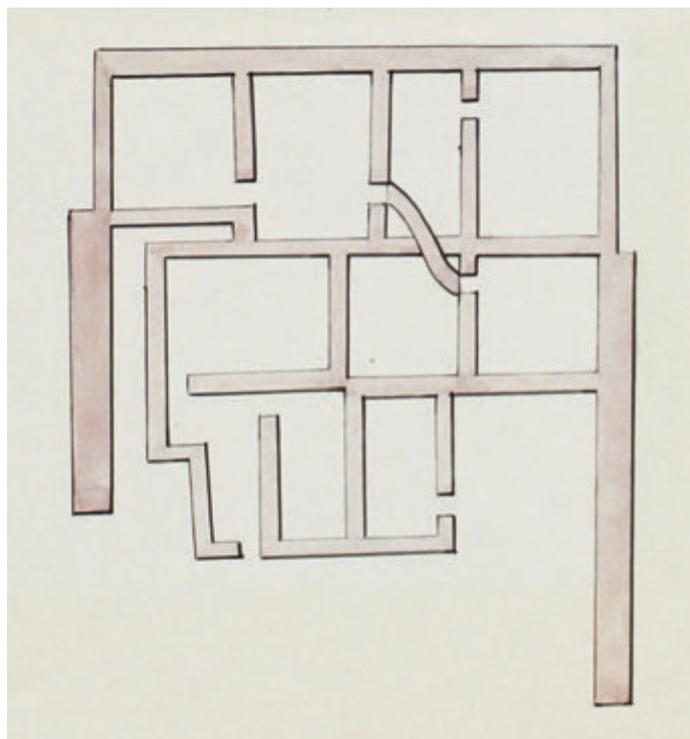


Figura 100, plano no. 1. Plano de un edificio de Tollan. Dibujo a pluma.

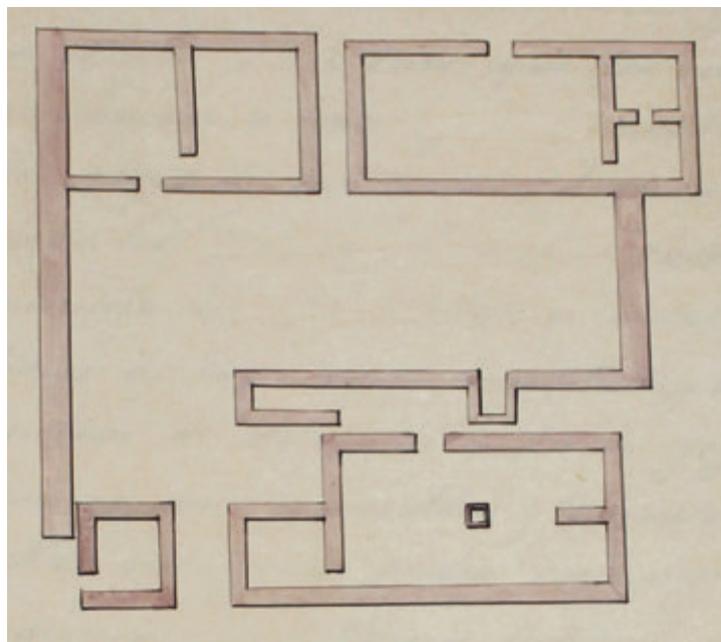


Figura 101, plano no. 2. Plano de un edificio de Tollan. Dibujo a pluma.



Fig. 102. Base de Columna Tolteca. Dibujo a pluma.

∫



[Glosa de las figuras 103-108. Fotografías. Colocadas en el manuscrito en el capítulo X].

Figura 103. Excavación en Yahualica, piedra angular de un templo.

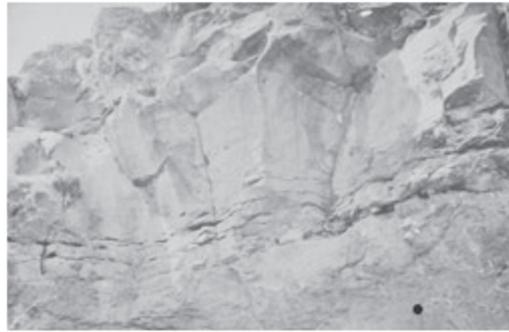
Figura 104. Excavaciones de Tollan, resquicios de un edificio.

Figura 104. Excavaciones de Tollan, resquicios de otro edificio.

Figura 106. Excavaciones corte a través de un sepulcro Yahualica.

Figura 107. Excavaciones en Tulancingo, civilización xicalanca.

Figura 108. Excavaciones en Tollan, otro edificio.



[Glosa de las figuras 109-113. Fotografías. Colocadas en el manuscrito en el capítulo XI].

Figura 109. Relieve. Tollan.

Figura 110. Resquicios de un templo. Yahualica.

Figura 111. Roca esculpida. Tollan.

Figura 112. Descubrimiento de un sepulcro xicalanca. Yahualica.

Figura 113. Grupo de ídolos. Yahualica.



Figura 114. Hilado egipcio.



Figura 115. Mujer hilando. Hilado mexicano.

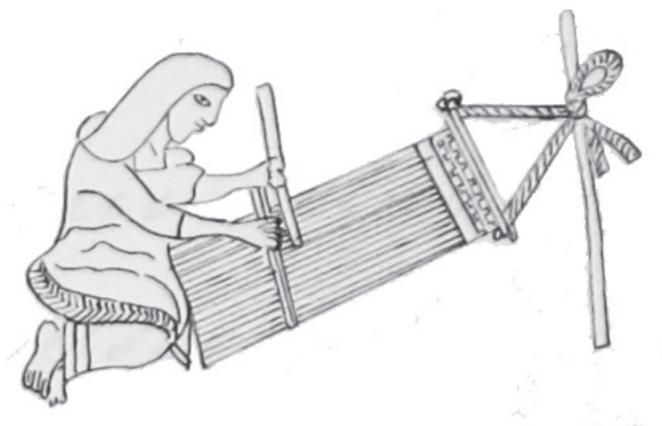
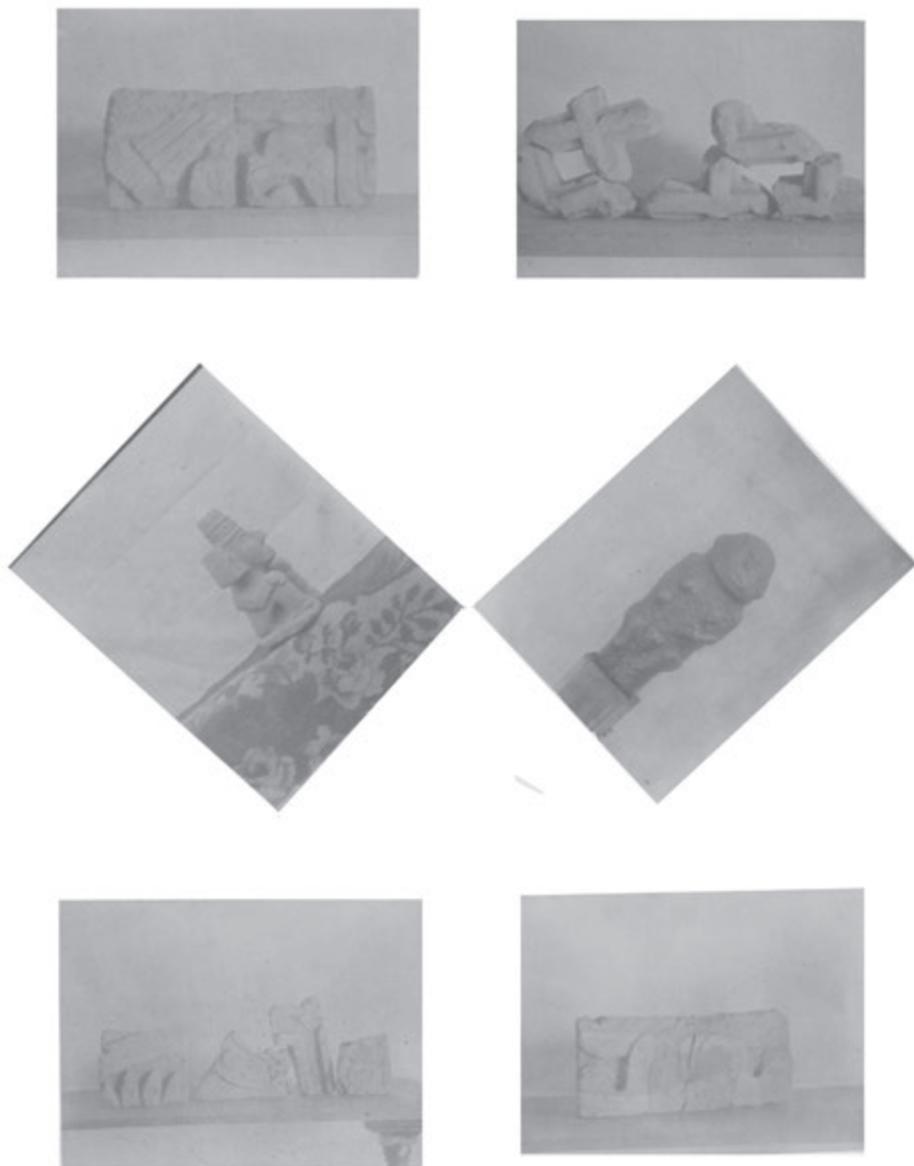


Figura 116. Tejido de jeroglífico mexa o azteca.



[Glosa de las figuras 117-122. Fotografías. Colocadas en el manuscrito en el capítulo XII].

Figura 117. Ornamentación tolteca.

Figura 118. Ornamentación tolteca.

Figura 119. Ídolo de Palpan Tullancinco. Fotografía colección del autor.

Figura 120. Ídolo de Ixcatlán. Fotografía colección del autor.

Figura 121. Ornamentación tolteca.

Figura 122. Ornamentación tolteca.



Fig. 123. El platero.



[Glosa de las figuras 124-138. Colocadas en el manuscrito en el capítulo XII].

[Objetos propiedad del gobierno, 124-125,127-138. Objetos colección del autor, 126 y 139].

Figura 124. Gran lasca de obsidiana.

Figura 125. Masa de obsidiana de las que se sacaban lascas.

Figura 126. Cara de barro cocido sacada de un sepulcro en Tollan [Tula].

Figura 127. Fragmento de lanza de obsidiana del cerro de las “Navajas”, cerca de Tullancingo.

Figura 128. Cara de barro de los sepulcros de Yahualica.

Figura 129. Cara de barro de los sepulcros de Yahualica.

Figura 130. Cara de barro de los sepulcros de Yahualica.

Figura 131. Malacate para hilado, barro cocido Tollan [Tula].

Figura 132. Malacate para hilado, barro cocido Tollan [Tula].

Figura 133. Canica de barro cocido Tollan [Tula].

Figura 134. Phallus de barro cocido Yahualica.

Figura 135. Canica de barro cocido Yahualica.

Figura 136. Malacate de barro cocido Tollan [Tula].

Figura 137. Malacate de barro cocido Tollan [Tula].

Figura 138. Malacate de barro cocido Tollan [Tula].



Figs. 139-140. Colocadas en el manuscrito en el capítulo XIII].



Figura 139. Olla de barro tamaño natural Yahualica.

Figura 140. Plato de barro tamaño natural Tollan. Acuarela. Colección del autor.



[Glosa de las figuras 141-144. Fotografías. Colocadas en el manuscrito en el capítulo XIV].

Figura 141. Tlachiquero antes de extraer el aguamiel.

Figura 142. Ídolos de Yahualica y danza de indios. Yahualica.

Figura 143. Costumbres actuales danza de indios. Yahualica.

Figura 144. Tlachiquero sacando el aguamiel.



Figura 145.El matrimonio (de jeroglífico azteca). Dibujo a pluma.

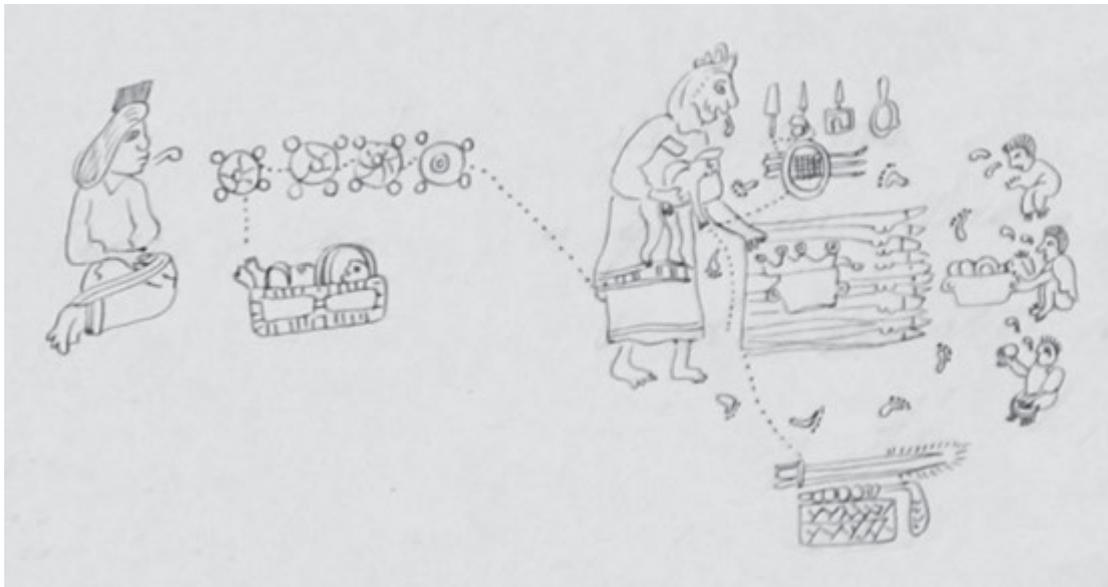


Figura 146.El nacimiento (de jeroglífico azteca). Dibujo a pluma.

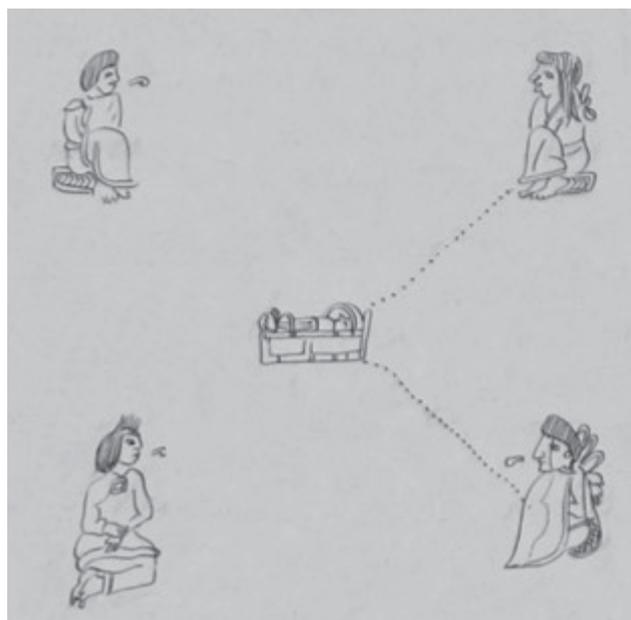
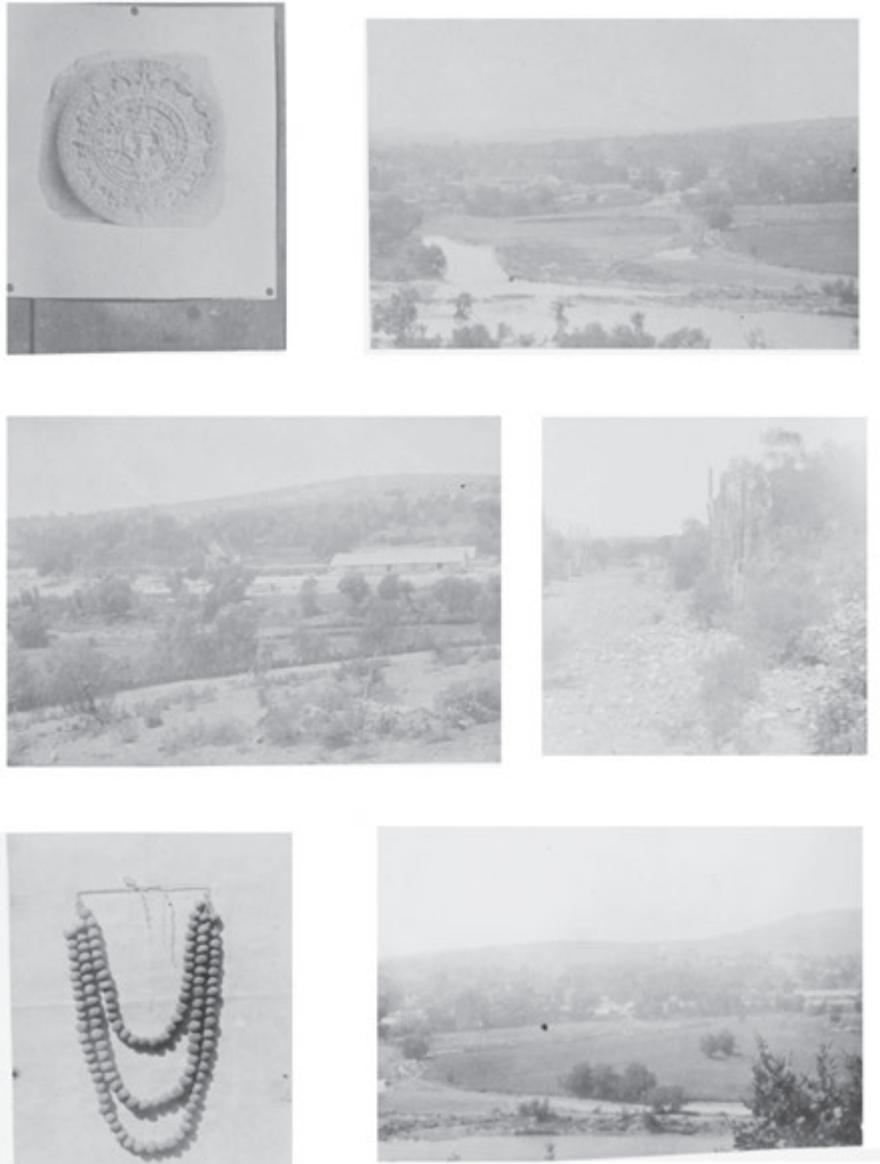


Figura 147. Presentación del infante (de jeroglífico azteca). Dibujo a pluma.



Figura 148. Castigos a la juventud (de jeroglífico azteca). Dibujo a pluma.



[Glosa de las figuras 149-154. Fotografías. Colocadas en el manuscrito en el capítulo XVII]

Figura 149. Piedra del sol o calendario azteca.

Figura 150. Vista del valle de Tollan, número 1.

Figura 151. Vista del valle de Tollan, número 2.

Figura 152. Proyección de una calle en la antigua ciudad de Tollan.

Figura 153. Collar de cuentas de barro cocido Tollan. [Objeto] colección del autor.

Figura 154. Vista del valle de Tollan, número 3.



Fig. 155. Ciclo de 52 años.

Indiccion

		1 ^a		2 ^a	
CLAS.		CLAS.		CLAS.	
1.	.	14.	.		
2.	..	15.	..		
3.	...	16.	...		
4.	17.		
5.	18.		
6.	19.		
7.	20.		
8.	21.		
9.	22.		
10.	23.		
11.	24.		
12.	25.		
13.	26.		

Fig. 156. Tabla, indicaciones del tiempo. Dibujo a pluma.

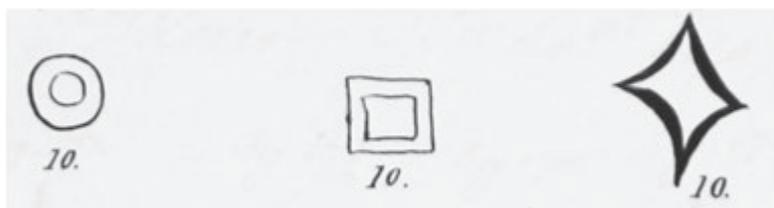
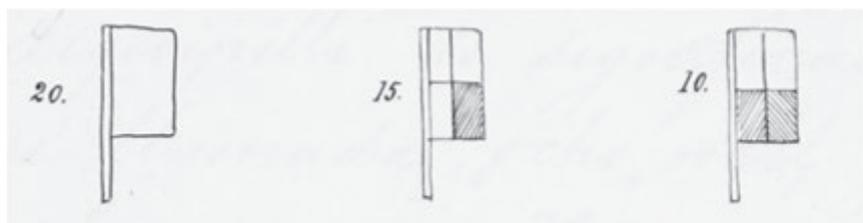
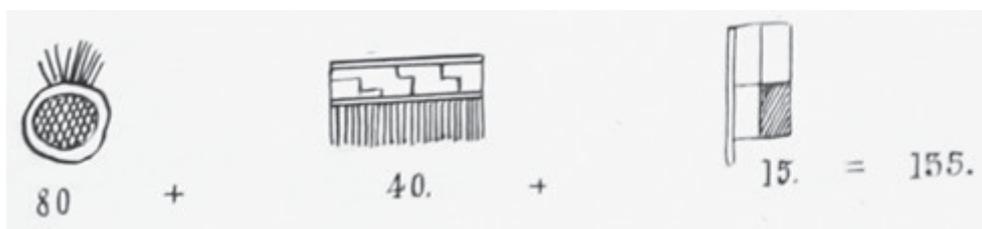


Figura 157.



Figuras 158-160 , Figuras 161-163.



Figuras 164-180, Figuras 168-170.



[Glosas de las figuras 157-176. Dibujos a pluma].

- Figura 157. Mano, signo figurativo aritmético.
- Figura 158. Representación del número 10.
- Figura 159. Representación del número 10 (diverso).
- Figura 160. Representación del número 10 (diverso).
- Figura 161. Representación del número 20.
- Figura 162. Representación del número 15.
- Figura 163. Representación del número 10 (diverso).
- Figura 164. Representación del número 80.
- Figura 165. Representación del número 60.
- Figura 166. Representación del número 40.
- Figura 167. Fragmento para formar una cantidad (80).
- Figura 168. Cantidad formada con signos.
- Figura 169. Cantidad formada con signos.
- Figura 170. Cantidad formada con signos.
- Figura 171. Numeración reformada (400).
- Figura 172. Numeración reformada (300).
- Figura 173. Numeración reformada (200).
- Figura 174. Numeración reformada (100).
- Figura 175. Numeración reformada (8000).
- Figura 176. Numeración reformada (4000).

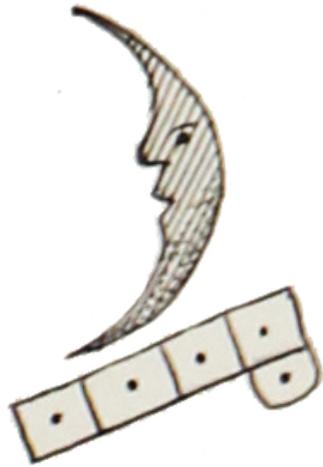


Figura 177. Nombre geográfico de Metztitlán. Dibujo a pluma.



Figura 178. Nombre geográfico de Acaxochitlán. Acuarela.



Figura 179. Nombre geográfico de Actopan. Acuarela.



Figura 180.Nombre geográfico de Cempoalla Acuarela.



Figura 181.Nombre geográfico de Cuexcomatitlan. Acuarela.



Figura 182.Nombre geográfico de Epazoyucan. Acuarela.



Figura 183.Nombre geográfico de Ichcatlan Acuarela.

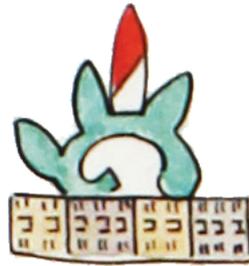


Figura 184. Nombre geográfico de Ixmiquilpan. Acuarela.



Figura 185. Nombre geográfico de Metepec. Acuarela.



Figura 186. Nombre geográfico de Mixmaloyan. Acuarela.

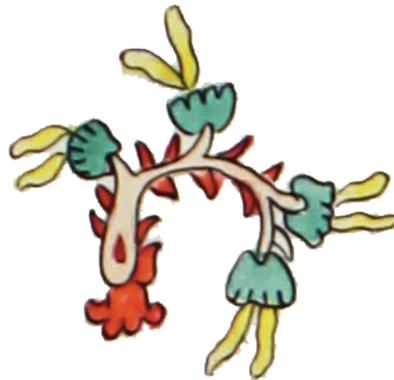


Figura 187. Nombre geográfico de Mixquiyahualla. Acuarela.

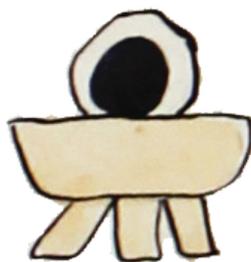


Figura 188. Nombre geográfico de Molanco. Acuarela.



Figura 189. Nombre geográfico de Nopalla [Nopala].



Figura 190. Nombre geográfico de Tecozautla. Acuarela.

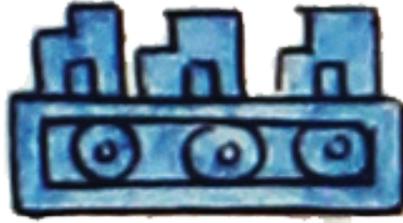
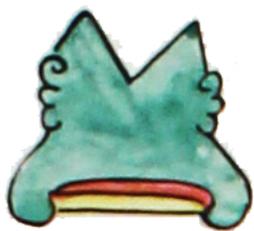


Figura 191. Nombre geográfico de Tenanco. Acuarela.



Figura 192. Nombre geográfico de Tepetitlán. Acuarela.

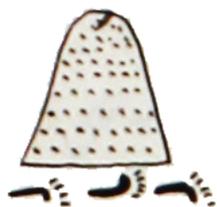


[Glosa de las figuras 193-200].

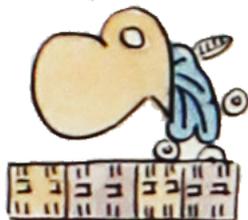
A. Figura 193. Nombre geográfico de Tepexic..



A. Figura 194. Nombre geográfico de Tetepanco.



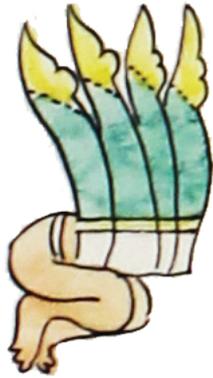
A. Figura 195. Nombre geográfico de Tizayocan.



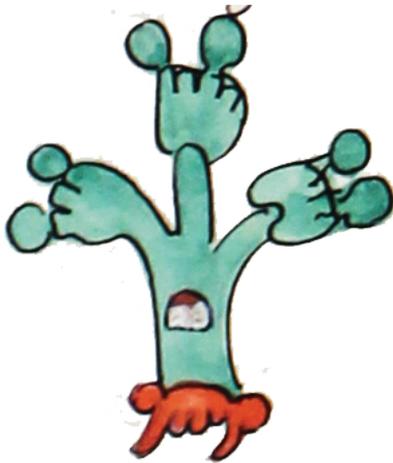
A. Figura 196. Nombre geográfico de Tlaahuillilpan.



A. Figura 197. Nombre geográfico de Tollan.



A. Figura 198. Nombre geográfico de Tullancinco.



A. Figura 199. Nombre geográfico de Tzapotlan.



A. Figura 200. Nombre geográfico de Atotonilco.

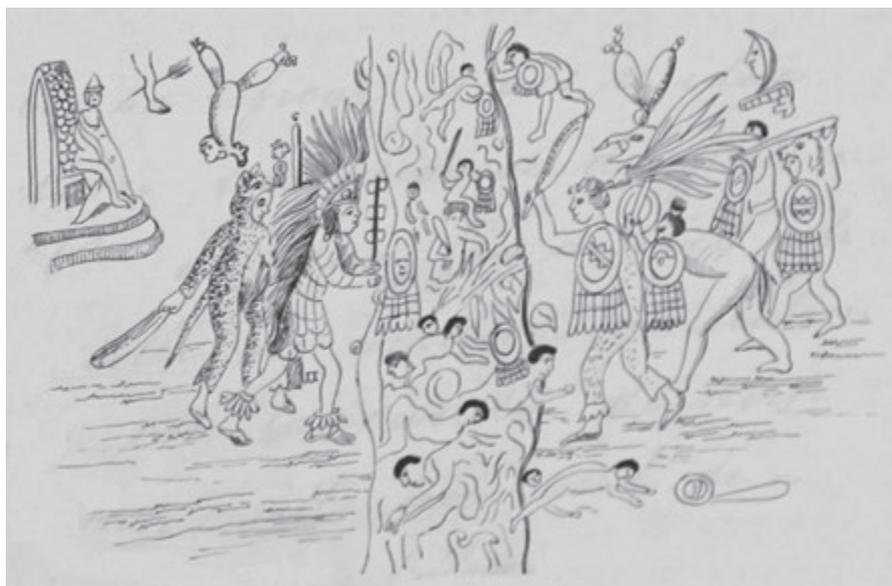


Figura 201. Batalla de Metztitlan. Dibujo a pluma.



Fig. 202. Trajes y cascos guerreros. Acuarela.



[Glosa de las figuras 203 y 204. Colocadas en el manuscrito en el capítulo XVII].

Figura 203. Caracol de guerra. Acuarela. Colección del autor.

Figura 204. Collar de cuentas de barro. Acuarela. Colección del autor.

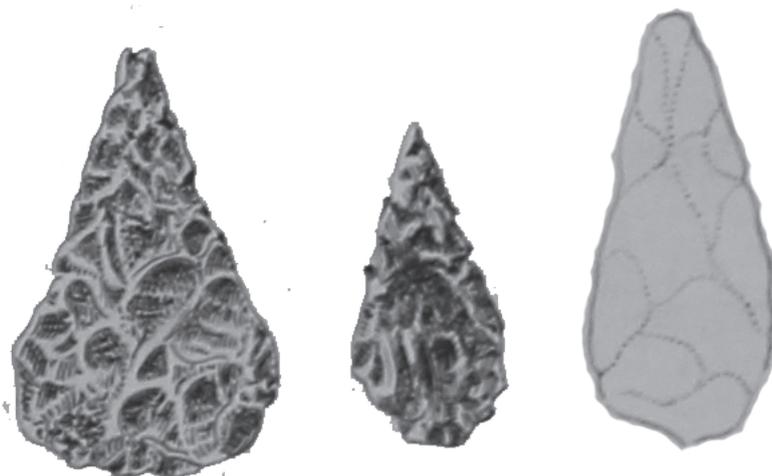


Figura 205. Lascas de obsidiana. Dibujo a pluma.



Figura 206. Ladrón. Dibujo a pluma.



Figura 207. La embriaguez incita al robo. Dibujo a pluma.



Figura 208. Chismoso calumniador. Dibujo a pluma.



Figura 209. Adúlteros lapidados. Dibujo a pluma.



Figura 210. Anciano que tiene permiso para embriagarse. Dibujo a pluma.



Figura 211. Ladrón lapidado. Dibujo a pluma.



[Glosa de las figuras 212-215. Fotografías. Colocadas en el manuscrito en el capítulo XIX].

Figura 212. Indígena raza pura, edad 93 años.

Figura 213. Gran gruta de Huapalcalli.

Figura 214. Gran gruta de Huapalcalli.

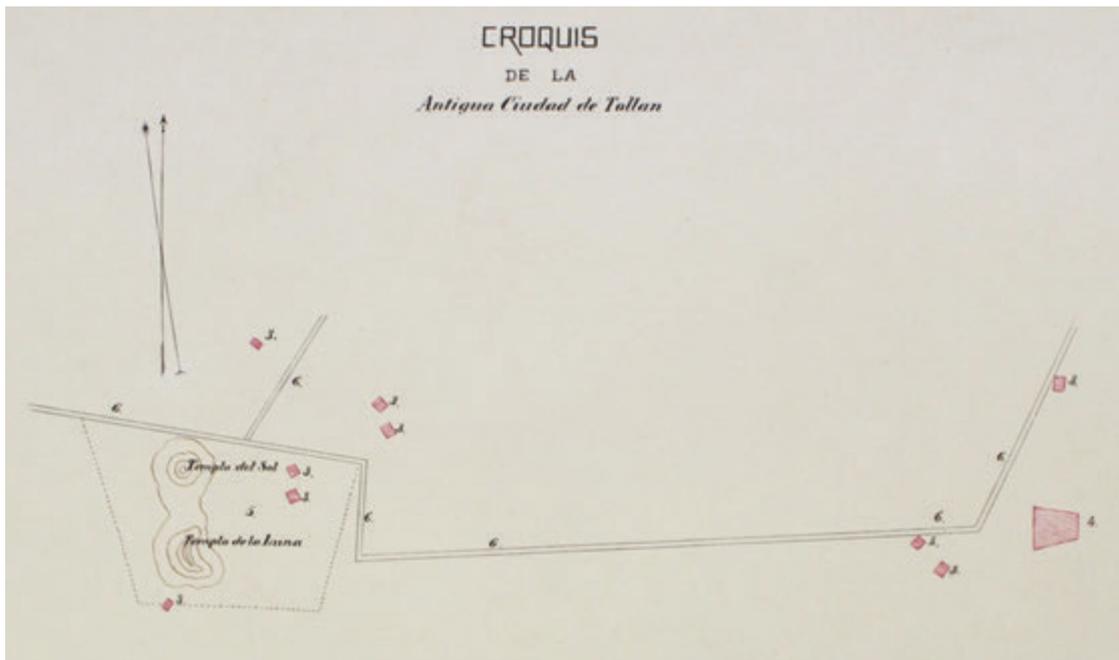
Figura 215. Choza de othomit (actualidad).



Figura 216. Huitzilopochtli. Dibujo a pluma.



Figura 217. Quetzalcóatl. Dibujo a pluma.



[Fig. s/n. Croquis de la antigua ciudad de Tollan. Colocada en el capítulo XVI].



[Glosa de las figuras 218-221. Acuarelas. Colección del autor. Colocadas en el manuscrito en el capítulo XIX].

Figura 218. Bracero para incienso Tollan.

Figura 219. Martillo de piedra (a) Tullancinco.

Figura 220. Martillo de piedra (b) Tullancinco.

Figura 221. Cajete de barro cocido Tollan.

Estado de Hidalgo. Etnografía y Arqueología, 1892.

*Seguido del informe del comisionado especial
para la Exposición Colombina de Chicago, 1893,*

de Luis A. Escandón, fue publicado por el
el Congreso del Estado Libre y Soberano de Hidalgo
y la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

El cuidado editorial estuvo a cargo de José E. Cruz Beltrán, Eloy I. de la Cruz Ruvalcaba

Abel L. Roque López.

Se terminó de imprimir en agosto de 2024.

bajo la coordinación de Alejandro Castillo de la Cruz.

Se imprimieron 500 ejemplares.